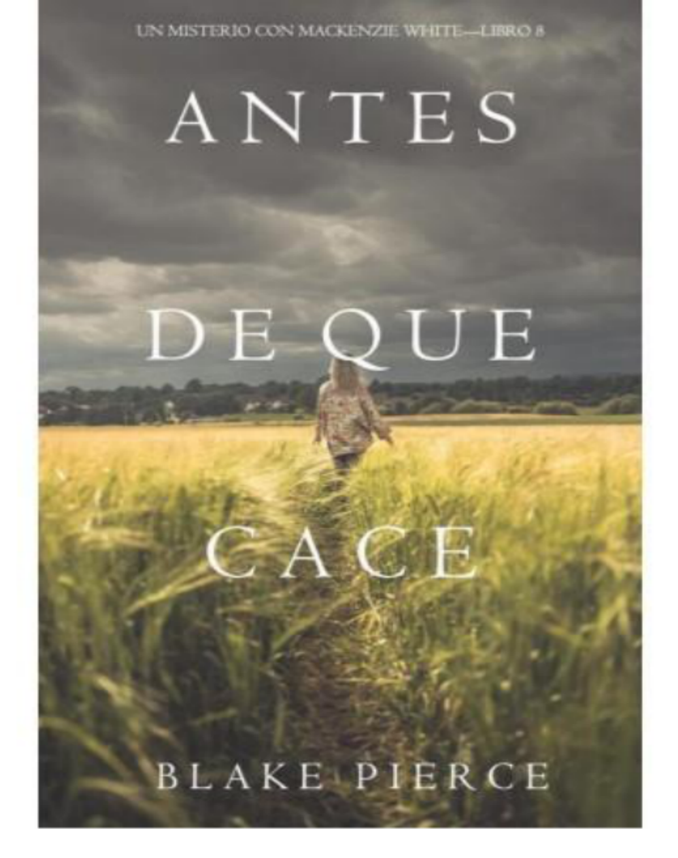
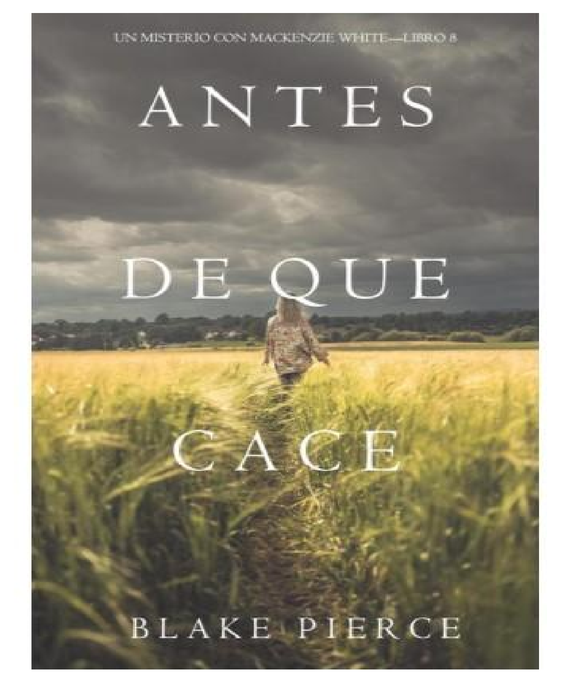

UN MISTERIO CON MACKENZIE WHITE—LIBRO 8
ANTES
DE QUE
CACE
BLAKE PIERCE


UN MISTERIO CON MACKENZIE WHITE—LIBRO 8
ANTES
DE QUE
CACE
BLAKE PIERCE

UN MISTERIO CON MACKENZIE WHITE—LIBRO 8

ANTES DE QUE CACE

BLAKE PIERCE


El Corresponsal

A N T E S D E Q U E P E Q U E

(UN MISTERIO CON MACKENZIE WHITE—LIBRO 7)

B L A K E P I E R C E

TRADUCIDO POR ASUN HENARES

CONTENIDOS

PRÓLOGO

El sol ya había aparecido por el horizonte, aunque todavía no había consumido el último frescor de la noche, el momento favorito del día para Christy. Ver cómo salía el sol sobre la ciudad, era un recordatorio cruel de que toda noche llegaba a su fin, algo que necesitaba saber, ya que había comenzado a sentirse cada vez más alejada de Dios. Ver aparecer el sol salir sobre los edificios de Washington, DC, y alejar la noche le recordaba a la letra de una canción religiosa: A pesar de que hay dolor en la noche, el sol sale de nuevo cada mañana…

Recitaba esa línea una y otra vez mientras subía por la calle que llevaba a la iglesia. Había intentado durante semanas convencerse a sí misma de hacer esto. Su fe había sido puesta en evidencia, y se había entregado al pecado y la tentación. La idea de la confesión le había venido a la mente de inmediato, pero también le resultaba difícil. Nunca era tarea fácil confesar los pecados propios, aunque sabía que debía hacerlo. Cuanto más tiempo existiera un pecado entre Dios y ella, más difícil se haría rectificar ese desequilibrio. Cuanto antes pudiera confesar ese pecado, más posibilidades tendría de recuperar su equilibrio y de recuperar su fe—una fe que había definido su vida desde los diez años.

Cuando vio la silueta de la iglesia aparecer ante sus ojos, su corazón se hundió. ¿Realmente puedo hacer esto? ¿Puedo confesar esto?

La conocida silueta y estructura de la Iglesia Católica del Sagrado Corazón parecía indicarle que sí, que podría.

Christy se echó a temblar. No estaba segura de poder calificar lo que había estado haciendo como infidelidad. Solamente había besado al hombre en una ocasión y lo había dejado estar ahí. No obstante, había seguido viéndose con él, había continuado permitiendo que la elevara con sus palabras de aprecio y de adoración—unas palabras que su propio marido había dejado de pronunciar hacía años.

Casi podía sentir cómo ese pecado se desvanecía de ella mientras el sol ascendía cada vez más alto en el cielo, proyectando suaves tonos dorados y anaranjados alrededor de la silueta del Sagrado Corazón. Si necesitaba algún signo adicional de que se suponía que tenía que confesar sus pecados a un sacerdote esta mañana en concreto, lo tenía

delante de ella.

Llegó a la escalinata del Sagrado Corazón con una sensación de pesadez en los hombros, pero sabía que, en cuestión de minutos, habría desaparecido. Podría regresar a casa, después de confesar sus pecados, con el corazón aliviado, y su mente en paz.

Cuando llegó a la puerta principal Christy soltó un grito.

Se echó hacia atrás, todavía gritando. Casi se cae en las escaleras de hormigón al tambalearse hacia atrás. Se llevó las manos a la boca, sin hacer lo más mínimo por acallar el grito.

El padre Costas estaba colgado de la puerta. Le habían dejado en su ropa interior y tenía un corte horizontal entre las cejas. La cabeza colgaba hacia abajo, mirando a sus pies desnudos, que estaban suspendidos como a medio metro del escalón de cemento. Regueros delgados de sangre goteaban de sus pies, acumulándose en un charco lóbrego sobre el escalón.

Crucificado, pensó Christy. Han crucificado al padre Costas.

CAPÍTULO UNO

Después de su último caso, Mackenzie White había hecho algo por primera vez en su vida de mujer trabajadora: había pedido unas vacaciones.

Había solicitado unas vacaciones de dos semanas por una serie de razones y durante el primer día, ya se había dado cuenta de que había tomado la decisión correcta. No había perdido ni un minuto en reafirmar su reputación desde el momento que había llegado al FBI. Sin haberlo planeado, había acabado manejando casos de gran calibre que parecían venir en su busca. Lo que es más, había hecho un trabajo excelente con ellos con lo que había causado una gran impresión en las personas adecuadas tanto en Quantico como en DC. Después de solucionar con éxito numerosos casos y de poner su vida en la línea de fuego cada mes, pensó que dos semanas de vacaciones pagadas no eran mucho pedir.

Sus superiores se habían mostrado de acuerdo—de hecho, le habían animado a hacerlo. Mackenzie estaba segura de que estarían más que encantados de saber cómo había estado pasando la mayor parte de ese tiempo—en diversos gimnasios y otras instalaciones de entrenamiento físico, poniendo su cuerpo incluso en mejor forma, afilando sus instintos y habilidades. Contaba con una base sólida para todas las cosas importantes. Era una experta en la lucha mano a mano. Era increíblemente buena con las armas de fuego. Era mucho más fuerte que la mayoría de las demás mujeres con las que había pasado por la academia.

Sin embargo, Mackenzie White siempre estaba deseosa de mejorarse a sí misma.

Esa era la razón de que, ocho días después de comenzar sus vacaciones de dos semanas, estuviera sudando la camiseta y trabajando una multitud de músculos doloridos en un gimnasio privado. Mackenzie se estaba alejando de la esquina de uno de los varios cuadriláteros de boxeo, dirigiendo un gesto de gratitud hacia su compañero de ring. Estaba entrando a su segunda ronda de prácticas y esperaba que le derrotaran con facilidad. Y le parecía bien.

Solamente llevaba practicando Muay Thai poco más de un mes. Se había hecho lo bastante buena como para sentirse cómoda introduciendo otro estilo de lucha menos conocido en su práctica. Con

la ayuda de un instructor privado y cantidades masivas de determinación, Mackenzie también había empezado a practicar Yaw-Yan, un estilo de kickboxing que provenía de las Filipinas. Mezclar ambos estilos era algo poco ortodoxo, pero entre ella y su entrenador, habían conseguido la manera de utilizarlos al mismo tiempo. Le llevaba al límite físicamente, hasta el punto de que sus hombros y sus pantorrillas parecían ladrillos.

Sintió cómo le respondían esos músculos en el momento que se acercó a su compañero. Se tocaron los guantes y continuaron con su sesión. De inmediato, Mackenzie esquivó un golpe y respondió a su vez con un golpe bajo.

En cierto modo, era como aprender un nuevo estilo de baile. Mackenzie había participado en clases de baile de niña y no había olvidado jamás la importancia del movimiento de los pies y de la concentración. Eran disciplinas que había traído con ella a su primer trabajo como agente de policía y después a su trabajo como detective en Nebraska. Estas disciplinas también le habían ayudado enormemente como agente del FBI, salvándole la vida en más de una ocasión.

También regresaron a toda prisa a su mente ahora que boxeaba. Probó sus nuevos movimientos e instrucciones, empleando una serie de patadas descendentes y ataques con los codos, combinados con ataques de kickboxing más tradicionales. Mackenzie utilizó la expresión sorprendida de su compañero de cuadrilátero como combustible, para motivarse a sí misma. Claro, solo se trataba de una práctica, pero también sentía la necesidad de destacar en esto.

Además, le ayudaba a aclarar su mente. Siempre asociaba cada puñetazo, patada, o codazo con alguna cosa de su pasado. Un golpe de su puño izquierdo iba dirigido a años de negligencia por parte del departamento de policía de Nebraska. Un derechazo de revés ahuyentaba el miedo que le había provocado el caso del Asesino del Espantapájaros. Un giro y un golpe iban derechos al corazón de la corriente interminable de misterios que seguían resurgiendo del antiguo caso de su padre.

Si Mackenzie era honesta consigo misma, ese era el caso que le había impulsado a aprender estas nuevas disciplinas de lucha—para asegurarse de que seguía evolucionando como luchadora. Había recibido una nota de alguien implicado… alguien que se mantenía en las sombras y que, por lo visto, sabía quién era.

Podía seguir viendo la nota en su ojo mental mientras peleaba.

Deja de buscar…

Naturalmente, Mackenzie tenía la intención de hacer justamente lo opuesto. Y por esa razón se encontraba en este momento en el cuadrilátero, con la mirada enfocada y sus músculos tan tensos como cuerdas de violín.

Cuando lanzó un golpe al plexo solar de su oponente y después un codazo almohadillado a las costillas, pararon la sesión desde el lateral del ring. El juez estaba sonriendo y asintiendo mientras aplaudía suavemente.

“Muy bien, Mac,” dijo. “Descansa un rato, ¿vale? Ya llevas hora y media en el ring hoy.”

Mackenzie asintió, bajando la mirada y tocando de nuevo los guantes de su oponente en el ring—un hombre de veinticinco años que tenía la complexión de un luchador de MMA. Le lanzó una sonrisa rápida por encima de su cubierta protectora y salió rápidamente a través de las cuerdas.

Mackenzie le dio las gracias al juez y entonces se dirigió hacia los vestuarios. Sus músculos estaban doloridos hasta el punto de temblar, pero eso le gustaba. Significaba que se estaba presionando, que se estaba llevando más allá de su límite.

Mientras se duchaba y se ponía lo que Ellington llamaba su estilo de gimnasio (una camiseta sin mangas de las que se pone la policía debajo del chaleco antibalas y un par de mallas negras), se recordó a sí misma que tenía otro entrenamiento al que atender hoy. Esperaba que sus brazos hubieran dejado de temblar para entonces. Claro que Ellington estaría allí para ayudarle, pero tenía varias cajas pesadas que trasladar esta tarde.

Aunque técnicamente había estado viviendo en el apartamento de Ellington durante los últimos días, hoy iba a ser el día en que trasladara sus cosas de verdad. Era otra de las muchas razones por las que había pedido un par de semanas de vacaciones. No le hacía ninguna gracia la idea de tener que mudarse en un fin de semana. Además, se imaginó que esta era otra manera en la que estaba creciendo y evolucionando. Confiar lo bastante en alguien más como para compartir su espacio vital y, por cursi que pudiera resultar, su corazón, era algo de lo que había sido incapaz hasta hacía unos pocos meses.

En cuanto se cambió y se puso su ropa de gimnasio, se dio cuenta de que apenas podía esperar al momento en que trasladara sus cosas. Dolorida o no, caminó a un ritmo más rápido de lo normal mientras se dirigía hacia el aparcamiento.

***

La ventaja de no ser una persona materialista era que, cuando llegaba la hora de mudarse, había muy pocas cosas que empaquetar. Debido a ello, solo fue necesario un viaje en la camioneta de Ellington y un camión que alquilaron en U-Haul para realizar la tarea. La mudanza propiamente dicha solamente duró dos horas gracias al ascensor que había en el edificio de Ellington, y, al final, no tuvo que agarrar tantas cajas como pensaba.

Celebraron la mudanza con comida china y una botella de vino. Mackenzie estaba cansada, dolorida, pero inmensamente feliz. Había esperado sentirse nerviosa y quizá hasta arrepentirse un poco de la decisión de mudarse, pero, cuando empezaron a desempaquetar las cajas mientras cenaban, se dio cuenta de que se sentía emocionada ante esta nueva etapa de su vida.

“Esto es lo que hay,” dijo Ellington mientras colocaba un cúter sobre la cinta adhesiva que había junto a una de las cajas. “Ahora es el momento de decirme si me voy a encontrar alguna película o CD en estas cajas que sea realmente embarazoso.”

“Creo que el CD más embarazoso que te puedes encontrar es la banda sonora de esa horrible versión moderna de Romeo y Julieta en los 90, pero ¿qué puedo decir? Lo cierto es que me encantaba esa canción de Radiohead.”

“Entonces estás perdonada,” dijo él, cortando la cinta.

“¿Y qué hay de ti?” preguntó Mackenzie. “¿Alguna película embarazosa por alguna parte?”

“Bueno, me deshice de todos mis CDs y DVDs. Todo es digital. Necesitaba liberar el espacio. Es casi como si tuviera la vaga sensación de que, un día de estos, esta chica del FBI tan sexy se iba a mudar conmigo.”

“Buena intuición,” dijo ella. Se acercó hasta él y tomó sus manos entre las suyas. “Ahora… esta es tu última oportunidad. Todavía te

puedes echar atrás antes de que empecemos a sacar las cosas de las cajas.”

“¿Echarme hacia atrás? ¿Estás loca?”

“Vas a tener a una chica viviendo contigo,” dijo Mackenzie, atrayéndolo hacia ella. “Una chica con una tendencia al orden. Una chica que se puede poner un tanto obsesiva compulsiva.”

“Oh, ya lo sé,” dijo Ellington. “Y me encanta la idea.”

“¿Incluso la ropa de mujer? ¿Estás dispuesto a compartir tu armario?”

“Tengo muy poca ropa,” dijo él, inclinándose hacia ella. Su nariz casi tocaba la de ella y empezaba a crecer entre ellos una pasión a la que ya se habían acostumbrado. “Puedes tomar todo el espacio que necesites en el armario.”

“Maquillaje y tampones, compartir la cama, y otra persona ensuciando platos. ¿Estás seguro de que estás preparado para ello?”

“Sin duda. Aunque tengo una pregunta.”

“¿De qué se trata?” dijo ella. Sus manos se deslizaron hacia los brazos de Ellington. Sabía hacia dónde iba todo esto y todos los músculos doloridos de su cuerpo estaban preparados.

“Todas esas ropas de mujer,” dijo él. “No puedes dejarlas tiradas por el suelo todo el tiempo.”

“Mmm, no tengo intención de hacerlo,” dijo ella.

“Oh, ya lo sé,” dijo Ellington. Entonces se acercó y le quitó la camiseta. No perdió ni un segundo en hacer lo mismo con el sujetador deportivo que llevaba debajo. “Aunque es probable que yo lo haga,” añadió, arrojando ambas piezas al suelo.

Entonces la besó y aunque trató de guiarla hacia el dormitorio, sus cuerpos no tuvieron tanta paciencia. Acabaron en la alfombra de la sala de estar y aunque los músculos doloridos de Mackenzie protestaron ante el suelo firme bajo su espalda, hubo otras partes de su cuerpo que se impusieron.

***

Cuando sonó su teléfono a las 4:47 de la mañana, un solo pensamiento cruzó la mente adormilada de Mackenzie al tiempo que estiraba la mano hacia la mesita de noche.

Una llamada a estas horas… supongo que mis vacaciones ya han terminado.

"¿Diga?" preguntó, sin molestarse con las formalidades ya que técnicamente estaba de vacaciones.

"¿White?"

De un modo extraño, casi había echado de menos a McGrath durante estos últimos nueve días. Aun así, escuchar su voz fue como regresar a la realidad rápida y súbitamente.

"Sí, soy yo."

"Disculpa la llamada a esta hora intempestiva," dijo. Y antes de que añadiera nada más, Mackenzie escuchó cómo sonaba el teléfono de Ellington al otro lado de la cama.

Algo importante, pensó. Algo malo.

"Mira, ya sé que te concedí dos semanas," dijo McGrath. "Pero tenemos un buen lío entre manos y te necesito en ello. A ti y a Ellington. Reuníos conmigo en mi despacho en cuanto podáis."

No se trataba de una pregunta, sino más bien de una orden. Y sin nada que se pareciera a un adiós, McGrath terminó con la llamada. Mackenzie soltó un suspiro y miró a Ellington, que estaba concluyendo su propia llamada.

"En fin, parece que se terminaron tus vacaciones," le dijo con una leve sonrisa.

"Está bien," dijo ella. "Terminaron de una manera bastante explosiva."

Y entonces, como si fueran un matrimonio casado desde hace años, se besaron y salieron de la cama, para irse al trabajo.

CAPÍTULO DOS

El edificio J. Edgar Hoover estaba vacío cuando entraron Mackenzie y Ellington. Ambos habían caminado por sus pasillos a todas horas de la noche, así que no les resultaba nada fuera de lo normal. Por lo general, significaba que había algo realmente horrible esperándoles.

Cuando llegaron al despacho de McGrath, se encontraron con que la puerta estaba abierta. McGrath estaba sentado a una pequeña mesa de conferencias al fondo de su oficina, repasando una serie de documentos. Había otra agente con él, una mujer a la que Mackenzie había visto antes. Se llamaba Yardley, una mujer discreta, sensata, que había intervenido para ayudar al agente Harrison en un par de ocasiones. Les lanzó un gesto de asentimiento y una sonrisa algo robótica cuando entraron a la sala y se acercaron a la mesa de la sala de conferencias. Volvió la mirada a su portátil, enfocada en lo que fuera que tuviera en la pantalla.

Cuando McGrath elevó la mirada para saludar a Mackenzie, no pudo evitar percibir lo que parecía ser un ligero alivio en sus ojos. Era una buena manera de ser recibida de nuevo en el trabajo después de que le acortaran las vacaciones.

"White, Ellington," dijo McGrath. "¿Conocéis a la Agente Yardley?"

"Sí," dijo Mackenzie, con un gesto de asentimiento hacia ella.

"Acaba de regresar de una escena de crimen que está conectada con otra que tuvimos hace cinco días. Al principio, la puse a ella en el caso, pero cuando pensé que podíamos tener a un asesino en serie en nuestras manos, le pedí que nos proporcionara todo lo que tenía para que pudiera pasároslo a vosotros. Tenemos un asesinato… el segundo de su clase en cinco días. White, te llamé a ti específicamente porque te quería en el asunto en base a tu trayectoria—el Asesino del Espantapájaros en concreto."

"¿De qué caso se trata?" preguntó Mackenzie.

Yardley giró el portátil para ponerlo frente a ellos. Mackenzie se fue a la silla que estaba más cerca de ella y tomó asiento. Miró la imagen en la pantalla con un silencio como atenuado que había llegado a conocer muy bien—la capacidad de estudiar una imagen

grotesca como parte de su trabajo pero con la compasión resignada que la mayoría de los seres humanos sentirían ante una muerte tan trágica.

Vio a un hombre mayor, de pelo y barba básicamente canosos, colgando del portón de una iglesia. Tenía los brazos extendidos y su cabeza estaba inclinada hacia abajo en un ademán de parodia de crucifixión. Tenía marcas de navajazos en su pecho y un corte enorme en la frente. Le habían dejado en su ropa interior, que había absorbido mucha de la sangre que había caído de su entrecejo y de su pecho. Por lo que podía ver en las fotos, estaba bastante segura de que le habían clavado las manos al portón. Sin embargo, los pies simplemente estaban atados con una cuerda.

"Esta es la segunda víctima," dijo Yardley. "Reverendo Ned Tuttle, de cincuenta y cinco años de edad. Le encontró una mujer mayor que había pasado por la iglesia para poner flores en la tumba de su marido. El equipo forense se encuentra en la escena en este momento. Parece que colocaron allí el cuerpo hace menos de cuatro horas. Ya hemos enviado a unos agentes para que notifiquen a la familia."

Una mujer a la que le gusta ponerse al mando y conseguir resultados, pensó Mackenzie. Quizá nos podamos llevar bien.

"¿Qué sabemos de la primera víctima?" preguntó Mackenzie.

McGrath le pasó una carpeta. Mientras la abría y miraba los contenidos, McGrath le puso al corriente. "Padre Costas, de la Iglesia Católica del Sagrado Corazón. Le encontraron en el mismo estado, clavado al portón de su iglesia hace cinco días. La verdad es que estoy bastante sorprendido de que no te enteraras de nada de esto en las noticias."

"No vi las noticias durante mis vacaciones a propósito," dijo Mackenzie, con una mirada hacia McGrath que pretendía ser cómica pero que le pareció pasar totalmente desapercibida.

"Recuerdo escuchar hablar de ello junto al dispensador de agua," dijo Ellington. "La mujer que encontró el cadáver estuvo en estado de conmoción durante un tiempo, ¿no es cierto?"

"Correcto," dijo McGrath.

"Y en base a lo que encontró el equipo forense," añadió Yardley, "el padre Costas no llevaba allí clavado más de dos horas."

Mackenzie repasó los documentos. Las imágenes en su interior mostraban al padre Costas en exactamente la misma posición que el reverendo Tuttle. Todo resultaba prácticamente idéntico, hasta el detalle del corte alargado a lo largo del entrecejo.

Cerró la carpeta y se la devolvió a McGrath.

“¿Dónde está esta iglesia?” preguntó Mackenzie, señalando a la pantalla del portátil.

“A las afueras de la ciudad. Una iglesia presbiteriana de un tamaño decente.”

“Enviame las direcciones por mensaje de texto,” dijo Mackenzie, poniéndose ya en pie. “Me gustaría ir a verla por mi cuenta.”

Por lo visto, estos últimos ocho días había echado en falta el trabajo más de lo que le hubiera gustado reconocer.

***

Todavía era de noche cuando Mackenzie y Ellington llegaron a la iglesia. El equipo forense estaba terminando con su trabajo. Habían bajado el cadáver del reverendo Tuttle del portón, pero a Mackenzie eso no le importaba. En base a las dos imágenes que había visto del reverendo Tuttle, ya había visto todo lo que necesitaba ver.

Dos asesinatos en forma de crucifixión, ambos en los portones de unas iglesias. Los hombres que han asesinado eran supuestamente líderes de sus parroquias. Está bastante claro que alguien guarda algún rencor enorme contra la iglesia. Y sea quien sea, no tiene preferencia por ninguna denominación.

Ellington y ella se acercaron a la parte delantera de la iglesia mientras el equipo forense terminaba con sus procedimientos. Hacia la izquierda, cerca del pequeño letrero con el nombre de la iglesia, había un pequeño grupo de gente. Unos cuantos estaban rezando abrazados. Otros lloraban sin ningún tapujo.

Miembros de la iglesia, asumió Mackenzie con una tristeza rotunda.

Se acercaron a la iglesia y la escena no hizo más que empeorar. Había regueros de sangre y dos agujeros grandes donde se habían clavado las puntas. Escudriñó la zona en busca de otros signos de

iconografía religiosa pero no vio nada. Solamente había sangre y pizcas de tierra y de sudor.

Es algo tan osado, pensó. Tiene que haber algún tipo de simbolismo en todo ello. ¿Por qué una iglesia? ¿Por qué el portón de una iglesia? Una vez sería coincidencia, pero dos veces consecutivas, en ambos casos clavados a las puertas—eso fue a propósito.

Le pareció casi ofensivo que alguien hiciera algo así delante de una iglesia. Y quizá fuera todo el sentido que había en ello. No había manera de saberlo de seguro. Aunque Mackenzie no fuera una creyente en la religión o en Dios o en los efectos de la fe, también respetaba el derecho de la gente a profesar su religión. A veces deseaba ser ese tipo de persona. Quizá fuera por eso que el acto le parecía tan deplorable; burlarse de la muerte de Cristo en la entrada misma del lugar donde la gente se reunía en busca de consuelo y de refugio en su nombre era algo detestable.

"Incluso aunque este fuera el primer asesinato," dijo Ellington, "una visión como esta me haría pensar de inmediato que habría más asesinatos. Esto es… repugnante."

"Lo es," dijo Mackenzie. "Pero no estoy del todo segura de por qué me hace sentir así."

"Porque las iglesias son lugares seguros. No te esperas encontrarte agujeros profundos hechos con puntas y sangre húmeda en sus puertas. Eso es alguna historia del Antiguo Testamento ahí mismo."

No es que Mackenzie fuera una erudita sobre la Biblia ni de lejos, pero recordaba algunas historias de su infancia—algo sobre el Ángel de la Muerte atravesando una ciudad y secuestrando a los primogénitos de cada familia si no había cierta marca en las puertas.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Lo reprimió al darse la vuelta hacia el equipo forense. Con un leve saludo, consiguió captar la atención de un miembro del equipo. Se acercó, claramente angustiado por lo que el equipo y él acababan de ver. "Agente White," dijo. "¿Es este tu caso ahora?"

"Eso parece. Me preguntaba si teníais las puntas que utilizaron para clavarle allí arriba."

"Claro que sí," dijo él. Hizo un gesto con la mano a otro de los miembros de su equipo y entonces volvió a mirar al portón. "Y el tipo que hizo esto… o era fuerte como un oso o tenía todo el tiempo del

mundo para hacer esto.”

“Eso es improbable,” dijo Mackenzie. Asintió de nuevo hacia el aparcamiento de la iglesia y la calle detrás de él. “Incluso si el asesino hizo esto sobre las dos o las tres de la mañana, las probabilidades de que no hubiera un vehículo pasando por Browning Street que le pudiera ver son mínimas.”

“A menos que el asesino estudiara el área de antemano y conociera al dedillo las horas muertas del tráfico después de medianoche,” ofreció Ellington.

“¿Alguna posibilidad de grabaciones de video?” preguntó.

“Ninguna. Ya lo comprobamos. La Agente Yardley llamó a unas cuantas personas—los propietarios de los edificios cercanos. Solo uno de ellos tiene cámaras de seguridad y no están enfocadas sobre la iglesia, así que no hay nada que hacer al respecto.”

El otro miembro del equipo forense se acercó. Llevaba una bolsa de plástico de tamaño medio que contenía dos agujas grandes de hierro y lo que parecía ser un hilo de cable grueso. Las puntas estaban cubiertas de sangre, que tambien se había derramado por el interior transparente de la bolsa.

“¿Esas son agujas de ferrocarril?” preguntó Mackenzie.

“Probablemente,” dijo el chico del equipo forense. “Pero si lo son, son unas agujas en miniatura. Quizá la clase que utiliza la gente para los corrales de gallinas o las vallas en los prados.”

“¿Cuánto tiempo antes de que obtengas algún tipo de resultado de ellas?” preguntó Mackenzie.

El hombre se encogió de hombros. “¿Medio día, quizás? Dime qué estás buscando específicamente y trataré de que los resultados te lleguen cuanto antes.”

“Comprueba si puedes averiguar qué utilizó el asesino para clavar las agujas. ¿Puedes averiguar ese tipo de cosas por el desgaste reciente en los cabezales de las agujas?”

“Claro, deberíamos poder hacerlo. Ya hemos hecho todo lo que podemos hacer por nuestra parte. El cuerpo sigue con nosotros; no llegará a la oficina del forense hasta que lo digamos nosotros. Ya hemos espolvoreado el portón y la escalinata en busca de huellas. Te

comunicaremos si encontramos alguna cosa.”

“Gracias,” dijo Mackenzie.

“Perdona que ya hayamos retirado el cadáver, pero estaba saliendo el sol y la verdad es que no queríamos que esto saliera en los periódicos de hoy. O en los de mañana, la verdad.”

“No, está bien. Lo entiendo perfectamente.”

Dicho esto, Mackenzie se giró hacia las puertas dobles, despidiéndose sin palabras del equipo forense. Intentó imaginarse a alguien arrastrando un cuerpo por el pequeño jardín y subiéndolo por las escaleras en medio del silencio nocturno. La posición de las luces de seguridad en la calle hubiera dejado a oscuras el portón de la iglesia. No había luces de ninguna clase junto al portón de la iglesia, por lo que hubiera estado sumida en una oscuridad casi absoluta.

Quizá fuera más probable de lo que pensé originalmente que el asesino se tomara todo el tiempo del mundo para hacer esto, pensó.

“Esa me pareció una solicitud extraña,” dijo Ellington. “¿Qué estás pensando?”

“Todavía no lo sé, pero sé que hubiera sido necesaria mucha fuerza y determinación para trabajar en solitario para levantar a alguien del suelo y clavar sus manos a esta puerta. Si se empleó un mazo para clavar las puntas, puede que indique que había más de un asesino—uno para levantar a la víctima del suelo además de extender el brazo, y otro para clavar las puntas.”

“Tiene cada vez mejor pinta, ¿no es cierto?” dijo Ellington.

Mackenzie asintió mientras comenzaba a tomar fotografías de la escena con la cámara de su teléfono. Al hacerlo, la idea de la crucifixión volvió a recorrerle todo el cuerpo. Le hizo pensar en el primer caso en el que había trabajado en que se habían utilizado temas de crucifixión—un caso en Nebraska que había acabado por llevarle a entablar relaciones con el Bureau.

El Asesino del Espantapájaros, pensó. Dios, ¿voy a ser capaz alguna vez de dejar ese asunto en las catacumbas de mi memoria?

Por detrás suyo, el sol comenzaba a salir, proyectando los primeros rayos de luz del día. A medida que su sombra se proyectaba lentamente sobre las escaleras de la iglesia, trató de ignorar el hecho

de que casi parecía una cruz.

De nuevo, los recuerdos del Asesino del Espantapájaros le nublaron la mente.

Quizá este sea el momento, pensó con esperanza. Quizá cuando cierre este caso, los recuerdos de esa gente crucificada en los maizales dejarán de atormentarme.

Sin embargo, mientras mirada de nuevo a las puertas manchadas de sangre de la iglesia Presbiteriana Cornerstone, se temió que eso no eran más que castillos en el aire.

CAPÍTULO TRES

Mackenzie se enteró de muchas cosas sobre el reverendo Ned Tuttle en la siguiente media hora. Para empezar, dejaba atrás dos hijos y una hermana. Su mujer le había dejado hacía ocho años, para mudarse a Austin, Texas, con el hombre con el que había estado teniendo relaciones durante un año antes de ser descubierta. Los dos hijos vivían en el área de Georgetown, lo que suponía que esa iba a ser la primera parada del día para Mackenzie y Ellington. Eran poco más de las 6:30 cuando Mackenzie aparcó su coche junto a la curva que había al lado del apartamento de Brian Tuttle. Según el agente que les había informado de la noticia, los dos hermanos estaban allí, esperando a hacer lo que fuera posible para responder a sus preguntas sobre la muerte de su padre.

Cuando Mackenzie entró al apartamento de Brian Tuttle, se sorprendió un poco. Estaba esperando encontrar a los dos hijos de luto, desgarrados por la muerte de su devoto padre. En vez de ello, les encontró sentados a una pequeña mesa que había en la cocina. Los dos estaban tomando un café. Brian Tuttle, de veintidós años de edad, estaba comiéndose un bol de cereales mientras que Eddie Tuttle, de diecinueve, mojaba con aire distraído un panqueque Eggo en un charquito de sirope.

“No sé con exactitud lo que creen que podemos ofrecerles,” dijo Brian. “No es que estuviéramos en los mejores términos posibles con papá.”

“¿Puedo preguntar por qué?” dijo Mackenzie.

“Porque dejamos de asociarnos con él cuando se metió de lleno en la iglesia.”

“¿No sois creyentes?” preguntó Ellington.

“No lo sé,” dijo Brian. “Supongo que soy agnóstico.”

“Yo soy creyente,” dijo Eddie. “Pero papá… lo llevó a un nivel completamente nuevo. Quiero decir, cuando descubrió que mamá le estaba engañando, no hizo nada de nada. Después de un par de días procesándolo, la perdonó a ella y al tipo con el que le estaba engañando. Dijo que les perdonaba porque era la acción cristiana en este caso. Y se negó a siquiera hablar de divorcio.”

"Sí," dijo Brian. "Y a mamá eso le vino a decir que no le importaba un bledo a papá—que no le preocupara que le hubiera engañado. Así que se marchó. Y él no hizo gran cosa por detenerla."

"¿Alguna vez intentó vuestro padre ponerse en contacto con vosotros después de que se fuera tu madre?"

"Oh, claro que sí," dijo Brian. "Como cada sábado por la tarde, suplicándonos que fuéramos a la iglesia."

"Y, además de eso," añadió Eddie, "estaba demasiado ocupado durante la semana incluso aunque nosotros quisiéramos vernos con él. Siempre estaba en la iglesia o en misiones de caridad o visitando a enfermos en hospitales."

"¿Cuándo fue la última vez que alguno de vosotros habló con él en profundidad?" preguntó Mackenzie.

Los hermanos se miraron el uno al otro un momento, haciendo cálculos. "No estoy seguro," dijo Brian. "Quizá un mes. Y no fue gran cosa para nada. Estaba haciendo las mismas preguntas de siempre: cómo nos iba en el trabajo, si ya estaba saliendo con alguien, cosas por el estilo."

"Entonces, ¿es correcto afirmar que ambos teníais una relación distante con vuestro padre?"

"Sí," dijo Eddie.

Bajó la vista hacia la mesa por un instante cuando la pena empezó a calarle. Mackenzie ya había visto este tipo de reacción antes; si hubiera tenido que apostar, estaba bastante segura de que uno de los dos chicos rompería a llorar en menos de una hora, cayendo en la cuenta de todo lo que se había perdido en relación con un padre al que nunca había llegado a conocer.

"¿Sabéis quién le podría haber conocido bien?" preguntó Mackenzie. "¿Tenía amigos íntimos?"

"Solo ese sacerdote o pastor o lo que sea de la iglesia," dijo Eddie. "El que está al mando del lugar."

"¿No era tu padre el reverendo principal?" preguntó Mackenzie.

"No. Era más bien un asistente del pastor o algo por el estilo," dijo Brian. "Había otro tipo por encima de él. Jerry Levins, creo que se

llama.”

Mackenzie se percató de la manera en que los dos jóvenes estaban confundiendo los términos. Pastor, reverendo, sacerdote… era todo bastante confuso. De hecho, ni siquiera Mackenzie conocía la diferencia, y asumió que tenía que ver con las diferencias en nomenclatura entre las distintas religiones.

“¿Y pasaba tu padre mucho tiempo con él?”

“Oh, sí,” dijo Brian, un tanto enfadado. “Todo su maldito tiempo, creo. Si necesitan saber algo sobre papá, él es la persona indicada para ir a preguntarle.”

Mackenzie asintió, bien consciente de que no iba a obtener ninguna información útil de estos dos jovencitos. Aun así, hubiera deseado tener más tiempo para hablar con ellos. Claramente, había algunas tensiones y pérdidas por resolver entre ellos. Quizá si atravesaran las paredes emocionales que les mantenían tan tranquilos, tendrían más que ofrecer.

Al final, se dio la vuelta y les dio las gracias. Ellington y ella salieron sigilosamente del apartamento. Cuando empezaron a bajar las escaleras el uno junto al otro, Ellington tomó su mano.

“¿Estás bien?” le preguntó.

“Claro,” dijo ella, confundida. “¿Por qué?

“Dos chicos… su padre acaba de morir y no están seguros de cómo enfrentarse a ello. Con todas las especulaciones sobre el viejo caso de tu padre últimamente… solo me estaba preguntando.”

Ella le sonrió, regocijándose en el aliento que le daba a su corazón en esos momentos. Dios, puede ser tan encantador…

A medida que caminaban hacia la mañana juntos, también se dio cuenta de que tenía razón: la razón por la que ella quería quedarse y seguir charlando era para ayudar a los hermanos Tuttle a resolver los problemas que habían tenido con su padre.

Por lo visto, el fantasma del caso recientemente reabierto de su padre le acechaba más de lo que quería reconocer.

***

Divisar la iglesia Presbiteriana Cornerstone a la luz de la mañana resultaba surrealista. Mackenzie conducía junto a ella de camino a su reunión con el reverendo Jerry Levins. Levins vivía en una casa que se asentaba a solo media manzana de la iglesia, algo que Mackenzie había visto con frecuencia durante su etapa en Nebraska donde los líderes de las iglesias pequeñas solían vivir muy cerca de sus casas de devoción.

Cuando llegaron a casa de Levins, había numerosos coches aparcados al lado de la calle y en la entrada a su garaje. Asumió que se trataba de miembros de Cornerstone, que habían venido para buscar consuelo o para ofrecer su apoyo al reverendo Levins.

Cuando Mackenzie llamó a la puerta principal de la modesta casa de ladrillo, le respondieron de inmediato. Era obvio que la mujer que salió a abrirles la puerta había estado llorando. Miró con desconfianza a Mackenzie y a Ellington hasta que Mackenzie le mostró su placa.

“Somos los agentes White y Ellington, del FBI,” dijo. “Nos gustaría hablar con el Reverendo Levins, si está en casa.”

La mujer les abrió la puerta y entraron a una casa que resonaba con lloros y gemidos. En alguna otra parte de la casa, Mackenzie podía oír el murmullo de oraciones.

“Iré a buscarle,” dijo la mujer. “Hagan el favor de esperar aquí.”

Mackenzie observó cómo la mujer atravesaba la casa, entrando a una pequeña sala de estar en cuya entrada había unas cuantas personas de pie. Después de algunos susurros, un hombre alto y calvo se acercó caminando hacia ellos. Igual que la mujer que había respondido a la puerta, también era evidente que había estado llorando.

“Agentes,” dijo Levins. “¿Puedo ayudarles?”

“En fin, ya sé que son momentos muy tensos y tristes para usted,” dijo Mackenzie, “pero esperamos obtener cualquier información que podamos sobre el reverendo Tuttle. Cuanto antes podamos conseguir pistas, más rápido atraparemos al responsable de esto.”

“¿Creen que su muerte pueda estar relacionada con la de ese pobre sacerdote esta semana?” preguntó Levins.

"No podemos saberlo con certeza," dijo Mackenzie, aunque ya estaba convencida de que era así. "Y por esa razón esperábamos que pudiera hablar con nosotros."

"Por supuesto," dijo Levins. "Mejor afuera en la escalera. No quiero interrumpir las plegarias que se están llevando a cabo aquí."

Les llevó de vuelta a la mañana, donde tomó asiento en las escaleras de hormigón. "Debo decirles, que no estoy seguro de lo que van a encontrar sobre Ned," comentó Levins. "Era un creyente de primera. Además de algunos problemas con su familia, no sé si tenía algo que se pareciera ni de lejos a un enemigo."

"¿Tenía amigos dentro de la iglesia sobre los que pueda albergar dudas respecto a su moralidad u honradez?" preguntó Ellington.

"Todo el mundo era amigo de Ned Tuttle," dijo Levins, secándose una lágrima de los ojos. "El hombre era lo más parecido a un santo que se pueda encontrar. Devolvía a la iglesia al menos un veinticinco por ciento de su salario habitualmente. Siempre estaba en la ciudad, ayudando a dar de comer y proveer de ropa a los necesitados. Cortaba el césped para algunos ancianos, hacía reparaciones domésticas para viudas, y se iba a Kenia tres veces al año de misionario para ayudar en una obra médica."

"¿Sabe alguna cosa sobre su pasado que pudiera resultar sospechosa?" preguntó Mackenzie.

"No. Y no es poco decir porque sé muchas cosas sobre su pasado. Él y yo compartimos muchas historias sobre nuestros problemas. Y puedo decirles en confianza que, entre las pocas cosas pecaminosas que experimentó en el pasado, no había nada que pudiera sugerir que le trataran como lo hicieron anoche."

"¿Qué hay de otras personas dentro de la parroquia?" preguntó Mackenzie. "¿Había miembros de la iglesia que pudieran sentirse ofendidos por algo que hubiera dicho o hecho el reverendo Tuttle?"

Levins pensó en ello durante un instante antes de sacudir la cabeza. "No. Si hubiera algún problema de ese tipo, Ned nunca me lo contó y yo no me enteré. Pero repito… les puedo decir con la mayor certeza que no tenía enemigos según mi conocimiento."

"Quizá sepa si—" comenzó a decir Ellington.

Sin embargo, Levins levantó la mano, como si quisiera rechazar el

comentario. “Lo siento mucho,” dijo. “La verdad es que me siento bastante triste por la pérdida de mi buen amigo, y tengo a muchos miembros de la iglesia llorando dentro de mi casa. Estaré encantado de responder a las preguntas que tengan en los próximos días, pero, en este momento, necesito volver con Dios y con mi congregación.”

“Desde luego,” dijo Mackenzie. “Le entiendo, y lamento mucho su pérdida.”

Levins consiguió esbozar una sonrisa cuando se puso de nuevo en pie. Había lágrimas recientes corriendo por sus mejillas. “Lo dije en serio,” susurró, haciendo lo que podía por no derrumbarse delante de ellos. “Denme un día más o menos. Si hay algo más que tienen que preguntar, díganmelo. Me gustaría colaborar para llevar a quienquiera que haya hecho esto ante la justicia.”

Dicho esto, regresó de nuevo al interior de la casa. Mackenzie y Ellington regresaron a su coche mientras el sol tomaba su posición natural en el cielo. Era difícil de creer que solo fueran las 8:11 de la mañana.

“¿Y ahora qué?” preguntó Mackenzie. “¿Alguna idea?”

“Bueno, llevo levantado casi cuatro horas y todavía no he tomado café. Ese parece un buen lugar por el que empezar.”

***

Veinte minutos después, Mackenzie y Ellington estaban sentados frente a frente en una pequeña cafetería. Mientras tomaban su café, repasaron los documentos sobre el padre Costas que habían conseguido en el despacho de McGrath y los archivos digitales sobre el reverendo Tuttle que habían enviado por email al teléfono de Mackenzie.

Además de examinar las fotografías, no había mucho que estudiar. Incluso en el caso del padre Costas, en el que había papeleo de acompañamiento, no había gran cosa que decir. Habían acabado con su vida con la herida de cuchillo en su pulmón o con una incisión profunda en su nuca que había profundizado lo suficiente como para revelar destellos blanquecinos de su médula espinal.

“Así que, según este informe,” dijo Mackenzie, “las heridas infligidas en el cuerpo del padre Costas probablemente fueron las que

le mataron. Seguramente estaba ya muerto cuando le crucificaron."

"¿Y eso significa algo?" preguntó Ellington.

"Creo que hay muchas posibilidades. Está claro que hay algún tipo de ángulo religioso en todo esto. El mero concepto de la crucifixión apoya esa idea. No obstante, hay una gran diferencia entre utilizar el acto de la crucifixión como mensaje y utilizar la imagen de la crucifixión."

"Creo que te entiendo," dijo Ellington, "pero puedes continuar con la explicación."

"Para los cristianos, la imagen de la crucifixión sería simplemente un tipo de descripción. Si ese fuera el caso, los cadáveres hubieran estado prácticamente libres de heridas. Piensa en ello… la cristiandad al completo sería bastante diferente si Cristo hubiera estado ya muerto cuando le clavaron en la cruz."

"Entonces, ¿piensas que el asesino solo está crucificando a estos hombres para hacer una exhibición?"

"Demasiado pronto para decirlo," dijo Mackenzie. Se detuvo el tiempo suficiente como para darle un trago delicioso a su café. "Sin embargo, me inclino por pensar que no. Ambos hombres eran clérigos… líderes de una iglesia en una forma u otra. Exhibirles maniatados como a la figura cristiana que está en el centro de sus iglesias es un signo demasiado claro. Hay algún tipo de motivo detrás de todo ello."

"Te acabas de referir a Jesucristo como a una figura cristiana. Pensé que creías en Dios."

"Así es," dijo Mackenzie. "Pero no con la fuerza y la convicción que tenía alguien como Ned Tuttle. Y cuando hablamos de historias bíblicas—la serpiente que habla, el arca, el golpe a golpe de la crucifixión—creo que hay que echar la fe a un lado y apoyarme en algo que se parece más a la fe ciega. Y no me siento cómoda con eso."

"Guau," dijo Ellington con una sonrisa. "Eso es profundo. Yo… prefiero simplemente decir que no lo sé por toda respuesta. Por tanto, respecto al motivo que has mencionado, ¿cómo lo descubrimos?" preguntó Ellington.

"Buena pregunta. Planeo empezar con la familia del padre Costas. No hay gran cosa en los informes que pueda servirnos de algo.

Además, creo—”

Le interrumpió el sonido del teléfono de Ellington. Él lo respondió con rapidez y frunció el ceño al mirar la pantalla. “Es McGrath,” dijo antes de responder.

Mackenzie escuchó la parte de Ellington en la conversación, incapaz de comprender de qué estaba hablando. Después de menos de un minuto, Ellington concluyó la llamada y se metió el teléfono de nuevo al bolsillo.

“En fin,” dijo. “Parece que irás a visitar a la familia de Costas por tu cuenta. McGrath necesita que regrese a la oficina. Alguna tarea relativa a un caso sobre el que ha sido de lo más discreto.”

“Lo que seguramente quiere decir que es trabajo aburrido,” dijo Mackenzie. “Qué suertudo.”

“Aun así, resulta extraño que me saque de aquí tan deprisa cuando todavía no tenemos pistas. Debe de significar que tiene una confianza inmensa en ti de repente.”

“¿Y tú no?”

“Ya sabes lo que quiero decir,” dijo Ellington, sonriendo.

Mackenzie le dio otro trago a su café, un tanto decepcionada al descubrir que ya estaba vacía. Tiró la taza a la basura y reunió los archivos y su teléfono, lista para dirigirse a su primera parada. Pero primero, se dirigió al mostrador para pedir otro café.

Parecía que iba a ser un día muy largo. Y sin Ellington para mantenerla despierta, sin duda alguna iba a necesitar café.

Claro que, por otra parte, los días largos solían acabar con pistas —y productividad. Y si Mackenzie se salía con la suya, encontraría al asesino antes de que tuviera el tiempo suficiente para planear otro asesinato.

CAPÍTULO CUATRO

Después de dejar a Ellington en el aparcamiento subterráneo de las oficinas del FBI (y de un beso rápido pero apasionado antes de que se marchara), Mackenzie se puso en camino hacia la Iglesia Católica del Sagrado Corazón. No esperaba encontrar gran cosa, así que no se sintió decepcionada cuando se encontró precisamente con eso.

Habían sustituido el portón de entrada, pero tenía el aspecto de una réplica exacta del que ya había visto en las fotos de la escena del crimen. Ascendió por las escaleras, que eran mucho más lujosas y ornamentadas que las que había en Cornerstone, hasta el nuevo portal. Entonces se dio la vuelta y observó la calle. No pudo evitar preguntarse si había algún tipo de simbolismo en el hecho de que hubieran clavado a los hombres en el portal principal.

Quizá se supone que están mirando hacia algo en particular, pensó Mackenzie. No obstante, lo único que veía eran coches aparcados, unos cuantos peatones, y señales de tráfico.

Miró a sus pies y a lo largo de los bordes del marco del portón. Había pequeñas formas amasadas que podían ser cualquier cosa. No obstante, ya había visto este color con anterioridad—el color de la sangre una vez se secaba en el hormigón pálido.

Volvió a mirar hacia las escaleras e intentó imaginarse a un hombre subiendo un cadáver por ellas. Sin duda alguna, sería todo un esfuerzo. Por supuesto, no sabía si Costas ya estaba muerto cuando le habían clavado en el portón, aunque parecía ser la probabilidad que estaban manejando.

Mientras estaba de pie junto al portón doble y echaba un vistazo a su alrededor, repasó los hechos que conocía gracias a los informes. Aquí se utilizaron el mismo tipo de puntas que se emplearon en la escena de Tuttle. La única herida en común entre los dos cadáveres era un enorme corte que recorría toda su frente—quizá como una alusión a la corona de espinas de Jesucristo.

Era difícil de imaginar una visión tan dantesca en la escalinata donde se encontraba de pie. Por lo general, la gente no solía pensar en muerte y sangre cuando estaban frente a las puertas de una iglesia.

Y quizá sea ese el motivo. Quizá esa sea una conexión con la motivación del asesino.

Sintiendo que quizá esa fuera una buena idea, Mackenzie bajó de nuevo por las escaleras hasta la calle. Le resultaba extraño moverse a este ritmo sin tener a Ellington a su lado, pero para cuando estuvo dentro del coche y en movimiento, su mente estaba solamente enfocada en el caso.

***

Por segunda vez ese día, Mackenzie se encontraba entrando a una casa abarrotada. El padre Costas había vivido en una casa agradable, una casa de dos pisos junto a los límites de la zona central. Salió a recibirle una mujer que se presentó como un miembro de la parroquia del Sagrado Corazón. Llevó a Mackenzie hasta una especie de despacho, donde le pidió que esperara un momento.

En cuestión de segundos, una mujer mayor entró a la sala. Parecía agotada y profundamente entristecida al sentarse en una butaca al otro lado del asiento donde estaba sentada Mackenzie en un sofá ornamentado.

“Lamento molestarla,” dijo Mackenzie. “No tenía ni idea de que tuviera tanta compañía en su casa.”

“Sí, yo tampoco tenía ni idea,” dijo la mujer. “Pero el funeral tiene lugar esta noche y hay toda esta gente que han llegado de todas partes. Familiares, conocidos, seres queridos de la iglesia.” Entonces sonrió con aspecto adormilado y añadió: “Me llamo Nancy Allensworth, soy la secretaria de la parroquia. ¿Me han dicho que usted es del FBI?”

“Sí señora. A riesgo de disgustarla todavía más, le diré que encontraron otro cadáver esta mañana, con el mismo tratamiento que había recibido el padre Costas. Este era un reverendo de una pequeña iglesia presbiteriana cerca de Georgetown.”

Nancy Allensworth se llevó la mano a la boca en un gesto dramático que expresaba su sorpresa. “Dios mío,” dijo. Entonces, a través de lágrimas y dientes apretados, susurró, “¿Hasta dónde ha llegado este mundo cruel?”

Haciendo lo que podía por continuar con su investigación, Mackenzie siguió adelante. “Obviamente, como ha sucedido dos veces, tenemos razones para creer que podría suceder de nuevo, así que el tiempo apremia. Esperaba que pudiera responder a unas cuantas

preguntas para mí."

"Puedo intentarlo," dijo, aunque estaba claro que estaba luchando para mantener a raya sus emociones.

"Como el Sagrado Corazón es una iglesia relativamente grande, me preguntaba si podría haber alguien en la congregación que hubiera contactado recientemente al padre Costas con alguna queja o agravio."

"Que yo sepa, no. Pero ha de tener en cuenta que había mucha gente que se acercaba a él en confianza para confesar sus pecados o solucionar inquietudes espirituales en sus vidas."

"¿Hay algo en particular durante el transcurso de los últimos años que se le ocurra pudiera haberle sentado mal a alguien? ¿Alguna cosa que pudiera molestar a alguien que quizá sentía reverencia por el padre Costas previamente?"

Nancy se miró las manos. Las estaba retorciendo con nerviosismo en su regazo, tratando de evitar que temblaran.

"Supongo que sí la hubo, pero sucedió antes de que empezara a trabajar aquí. Hubo una historia hace como diez años, un informe que sacó a la luz uno de los periódicos locales. Uno de los adolescentes que lideraban un grupo juvenil dijo que el padre Costas había abusado sexualmente de él. Fue muy explícito. Nunca hubo ninguna prueba de que fuera verdad y, para ser sinceros, no hay manera de que el padre Costas pudiera haber hecho algo así. Claro que, cuando una historia periodística como esa se propaga y tiene que ver con alguien dentro de la iglesia católica, se toma como si fuera una verdad incuestionable."

"¿Cuáles fueron las consecuencias de esa historia?"

"Por lo que me contaron, recibió amenazas de muerte. El número de feligreses que acudía a la iglesia disminuyó en un quince por ciento. Empezó a recibir emails no solicitados llenos de pornografía homosexual."

"¿Guardó alguno de esos emails?" preguntó Mackenzie.

"Durante un tiempo," dijo Nancy. "Llamó a la policía al respecto, pero nunca fueron capaces de hacer ninguna conexión. Una vez estuvo claro que no había nada que se pudiera hacer al respecto, los borró de su cuenta. Yo nunca los vi personalmente."

“¿Y qué hay del adolescente que realizó las acusaciones? Si nos pudiera dar un nombre, podríamos pasar a visitarle.”

Nancy sacudió la cabeza, con lágrimas corriéndole por el rostro. “Se acabó suicidando ese mismo año. Había una nota cerca del cadáver en la que confesaba que era gay. Resultó otro golpe para el padre Costas. Hizo que la historia pareciera todavía más probable.”

Mackenzie asintió, intentando pensar en cualquier otra vía de acceso. Sabía que, naturalmente, sería difícil obtener este tipo de información de una viuda de luto. Y cuando a esto se le añadía otro suceso pasado con un artículo periodístico que podía o no ser cierto, la cuestión se ponía mucho peor. Suponía que podía presionar en busca de más información sobre el joven que había presentado la queja y que había acabado suicidándose. Claro que también podía encontrar la información por su cuenta mientras dejaba que esta pobre mujer se preparara para el funeral del padre Costas.

“En fin, señora Allensworth, muchísimas gracias por su tiempo,” dijo Mackenzie, poniéndose en pie. “Le acompaño en el sentimiento.”

“Bendita seas, querida,” dijo Nancy. También se puso de pie y llevó a Mackenzie de regreso a través de la casa hasta la puerta principal.

En la puerta, Mackenzie le dio a Nancy una tarjeta de visita con su nombre y su número. “Entiendo que está pasando por un momento muy duro,” dijo Mackenzie. “Pero si hay cualquier cosa que se le ocurra en los próximos días, llámeme por teléfono.”

Nancy recibió la tarjeta sin decir ni una palabra y la deslizó dentro de su bolsillo. Entonces se dio la vuelta, luchando claramente con un ataque de lágrimas, y cerró la puerta.

Mackenzie se dirigió de vuelta a su coche, sacando su teléfono móvil. Marcó el número del agente Harrison, que le respondió al instante.

“¿Va todo bien?” le preguntó.

“Todavía no lo sé,” dijo Mackenzie. “¿Puedes hacerme un favor e investigar hace como unos diez años para ver qué puedes encontrar sobre el padre Costas respecto a unas alegaciones de abuso sexual por parte del líder de un grupo juvenil? Me gustaría tener tantos detalles sobre el caso como sea posible.”

“Claro. ¿Crees que puede haber una pista ahí?”

“No lo sé,” dijo ella. “Pero me parece que sin duda merece la pena investigar a un chico que dijo que había sido abusado sexualmente por un sacerdote al que han clavado en el portón de su iglesia.”

“Claro, parece buena idea,” dijo Harrison.

Terminó con la llamada, de nuevo acosada por imágenes del Asesino del Espantapájaros y Nebraska. Obviamente, ya había tratado con asesinos que atacaban desde un contexto religioso. Y algo que sabía sobre ellos era que podían ser impredecibles y muy determinados. No iba a arriesgarse en absoluto y, como consecuencia, no dejaría ningún detalle por investigar.

Y aun sí, mientras se montaba de nuevo en el coche, cayó en la cuenta de que un chico del que han abusado sexualmente parecía una pista bastante sólida. Además, si no fuera por él, lo único que tenía a su disposición era regresar a las oficinas del FBI y ver qué podía sonsacar de los archivos mientras esperaba a que el equipo forense encontrara alguna pista.

Y sabía que, si se quedaba sentada sin hacer nada, esperando a alguna apertura en el caso, el asesino podía estar ahí fuera planeando su siguiente movimiento.

CAPÍTULO CINCO

Eran las 3:08 en el salpicadero del coche cuando el sacerdote salió de la iglesia.

Observó al sacerdote a través del limpiaparabrisas desde la distancia. Sabía que era un hombre santo, su reputación era estelar y su parroquia había sido afortunada. Aun así, era bastante decepcionante. A veces pensaba que los hombres devotos deberían ser distinguidos del resto del mundo, para hacerlos más fáciles de identificar. Quizá como en esas antiguas pinturas religiosas donde se mostraba a Jesús con un gran círculo dorado alrededor de su cabeza.

Se echó a reír al pensar en esto mientras observaba cómo el sacerdote se reunía con otro hombre delante de un coche junto a la iglesia. El otro hombre era algún tipo de ayudante. Ya había visto antes a este ayudante, pero no estaba pendiente de él. Era uno de los últimos eslabones de la cadena de poder dentro de la iglesia.

No, a él le interesaba más el sacerdote principal.

Cerró los ojos mientras los dos hombres hablaban. En el silencio de su coche, se puso a rezar. Sabía que podía rezar en cualquier parte y que Dios le escucharía. Ya llevaba algún tiempo sabiendo que a Dios no le importaba donde estuvieras cuando rezabas o cuando confesabas tus pecados. No era necesario que estuvieras en algún edificio enorme y de decoración estridente. De hecho, la Biblia indicaba que esos aposentos tan elaborados eran una ofensa a Dios.

Cuando terminó con su oración, pensó en ese pasaje de las escrituras. Lo pronunció en voz alta, con voz lenta y áspera.

“Y cuando ores, no has de hacerlo como los hipócritas. Que a ellos les encanta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para que puedan ser vistos por los hombres.”

Volvió a mirar al sacerdote, que en este momento se alejaba del hombre y se dirigía hacia otro coche.

“Hipócrita,” dijo. Su voz albergaba una mezcla de tristeza y de malicia.

También sabía que la Biblia advertía sobre una plaga de falsos profetas en los tiempos finales. Esa era la razón de que, después de

todo, se hubiera decidido a realizar su tarea actual. Los falsos profetas, los hombres que hablaban de glorificar a Dios mientras miraban con avaricia los platos de la recolecta mientras los pasaban alrededor de la congregación—los mismos que predicaban sobre santidad y pureza al tiempo que miraban a los jovencitos con ojos llenos de lujuria—eran los peores de todos. Eran peor que los traficantes de drogas y los asesinos. Eran peor que los violadores y los pervertidos más deplorables que había por las calles.

Todo el mundo lo sabía, aunque nadie hiciera nada acerca de ello.

Hasta ahora. Hasta que él había escuchado la voz de Dios hablándole, diciéndole que lo rectificara.

Era su tarea librar al mundo de estos falsos profetas. Era una tarea sangrienta, pero era la tarea de Dios. Y eso era todo lo que él necesitaba saber.

Volvió a mirar al sacerdote, metiéndose al coche y saliendo de la iglesia.

Después de un rato, tambien salió de su aparcamiento. No siguió al sacerdote demasiado de cerca, sino que le escoltó a una distancia segura.

Cuando llegó a un semáforo, apenas podía escuchar el ruido musical de su maletero mientras varias de sus puntas industriales tintineaban dentro de su caja.

CAPÍTULO SEIS

Ella está ascendiendo hacia la iglesia, y la luna de sangre proyecta la silueta de su cuerpo en el pavimento con el aspecto de un insecto estirado —una mantis religiosa o quizá un ciempiés. Suena una campana, una enorme campana por encima de la catedral, congregando a las gentes para que vengan a presentar su devoción y cantar sus alabanzas.

Sin embargo, Mackenzie no consigue entrar a la iglesia. Hay un grupo de gente en la escalinata frontal, congregándose junto al portón de entrada. Allí ve a Ellington, además de a McGrath, Harrison, a su madre y su hermana, incluso a su antiguo compañero, Bryers, y algunos de los hombres con los que ha trabajado mientras era detective en Nebraska.

"¿Qué están haciendo?" se pregunta.

Ellington se vuelve hacia ella. Tiene los ojos cerrados. Lleva puesto un traje elegante, con una corbata del color de la sangre. Le sonríe, con los ojos aún cerrados, y se lleva una mano a los labios. Junto a él, su madre apunta al portón principal de la iglesia.

Su padre está allí. Maniatado, crucificado. Le está mirando directamente a Mackenzie, con la mirada de un maniaco y los ojos abiertos de par en par. Puede observar la locura en sus ojos y en su sonrisa maliciosa.

"¿Has venido a salvarte a ti misma?" le pregunta.

"No," contesta Mackenzie.

"Bueno, sin duda no viniste a salvarme a mí. Es demasiado tarde para eso. Ahora haz una reverencia. Reza. Encuentra tu paz en mí."

Y como si alguien le hubiera partido en dos desde dentro, Mackenzie cae de rodillas. Se arrodilla del todo, rozándose las rodillas en el hormigón. Por todos lados, la congregación comienza a cantar en diversos idiomas. Mackenzie abre la boca de la que salen palabras sin forma, uniéndose a la sonata. Vuelve a mirar a su padre y ve que tiene un aura de fuego alrededor de su cabeza. Está muerto ahora, con la mirada en blanco y carente de expresión, y de la boca le cae un reguero de sangre que se acumula a sus pies.

Y continúa el sonido de la campana, repitiéndose una y otra vez.

Sonando…

Sonando. Algo está sonando.

Es su teléfono. Con una sacudida, Mackenzie se despierta. Apenas registra su reloj sobre la mesita, que marca las 2:10 de la madrugada. Responde al teléfono, tratando de quitarse de encima los vestigios de la pesadilla que todavía tiene en mente.

"Aquí White," dice.

"Buenos días," le contesta la voz de Harrison. Por dentro, Mackenzie se siente decepcionada. Había estado esperando escuchar la voz de Ellington. Le habían sacado de allí para llevar a cabo alguna tarea que le había asignado McGrath, cuyos detalles eran incompletos por decirlo suavemente. Le había prometido llamarle en algún momento, pero hasta ahora, no había tenido noticias de él.

Harrison, pensó adormilada. ¿Qué demonios quiere ahora?

"Es demasiado pronto para esto, Harrison," le dice.

"Lo sé," dice Harrison. "Lo lamento, pero te llamo por encargo de McGrath. Ha habido otro asesinato."

***

A través de una serie de mensajes de texto, Mackenzie reunió todas las piezas que necesitaba. Una pareja rebelde había aparcado en las sombras de un aparcamiento de una iglesia conocida para hacer el amor. En el momento que las cosas empezaban a tomar forma, la chica había visto algo extraño en la puerta. Le había asustado lo suficiente como para concluir con las actividades planeadas para la noche. Claramente disgustado, el chico cuyo acto de exhibicionismo había sido interrumpido, se había acercado sigilosamente hasta la puerta para encontrarse con un cuerpo desnudo clavado en ella.

La iglesia en cuestión era una de las más célebres de la zona: la Iglesia Comunitaria Living Word, una de las más grandes de la ciudad. Salía a menudo en las noticias, ya que el presidente de la nación solía atender sus servicios. Mackenzie nunca había estado allí (no había entrado a una iglesia desde que pasara por un fin de semana plagado de culpabilidad en la universidad) pero el tamaño y la importancia del lugar se registraron claramente en su mente mientras giraba para

meter su coche en el aparcamiento.

Estaba entre los primeros que habían acudido a la escena. El equipo de CSI estaba allí, acercándose a la entrada principal de la iglesia. Solo había una agente saliendo del coche, que aparentemente le había estado esperando. No le sorprendió lo más mínimo ver que se trataba de Yardley, la agente que se había encargado del primer caso con el padre Costas.

Yardley se reunió con ella en el pavimento que llevaba hasta la entrada principal. Parecía cansada pero emocionada de esa manera con la que solo se podía identificar otro agente.

"Agente White," dijo Yardley. "Gracias por venir tan deprisa."

"Claro. ¿Eres la primera persona en la escena?"

"Así es. Me enviaron hace unos quince minutos. Harrison me llamó para que viniera."

Mackenzie estuvo a punto de hacer un comentario, pero se calló. Es extraño que no me llamara a mí primero, pensó. Quizá McGrath le esté dejando hacer la parte de Ellington. Tiene sentido, ya que fue la primera en encargarse de la escena del padre Costas.

"¿Ya has visto el cadáver?" preguntó Mackenzie mientras se dirigían hacia el portón de entrada siguiendo al equipo de CSI.

"Sí. Desde unos metros de distancia. Es idéntico a los demás."

En unos pocos pasos, Mackenzie pudo comprobarlo con sus propios ojos. Se quedó algo rezagada, permitiendo a los chicos del CSI y del equipo forense que realizaran su trabajo. Al percibir que tenían por detrás a dos agentes a la espera, ambos equipos trabajaron con rapidez y eficiencia, asegurándose de que dejaban algo de espacio a las dos agentes para que realizaran sus propias observaciones.

Yardley estaba en lo cierto. La escena era exactamente la misma, hasta el detalle de la marca alargada sobre el entrecejo. La única diferencia radicaba en que la ropa interior de este hombre parecía haberse caído por sí sola—o quizá se la habían bajado hasta los tobillos a propósito.

Uno de los chicos del equipo de CSI les miró a las dos. Parecía estar algo malhumorado, hasta algo triste.

“El fallecido es Robert Woodall. Es el sacerdote principal aquí.”

“¿Estás seguro?” preguntó Mackenzie.

“Sin ninguna duda. Mi familia acude a esta iglesia. He escuchado los sermones de este hombre al menos unas cincuenta veces.”

Mackenzie se acercó más al cadáver. La puerta de Living World no estaba recargada ni decorada como la de Cornerstone o la del Sagrado Corazón. Estas eran más modernas, realizadas con madera resistente que estaba diseñada y envejecida para que pareciera algo similar a la puerta de un cobertizo.

Como los demás, al pastor Woodall le habían clavado las manos y le habían atado los tobillos con un cable grueso. Mackenzie examinó sus genitales a la vista, preguntándose si la palpable desnudez había sido una decisión del asesino que había expuesto el cuerpo. No pudo ver nada fuera de lo normal y decidió que la ropa interior debía de habérsele caído por sí sola, quizá debido al peso de la sangre que se había acumulado allí. Las heridas que habían derramado esa sangre eran numerosas. Tenía unos cuantos rasguños en el tórax. Y aunque no se podía ver su espalda, los regueros de sangre que se derramaban por su cintura y se adentraban en sus piernas indicaban que habría unos cuantos allí también.

Entonces Mackenzie percibió otra herida—una herida estrecha que le trajo a la memoria las imágenes de su pesadilla.

Había un corte en el costado derecho de Woodall. Era superficial pero claramente visible. Había algo preciso al respecto, casi inmaculado. Se inclinó más de cerca y apuntó. “¿A qué se te parece esto?” les preguntó a los chicos de CSI.

“Yo también lo noté,” dijo el hombre que había reconocido al Pastor Woodall. “Parece algún tipo de incisión. Quizá realizada por algún tipo de cuchilla de artesano—un cuchillo X-Acto o algo parecido.”

“Pero las demás incisiones y heridas de arma blanca,” dijo Mackenzie, “las han hecho con una cuchilla ordinaria, ¿no es cierto? Los ángulos y los bordes…”

“Sí, ¿eres una persona religiosa?” le preguntó el hombre.

“Parece que esa sea la pregunta de las últimas veinticuatro horas,” dijo ella. “A pesar de la respuesta, entiendo la importancia de

un corte en el costado. Es el lugar donde atravesaron a Jesucristo con una lanza cuando estaba colgado de la cruz."

"Sí," dijo Yardley por detrás de ella. "Pero no había sangre, ¿no es cierto?"

"Correcto," dijo Mackenzie. "Según las escrituras, salió agua de la herida."

Entonces, ¿por qué decidió el asesino resaltar esa herida? se preguntó. ¿Y por qué no estaba en las otras víctimas?

Se echo hacia atrás y observó la escena mientras Yardley charlaba con unos cuantos miembros del CSI y del equipo forense. Este caso ya le estaba inquietando bastante, pero esta herida fortuita en el costado de Woodall hizo que se preocupara de que hubiera algo más oculto en todo el asunto. Había simbolismo, pero también había un simbolismo estructurado.

Obviamente, el asesino ha pensado las cosas con cuidado, pensó. Tiene un plan y lo está realizando metódicamente. Lo que es más, la adición de este corte preciso en el costado demuestra que no está matando por matar—sino que está transmitiendo un mensaje.

"¿Pero qué mensaje?" se preguntó a sí misma en silencio.

En las horas oscuras de la noche, permaneció de pie en la entrada a la Iglesia Comunitaria de Living World y trató de encontrar ese mensaje en el lienzo del cadáver del pastor.

CAPÍTULO SIETE

En el tiempo que Mackenzie había empleado en salir de Living World y conducir hasta el edificio J. Edgar Hoover, los periódicos se habían acabado por enterar del asesinato más reciente. Mientras que el asesinato del padre Costas había llegado a los titulares de los periódicos, la muerte de Ned Tuttle todavía no lo había conseguido. Ahora que se trataba del sacerdote principal de una iglesia con la reputación de Living World, el caso iba a conseguir salir en primera página. Eran las 4:10 cuando Mackenzie llegó a las oficinas del FBI, donde se dirigía para ver a McGrath. Suponía que los detalles del pastor Woodall y el caso en su integridad serían el principal punto de interés de los programas de noticias locales de la mañana—y de todo el país para mediodía.

Mackenzie podía sentir la presión creciente de todo ello mientras entraba al despacho de McGrath. Estaba sentado a su pequeña mesa de conferencias, hablando con alguien por teléfono. El agente Harrison se encontraba allí con él, leyendo algo en su portátil. Yardley también estaba allí, donde acababa de llegar unos meros minutos antes que Mackenzie. Estaba sentada, escuchando cómo McGrath hablaba por teléfono, y parecía aguardar a sus instrucciones.

Al ver a los dos revoloteando alrededor de McGrath, sintió deseos de que Ellington estuviera aquí. Le recordó que todavía seguía sin saber adónde le había enviado McGrath. Se preguntó si tendría algo que ver con este caso—pero, si era así, ¿por qué no le habían informado de su ubicación?

Cuando McGrath acabó de hablar por teléfono, miró a los tres agentes reunidos y soltó un suspiro. "Ese era el ayudante del director Kirsch," dijo. "Está reuniendo a tres agentes más para liderar este caso por su lado. En el momento que los periódicos se enteraron de esto, nos hicieron la pascua. Esto se va a convertir en algo grande y lo va a hacer muy rápidamente."

"¿Alguna razón en particular?" preguntó Harrison.

"Living World es una iglesia enormemente popular. El presidente atiende sus servicios. Hay unos cuantos políticos más que también son regulares. Hay como medio millón de personas que escuchan su podcast cada semana. No es que Woodall fuera una celebridad ni nada por el estilo, pero era muy conocido. Y si es una iglesia a la que acude

el presidente…”

“Entendido,” dijo Harrison.

McGrath miró a Mackenzie y a Yardley. “¿Algo que sobresalga en la escena?”

“Bueno, quizás,” dijo Mackenzie. Entonces entró en detalles acerca de la incisión peculiar y precisa en el costado derecho de Woodall. Lo que no hizo, sin embargo, fue adentrarse en qué tipo de gesto simbólico estaba tratando de descifrar a partir de su significado. Por el momento, no tenía ninguna pista sólida y no quería perder su tiempo en especulaciones.

Sin embargo, McGrath había entrado en pánico. Extendió las manos sobre la mesa y asintió hacia las sillas que había alrededor de la mesa. “Tomad asiento. Repasemos lo que tenemos. Quiero poder darle a Kirsch la misma información que tengamos nosotros. Contando con vosotros tres, ahora tenemos seis agentes dedicados a este caso. Si trabajamos en conjunto, armados con los mismos detalles, puede que seamos capaces de atrapar a este tipo antes de que ataque de nuevo.”

“Bueno,” dijo Yardley, “no se está centrando en una sola denominación religiosa. Eso lo sabemos con certeza. Si acaso, parece que esté tratando de evitar eso. Hasta el momento tenemos una iglesia católica, una iglesia presbiteriana, y una iglesia comunitaria sin denominación explícita.”

“Y algo más que tomar en cuenta,” dijo Mackenzie, “es que no podemos saber de seguro si está utilizando la posición de la crucifixión como su forma favorita de castigo y de simbolismo, o si lo está haciendo a modo de parodia.”

“¿Y cuál es la diferencia, en realidad?” preguntó Harrison.

“Hasta que sepamos la razón que tiene para ello, no podemos deducir su motivación,” dijo Mackenzie. “Si lo está haciendo como parodia, entonces seguramente no se trata de un creyente—quizá sea algún tipo de ateo airado o un antiguo creyente. No obstante, si lo está haciendo como su medio favorito de simbolismo, entonces podría tratarse de un creyente muy devoto, aunque con algunas maneras bastante peculiares de profesar su fe.”

“Y ese corte estrecho en el costado de Woodall,” dijo McGrath. “¿No estaba en ninguno de los otros cadáveres?”

"No," dijo Mackenzie. "Era nuevo, lo que me hace sospechar que tiene algún tipo de significado. Como que puede que el asesino haya estado tratando de comunicarnos algo. O simplemente perdiendo aún más el juicio."

McGrath se alejó de la mesa con un empujón y miró al techo, como si estuviera tratando de encontrar respuestas allí. "No me niego a ver todo esto," dijo. "Ya sé que no contamos con ninguna pista y que no tenemos ningún camino concreto que seguir. No obstante, si no tengo algo que se parezca a una pista para cuando toda esta mierda salga en todos los noticieros nacionales en unas cuantas horas, las cosas se van a poner feas por aquí. Kirsch dice que ya ha recibido una llamada de una congresista que atiende Living World preguntando por qué no hemos sido capaces de solucionar esto en cuanto mataron a Costas. Así que necesito que vosotros tres me consigáis algo. Si no tengo nada sólido con lo que seguir adelante para esta tarde, tendré que expandir el caso… más recursos, más personal, y la verdad es que no quiero hacer eso."

"Yo puedo contactar al equipo forense," ofreció Yardley.

"Trabaja codo con codo con ellos, por lo que a mí respecta," dijo McGrath. "Haré una llamada y daré el visto bueno. Quiero que estés allí en el instante que descubran algo nuevo sobre esos cadáveres."

"Puede que sea como buscar una aguja en un granero," dijo Harrison, "pero puedo empezar a investigar las ferreterías locales para conseguir los registros y los recibos de cualquiera que haya comprado las puntas que ese tipo ha estado utilizando los últimos meses. Por lo que tengo entendido, no son particularmente comunes."

McGrath asintió. Sin duda, era una idea, pero la expresión en su rostro dejaba traslucir todo el tiempo que iba a llevar realizar esa tarea.

"¿Qué hay de ti, White?" preguntó.

"Iré a ver a las familias y los compañeros de trabajo," dijo. "En una iglesia del tamaño de Living World, tiene que haber alguien con alguna idea sobre por qué le ha pasado esto a Woodall."

McGrath aplaudió con sus manos y se echó hacia delante. "Suena bien," dijo. "Así que poneos en marcha. Y ponedme al día cada hora cuando den las en punto. ¿Entendido?"

Yardley y Harrison asintieron. Harrison cerró su portátil al tiempo

que se levantaba de la mesa. Cuando salieron por la puerta, Mackenzie se quedó rezagada. Cuando Yardley había cerrado la puerta después de salir, dejando a Mackenzie y a McGrath a solas en la sala, se volvió hacia él.

"Ah diablos, ¿de qué se trata?" preguntó McGrath.

"Siento curiosidad," dijo. "El agente Ellington hubiera sido un valioso activo en este caso. ¿Adónde le han enviado?"

McGrath se revolvió incómodamente en su asiento y miró brevemente a través de la ventana de la oficina, a la oscuridad de la hora temprana de la mañana afuera.

"Bueno, antes de que le signara a esta otra tarea, obviamente no tenía ni idea de que este caso se fuera a poner tan feo. Por lo que se refiere a dónde está trabajando en este momento, con el debido respeto, no es asunto tuyo."

"Con el mismo respeto," replicó Mackenzie, haciendo lo que podía por no sonar demasiado a la defensiva, "se ha retirado del caso a un compañero con el que trabajo bien, lo que me deja a solas para solucionar este asunto."

"No estás sola," dijo McGrath. "Harrison y Yardley son más que eficientes. Ahora… haz el favor, agente White. Ponte a trabajar."

Mackenzie quería seguir presionando, pero no veía razón para hacerlo. Lo último que necesitaba era que McGrath se enfadara con ella. Ya estaban bajo mucha presión y era demasiado pronto en el día como para enfrentarse a un jefe disgustado.

Le hizo un breve gesto de cortesía y salió por la puerta. De todas maneras, de camino hacia los ascensores, sacó su teléfono. Era demasiado pronto para llamar a Ellington así que optó por enviarle un mensaje de texto.

Solo te escribo para saber de ti, tecleó. Llama o envíame un mensaje cuando puedas.

Envió el mensaje mientras entraba al ascensor. Descendió hasta el aparcamiento donde le esperaba su coche. Afuera, la mañana todavía estaba oscura—con ese tipo de oscuridad pesada que parecía capaz de esconder todos los secretos que quisiera.

CAPÍTULO OCHO

Tras hacerse con un café, Mackenzie regresó a Living World. Sabía que era una iglesia grande, así que concretar alguna persona que pudiera tener información entre el personal y la congregación podría llevarle años. Se imaginó que, si la noticia se había hecho pública y habían comenzado las rondas de llamadas de teléfono, cabían muchas posibilidades de que los más cercanos a Woodall estuvieran en la iglesia—quizá ocupados con la preparación de servicios en su memoria o simplemente pasando por la iglesia para estar más cerca de Dios durante su luto.

Una vez más, su intuición le dio la razón. Cuando llegó a la escena, ya habían retirado a Woodall del portón de entrada. Y a pesar de que todavía seguían allí unos cuantos miembros de la policía local y del Bureau, también había un grupo de gente diseminado por todos lados, separado por la cinta amarilla de la policía para las escenas de crímenes que limitaba los bordes del sendero de hormigón que llevaba hasta el portón principal.

Unos cuantos lloraban a viva voz. Varios de ellos estaban abrazados a otros espectadores. Tomó nota de un hombre que estaba de pie a solas, con la cabeza dando la espalda a la escena. Mantenía la cabeza gacha y su boca se movía ligeramente mientras rezaba. Respetuosamente, Mackenzie le dio algo de tiempo para terminar con sus plegarias antes de acercarse a él. A medida que se aproximaba a él, divisó lo que parecía una expresión de ira en su rostro.

"Disculpe, señor," dijo Mackenzie. "¿Dispone de un minuto?" Terminó la pregunta mostrándole su placa y presentándose.

"Sí," dijo el hombre. Parpadeó y se frotó los ojos, como si tratara de librarse de los últimos vestigios del sueño o de una pesadilla. Entonces le ofreció su mano y dijo, "Soy Dave

Wylerman, el líder del departamento musical aquí en Living World."

"¿Hay un departamento musical?"

"Sí. Tenemos una agrupación rotatoria de unos catorce músicos que forman parte de tres bandas religiosas."

"Así que, ¿ha trabajado de cerca con el pastor Woodall en el

pasado?”

“Oh, por supuesto que sí. Me reúno con él al menos dos veces por semana. Además de eso, se había convertido en un buen amigo de la familia, mi mujer, mis hijos y yo, durante la pasada década más o menos.”

“¿Se le ocurre el nombre de alguien que pudiera ser capaz de hacer esto? ¿Alguien que pudiera guardar algún tipo de rencor o de querella contra el pastor Woodall?”

“Bueno, es una iglesia grande. No creo que haya ni una sola persona que trabaje aquí que conozca a todo el mundo que la frecuenta. Pero por mi parte, no, no se me ocurre nadie así de repente que estuviera lo bastante enfadado con él como para hacer esto…”

Hasta este momento, la oscuridad de la mañana temprana había ocultado las lágrimas de Dave Wylerman, pero, cuando le miró directamente a los ojos, se hicieron obvias. Parecía estresado, como si estuviera sufriendo para imaginar algo que decir.

“¿Dispone de un minuto para hablar en privado?” preguntó Mackenzie.

“Sí.”

Le hizo un gesto con la mano para que le siguiera. Se alejó de la entrada de hormigón de la iglesia y se dirigió de vuelta a su coche. Entonces le abrió la puerta del pasajero, imaginándose que le haría bien sentarse y sentirse más relajado. Mackenzie se metió al asiento del conductor y para cuando cerró la puerta, podía asegurar que Wylerman estaba luchando para mantener la compostura.

“¿Ya han informado al resto de la congregación?” preguntó Mackenzie.

“No, solamente a los ancianos, a mí, y algunos de los miembros más cercanos al pastor Woodall. Claro que se están realizando muchas llamadas. Todo el mundo lo sabrá en una hora más o menos, supongo.”

Muy bien, pensó Mackenzie. Recibirán la noticia personalmente a través de alguien que conocen en vez de escuchar las noticias por primera vez en la televisión.

“Entonces, corríjame si me equivoco,” dijo ella, “pero me dio la

impresión de que se estaba peleando por dentro con alguna cosa junto a la iglesia. ¿Hay algo que me pueda decir que no quisiera compartir delante de todo el mundo?”

“En fin, como ya sabe, se trata de una iglesia grande. Cualquier domingo, si cuenta los servicios programados, la atienden entre cinco y siete mil personas. Y con un grupo tan amplio, necesitamos varios ancianos para gestionar el negocio y las cuestiones relativas a la iglesia. Aquí, en Living World, tenemos a seis—bueno, teníamos a seis. Uno de ellos había empezado a crear algunos problemas entre los demás antes de marcharse. No creo que tenga lo que hace falta para hacer algo así, pero… no lo sé. Algunas de las cosas que había estado insinuando… pilló a todo el mundo bastante desprevenido. A los demás ancianos… empleados…”

“¿Cómo se llama?”

“Eric Crouse.”

“¿Y qué tipo de cosas?” preguntó Mackenzie.

“Hablaba sin tapujos sobre cómo saldría a la luz lo que se había guardado en secreto y que esa luz podía ser cegadora. Que arder en la luz quizá fuera exactamente lo que necesitaba Living World.”

“¿Y cuánto tiempo llevaba comportándose de esa manera?”

“Como un mes más o menos, diría yo. Por lo que tengo entendido, se fue por su propia voluntad hace unas dos semanas, pero los demás ancianos y el pastor Woodall ya habían comentado la posibilidad de dejarle marchar. La cuestión es que todo lo que Eric estaba diciendo seguía al dedillo las escrituras. Cosas que dijo Jesús, cosas que cree la mayoría de la gente que viene a Living World. Pero… y sé que esto va a sonar tonto… se trataba más de la manera en que decía las cosas. ¿Sabe? Como si tuviera algún contexto oculto para ellas. Además, nunca antes había hablado de esa manera. Era uno de los ancianos, sin duda, pero nunca fue de los que hablaban como un loro de las escrituras o empezaba a dar charlas sobre la condenación eterna.”

“Entonces, si no cree que fuera capaz del asesinato, ¿por qué le menciona? ¿Simplemente fue el cambio de personalidad lo que asustó a todo el mundo?”

Wylerman se encogió de hombros. “No. Algunas personas empezaron a percibir que Eric hacía todo lo posible para evitar las reuniones o los pequeños grupos que también atendía el pastor Woodall. Nunca habían sido los mejores amigos del mundo, pero se llevaban bien. Entonces, sin más ni más, cuando empezó a hablar acerca de esta luz cegadora iluminando toda esta oscuridad, también pareció distanciarse del pastor Woodall.”

“¿Y dice que se marchó de la iglesia hace dos semanas?”

“Sí, día arriba, día abajo. No sé si ahora va a alguna otra iglesia o qué. Y lo que es extraño es que es casi como si Eric conociera la agenda del pastor Woodall. Acababa de regresar de un retiro hace unos pocos días.”

“¿Un retiro?”

“Sí, es esta pequeña escapada que se concede un par de veces al año. No es más que una islita en las costas de Florida.”

“¿Y cuánto hacía que había regresado?” preguntó Mackenzie.

“Su mujer y él regresaron a casa hace cinco días.”

Mackenzie pensó en esto durante un momento, catalogándolo en su cabeza. Entonces se interesó por el hombre que había mencionado Wylerman—el antiguo anciano de la iglesia, Eric Crouse.

“¿Por casualidad sabe dónde vive Crouse?” preguntó Mackenzie.

“Sí. He estado en su casa unas cuantas veces para pequeños grupos y plegarias.”

Mackenzie no sabía muy bien por qué, pero algo en todo esto le crispaba los nervios. El momento en que Eric Crouse había abandonado Living World era casi perfecto para el tipo de sospechoso que estaba buscando. Imaginarse a este hombre en agonía estrechando unas manos en oración con un hombre que podía ser responsable de tres muertes en los últimos días resultaba desasosegante.

“¿Puede decirme dónde?”

“Lo haré,” dijo Wylerman, “pero preferiría que no le dijera que obtuvo la información a través de mí… o de nadie más en Living World, la verdad.”

“Por supuesto que no,” dijo Mackenzie.

Con cierta resistencia, Wylerman le indicó cómo llegar hasta la casa de Eric Crouse. Mackenzie apuntó las notas en su teléfono, notando que mientras Wylerman había estado interactuando con ella, su mente seguía junto a sus amigos de luto junto a la iglesia. Estaba mirando en esa dirección ahora, secándose las lágrimas de los ojos mientras les miraba a través de la ventana del pasajero.

“Gracias por su tiempo, señor Wylerman,” dijo Mackenzie.

Wylerman asintió sin decir ni una palabra más. Entonces salió del coche. Mantuvo la cabeza gacha incluso antes de haber llegado hasta la pequeña congregación de gente. Mackenzie podía ver cómo temblaba. Nunca había entendido cómo la gente podía tener una fe tan profunda en un Dios invisible, aunque respetaba el sentido de la comunidad que era evidente entre los que compartían una creencia

común. En ese momento, se sintió muy mal por Dave Wylerman, además de por los que atendían Living World y el vacío que sentirían el domingo por la mañana.

Con ese sentido de la compasión impulsándola, Mackenzie salió del aparcamiento de Living World y se dirigió hacia el oeste, hacia lo que parecía ser la primera pista sólida que había salido de este caso.

CAPÍTULO NUEVE

Eran las 6:40 cuando llegó a la casa de Eric Crouse. Estaba ubicada en un barrio de clase alta donde las viviendas eran más importantes que los jardines, con las casas apretadas las unas contra las otras. El garaje estaba cerrado, lo que imposibilitaba saber si había alguien en casa—aunque, dada la hora temprana, Mackenzie suponía que habría alguien que le abriría la puerta.

Mientras caminaba hacia su puerta, Mackenzie deseó haberse hecho con otra taza de café en alguna parte. Era difícil de creer que todavía no eran ni las siete. Hizo todo lo que pudo para sacudirse los vestigios del sueño de su rostro mientras llamaba al timbre de la residencia Crouse. De inmediato, pudo escuchar unas pisadas al otro lado de la puerta. Unos segundos más tarde, la puerta se abrió solo un poquito y se asomó una mujer.

"¿Puedo ayudarle?" preguntó la mujer, con obvia desconfianza.

"Sí," dijo Mackenzie. "Y le pido disculpas por la hora intempestiva, pero esto es urgente. Soy la agente Mackenzie del FBI. Busco a Eric Crouse."

La mujer abrió la puerta con lentitud. "Ese es mi marido. Él… en fin, se ha enterado de una noticia terrible esta mañana. ¿Asumo que esa es la razón de que esté aquí? ¿Por el asesinato de esta mañana?"

"Así es," dijo Mackenzie. "Si pudiera hablar con él…"

"Por supuesto," dijo la mujer. "Pase, pase."

La mujer invitó a Mackenzie a entrar a la casa, donde le dio la bienvenida el olor de bacón frito y de café recién hecho. La casa de los Crouse era bonita sin serlo demasiado. Tenía techos altos, molduras de techo, suelos de madera, y mostradores de granito además de una barra en la cocina. Allí, la mujer le guió hasta una mesa de comedor amplia; era la clase de cocina que también hace las veces de comedor. Un hombre y un niño de unos diez años estaban sentados a la mesa. El chico se estaba comiendo un bol de cereales mientras que el hombre tomaba sorbitos de una taza de café y leía algo en un ordenador portátil.

"Ha venido esta señora del FBI," dijo la mujer de Crouse.

Crouse levantó la vista, parpadeando de un modo que parecía decir qué pasa aquí. Entonces se levantó y caminó hacia Mackenzie. Sonrió con cansancio y Mackenzie pudo ver en su rostro que él, al igual que Dave Wylerman, había pasado por su propia sesión de sollozos esta mañana.

Crouse extendió la mano para estrechársela y Mackenzie aceptó. Observó su rostro todo el tiempo, en busca de alguna brecha en lo que podía ser un disfraz magistral de emociones o una fachada para engañarle. No pudo ver ninguna de las dos cosas y, como consecuencia, no pudo decidir si ocultaba cierta culpabilidad.

"¿Asumo que se trata del pastor Woodall?" preguntó Eric.

"Sí," dijo Mackenzie. "¿Hay algún lugar dónde podamos charlar?"

"Emm, claro," dijo Eric. Miró a su hijo y le dio una palmadita en el hombro. "¿Podrías irte con mamá al cuarto de baño para terminar de prepararte para ir al colegio? Lava bien esos dientes, ¿de acuerdo?"

El chico miró a sus cereales, claramente deseando terminárselos, pero obedeció a su padre. La mujer hizo lo propio, mientras escoltaba a su hijo fuera de la cocina hacia un pasillo que se encontraba a la derecha.

Cuando estuvieron fuera de la vista, Eric miró a la cafetera que había sobre el mostrador y le preguntó: "¿Café?"

"Sí, por favor. Eso sería fantástico, la verdad."

Eric se acercó a la cocina y Mackenzie le siguió. Eric tomó una taza del armario y la llenó de café con la cafetera que había sobre el mostrador. "¿Crema? ¿Azúcar?"

"Negro está bien," dijo Mackenzie. Estaba bastante segura de que él estaba remoloneando a propósito, pero al mismo tiempo, también trataba de hacer lo posible por resultar agradable y hospitalario.

Cuando le entregó la taza de café, Mackenzie le dio las gracias y tomó un sorbito. Estaba bueno y era intenso—justamente lo que necesitaba.

"Entonces, ¿cómo se enteró de lo del pastor Woodall?" le preguntó.

"Recibí una llamada de uno de los ancianos de la iglesia. Supongo

que, si está aquí para hablar conmigo, ya sabrá que fui un anciano allí hasta hace muy poco."

"Sí, ya lo sé. Y entiendo que hubo cierta cantidad de hostilidad y de desacuerdo justo antes de que se marchara."

"Sí, supongo que sí."

"¿Le importaría explicarme más a fondo lo que quería decir con los comentarios que hizo respecto a la oscuridad y la luz? ¿Sobre Living World ardiendo en la luz?"

Eric titubeó, tomando un trago de su café. "Verá, lo difícil aquí es que, si me hubiera hecho esa misma pregunta ayer, hubiera estado encantado de responderle. Pero ahora las cosas son distintas."

"En fin, señor Crouse, no tenía ninguna razón para preguntarle por ello ayer, pero, ahora mismo, tengo a un pastor muerto con el que usted había mostrado su desacuerdo de una manera bastante dura… un pastor con el que ha trabajado de cerca durante años y por el que, de repente, pareció dejar de sentir gran estima."

"Eso es justo," dijo él. Se inclinó un poco hacia la derecha, atisbando al pasillo como para asegurarse de que su mujer y su hijo no pudieran escucharles. Cuando tuvo la certeza de que permanecían alejados, se acercó más a Mackenzie. "Mire… me enteré de algo respecto al pastor Woodall hace tres meses. Al principio, me negué a creerlo, pero entonces vi las pruebas. Y ya no pude seguir negándolo. Yo… en fin, supongo que no supe cómo manejarlo."

"¿Y qué es lo que descubrió?"

"Agente White… está muerto. Recientemente muerto. ¿Qué clase de hombre sería si hablara mal de él? Lo último que deseo es mancillar su nombre ahora que está muerto."

"Guardaré el secreto," dijo ella. "Nadie más que mi supervisor y dos o tres agentes adicionales sabrán lo que me cuente."

"¿Tengo su palabra al respecto?"

"Sí," dijo Mackenzie. "Aunque, por lo que tengo entendido, no le hubiera importado demasiado arrastrar su nombre por el fango hace unas semanas."

Eric le miró con desagrado. "Uno se espera este tipo de basura de

iglesias de pueblos pequeños…rumores y cotilleos. Sí… seguramente no hice lo más que pude para mantener el pico cerrado. Dije algunas cosas no demasiado sutiles que puede que despertaran la desconfianza de algunas personas. Pero créame… con lo que sé, podía haberlo hecho público. Podía haber difamado su nombre de inmediato, pero no lo hice.”

“¿Y por qué no?”

“Porque no es mi tarea hacer de juez. Ahora está muerto y Dios le juzgará.”

“¿Juzgarle por qué?” preguntó Mackenzie. “¿Cuál es el gran secreto?”

Los ojos de Eric estaban humedecidos con lágrimas mientras hablaba y fue esa simple indicación lo que hizo saber a Mackenzie que Eric Crouse no solo no era el asesino, sino que, a pesar de su comportamiento reciente, en algún momento había apreciado al pastor Woodall.

“Hace como tres meses, un jovencito vino a hablarme en secreto. De vez en cuando, he ayudado en las clases para adolescentes en Living World. Este era un chico con el que he hablado alguna vez que otra cuando era más joven… más o menos, le ayudé con su viaje espiritual, respondí las preguntas difíciles sobre Dios, cosas por el estilo. Así que vino a mí y ha pasado… no sé… quizá un año desde que tuve una conversación de verdad con él. Me preguntó si podíamos hablar en privado, así que le llevé a mi despacho. Me dijo que, durante el año pasado más o menos, había mantenido una relación homosexual, así que me dispuse a hablar con él, para ver dónde se encontraba mentalmente y todo eso. Pero entonces terminó su comentario… la relación que mantenía era con el pastor Woodall.”

“¿Y usted le creyó, así sin más?” preguntó Mackenzie.

“Diablos, claro que no. Lo cierto es que me enfadó que el chico siquiera insinuara algo así. Pero entonces me mostró su teléfono móvil. Había mensajes de texto y fotografías. Y le odié por mostrármelas. Le odié a él y no a Woodall.”

“¿Se lo contó a alguien?”

“No. No supe qué diablos hacer. Si le delataba, eso podría significar el final para Living World. Y además de eso, el chico me pidió que no lo hiciera. Solo quería hablar conmigo para confesar sus

pecados. Pero, en lo más profundo de mi corazón y mi mente, siempre pensé que me lo había contado con la esperanza de que yo lo hiciera público. Algunos de los mensajes eran… en fin, insinuaban la posibilidad de abuso."

"¿De qué manera?"

"El chico quería dejarlo. Y Woodall le dijo que si dejaba de verse con él o si le contaba a alguien lo que estaba pasando, empezaría a diseminar mentiras sobre el joven. Había otras cosas que se decían que sugerían sexo no deseado. Quizá no violación, pero… Oh Dios. Esto es terrible."

"¿Está seguro de todo esto?"

Eric asintió. Las lágrimas brotaban ahora de sus ojos, derramándose por su cara. "Me allegro de que viniera. Dios, necesitaba contárselo a alguien y—"

Reprimió un sollozo y bajó la vista al suelo.

"Señor Crouse… por favor, entienda que debo de hablar con ese jovencito."

"No puedo darle su nombre. No puedo…"

"Señor Crouse… el pastor Woodall es uno de tres líderes religiosos que han sido brutalmente asesinados en ocho días. Este en un caso de asesinatos en serie y no tenemos modo de saber quién será el próximo. Todas y cada una de las pistas que tengamos a nuestra disposición, necesitamos usarlas. Y hablar con un chico que podría haber sido víctima de abusos por parte de la figura religiosa asesinada más recientemente es demasiado obvio como para ignorarlo. A riesgo de hacerle sentir culpable, su negativa a proporcionar un nombre podría interferir con esta investigación y conducir a más muertes."

"Chris Marsh," dijo Eric, el nombre saliendo de sus labios como un suspiro ahogado de dolor. Y entonces soltó un quejido de angustia que fue casi tan alto como un grito.

A esto le siguió el sonido de su mujer que trajinaba en la parte trasera de la casa. Iba corriendo por el pasillo, llamándole por su nombre. Cuando llegó a la cocina, le lanzó a Mackenzie una mirada de pura maldad.

"¿Qué ha pasado?" preguntó, casi gritando a Mackenzie.

“No es culpa suya,” consiguió decir Eric. “Pero oh Dios, hay… hay algo que tengo que decirte…”

No había ninguna manera elegante de salir de allí. Mackenzie le dio las gracias a Eric Crouse, pero se ahogaron en la marea de dolor que estaba sintiendo. Cuando salió de la casa, lo hizo sin ostentación. La esposa solo le saludó de la manera menos entusiasta mientras Mackenzie se dirigía hacia la puerta.

Cuando la cerró al salir, todo lo que veía era a su hijo de diez años, descendiendo lentamente por el pasillo para ver por qué su padre estaba llorando a lágrima viva.

En todos los casos, Mackenzie sentía que había algo que vería o escucharía en alguien que encendería un circuito en ella—que le daría mayor determinación que nunca para llevar el caso hasta su conclusión.

En este caso, era la visión de ese chiquillo desconcertado descendiendo por el pasillo, escuchando llorar a su padre como consecuencia de los horrores que todavía desconocía y que seguramente no podría comprender. El chiquillo ni siquiera era consciente de que Mackenzie le había descubierto, pero ella había imprimido esa imagen en su mente mientras descendía por los escalones del porche de los Crouse para regresar a su coche.

Cuando llegó al coche, sonó su teléfono desde dentro del bolsillo de su chaqueta. Lo sacó y su corazón se las arregló para sentir la más mínima alegría al ver el nombre de Ellington en su pantalla.

Mackenzie respondió a la llamada, haciendo lo que podía para sonar tan aliviada como realmente se sentía. “Ah, ¡con que no te olvidaste de mí!”

“Por supuesto que no.”

“Bromas aparte,” dijo Mackenzie, “McGrath te sacó de la ciudad bastante deprisa. Y no me quiso contar nada de nada. ¿En qué te ha puesto a trabajar de todas maneras?”

Ahora estaba en su coche, dando marcha al motor. Hasta por encima de ese sonido, sin embargo, fue capaz de escuchar el profundo suspiro de Ellington. “Sí, supuse que dejaría esa parte para mí.”

“¿Qué significa eso? Ellington, ¿qué pasa?”

“Ayer temprano, la oficina de campo de Omaha, Nebraska, llamó a McGrath. Uno de los agentes de allí está trabajando con un investigador privado, más o menos de manera no oficial y—”

“¿Se trata de Kirk Peterson?” interrumpió Mackenzie.

“Sí. Ha habido algún movimiento en ese caso más reciente que está vinculado con tu padre.”

“¿Qué diablos, Ellington?”

“Lo sé. Pero mira… creo que hizo lo correcto al decírmelo a mí y no a ti. Básicamente he terminado aquí. Era una pista realmente floja que básicamente no nos llevó a nada. Tenía más sentido que viniera yo. No estoy personalmente relacionado con ello y, seamos sinceros, tú eres la opción más apropiada para quedarte allí y trabajar en el caso actual. Está mal y lamento que decidiera no informarte de ello, pero te vas a dar cuenta como en una hora que fue lo mejor que podía hacer.”

“Bueno, quizá deberíamos ahorrarnos esta conversación para dentro de una hora,” le espetó ella. Lo peor de todo era que tenía razón. Era la decisión más apropiada.

“O podemos esperar hasta que regrese a casa. Debería terminar para esta noche. Quizá antes. No veo razón para que no esté de vuelta en DC para mañana por la tarde en algún momento.”

“Esto es horrible,” dijo Mackenzie, odiando la manera infantil y simplista en que sonaron sus palabras.

“Lo es,” dijo Ellington. “Pero te lo prometo… no te perdiste nada. Te dejaré leer los archivos del caso cuando regrese. Hasta dejaré que los veas antes de entregárselos a McGrath.”

“Sí, pues no creo que le haga ninguna gracia.”

“Bueno, él me obligó a guardar un secreto ayer. Así que supongo que tú y yo vamos a guardar un secreto de él también.”

Mackenzie se sentía traicionada por toda la situación, pero también sabía que expresarlo y meterse en una discusión por teléfono no conseguiría absolutamente nada. Si acaso, solo le retrasaría con respecto al caso que tenía entre manos. Y no se iba a permitir a sí misma dejarse poner la zancadilla de esa manera.

“De acuerdo, pero sí… quiero leer esos archivos del caso cuando regreses.”

“Sin duda alguna. Parece que debería estar de vuelta esta noche a última hora. Ya te diré cuando regreso.”

Cuando concluyeron la llamada, Mackenzie tuvo que hacer un enorme esfuerzo por controlarse para no llamar a McGrath de inmediato y preguntarle qué demonios pensaba que estaba haciendo. Ellington tenía razón; enviarla a ella a Nebraska sin duda habría ralentizado el caso actual… pero, aun así, se sentía ofendida—como si la hubieran mantenido en la ignorancia a propósito.

Tragándose todo eso, salió de nuevo a la calle. Alejó todos sus sentimientos de ira y de traición, reemplazándolos con la imagen del hijo de Crouse, descendiendo lentamente por el pasillo hacia el sonido de su padre ahogado en lágrimas.

CAPÍTULO DIEZ

Tras llamar por teléfono para realizar una rápida solicitud de información en el Bureau, Mackenzie obtuvo la dirección de Chris Marsh. Resultó que tenía la misma dirección que sus padres, Leslie y Russell Marsh. Como la mañana empezaba a alejarse de ella, Mackenzie esperaba encontrar a Marsh antes de que tuviera la posibilidad de irse a su trabajo. Le llevaría veinticinco minutos en la carretera desde la residencia de los Crouse, con lo que contaba con que aparcaría en la entrada de la casa de los Marsh para las 7:52.

Se trataba de una casa mucho más pequeña que la de los Crouse, la clase de casa que probablemente había sido construida en los años 70 o a principios de los 80 y que no había experimentado ningún tipo de remodelación—ni siquiera una nueva capa de pintura en su fachada. Cuando no vio ningún coche en su entrada, se temió que se le habían escapado por los pelos, y que no encontraría a nadie en casa.

Se dirigió a la puerta principal y llamó de todas maneras. Mientras esperaba, se percató de los sonidos de una típica mañana tranquila en los suburbios de DC: motores en la lejanía, un murmullo de maquinaria industrial en alguna parte, un perro que ladraba, la bocina de un coche por aquí y por allá. Y en algún lado de la ciudad, había un asesino—si no se encontraba, de hecho, detrás de esta misma puerta.

Como si su pensamiento hubiera convocado a alguien, vinieron a abrirle la puerta. Al otro lado, Mackenzie vio a un jovencito de unos veintitantos años más o menos. Parecía cansado y un tanto confuso. Llevaba puesta una camiseta demasiado amplia de Nirvana y un par de pantalones cortos de deporte igualmente amplios. Su melena larga y morena caía sobre su ojo izquierdo y por detrás de su cuello.

“¿Eres Chris Marsh, por casualidad?” preguntó Mackenzie.

“Ese soy yo,” dijo, ahora aparentemente muy confuso. “¿Quién lo pregunta?”

Lentamente, Mackenzie sacó su placa y procedió a presentarse como de costumbre. “Mackenzie White, del FBI. Necesito hacerte unas cuantas preguntas.”

Sus ojos se abrieron de par en par, pero no vio temor en ellos; había más bien una confusión tremenda mezclada con algo de

incredulidad. “En fin, esta es la casa de mis padres y ya se han ido a trabajar, así que…”

“Por supuesto,” dijo Mackenzie. “Sin embargo, sé que tienes al menos veintidós años y que recibes aquí tu correo. Por tanto, este es tu lugar de residencia y dado que no eres un menor de edad, es completamente legal que te interrogue aquí.”

Mackenzie mantuvo un tono jovial todo el tiempo, tratando de hacerle sentir cómodo. Le hubiera gustado conseguir una imagen mucho más clara de su estado mental antes de entrar a la casa. Hasta el momento, por lo que ella podía decir, el chico se acababa de despertar para encontrarse a una agente del FBI en su puerta. Comprensiblemente, le había encontrado con la guardia baja y por sorpresa.

“Supongo que puede entrar, entonces,” dijo él. “Pero a ver, ¿qué es lo que pasa? ¿Me he metido en problemas o algo así?”

“No, pero surgió tu nombre en un caso en el que estoy trabajando y esperaba que pudieras—”

“Oh Dios mío,” dijo Chris. “¿Es por Woodall? ¿Por ese asesino que acabó con él?”

“Esa es una suposición de lo más acertada,” dijo Mackenzie. “¿Cómo llegaste a esa conclusión?”

“Me enteré de lo de ese sacerdote católico. De cómo le crucificaron en el portón de su iglesia. Y después de ese otro hace unos cuantos días… lo vi ayer en las noticias. Y… en fin… si surgió mi nombre y es por eso que está aquí… supongo que es por las cosas desagradables que he contado recientemente. ¿Imagino que ha estado hablando con el señor Crouse?”

“Así es.”

“Claro, pase adentro entonces,” dijo él, echándose a un lado.

Durante unos instantes, Chris se disculpó por el estado de la casa. Su padre y su madre ya se habían ido al trabajo. Por su parte, Chris no había ido a la universidad, le explicó, y como se encontraba buscando trabajo en este momento, estaba viviendo en el sótano de sus padres. Le explicó todo esto mientras se sentaba en una pequeña butaca reclinable y Mackenzie se aposentaba a un lado de un pequeño sofá que había en la sala de estar de los Marsh.

"Entonces, ¿qué es lo que sabe de lo que me ha pasado?" preguntó Chris.

"Sé de lo que acusaste al pastor Woodall. También sé que confiaste en el señor Crouse, y que le mostraste los mensajes de texto y las fotografías. Y quiero que sepas que no me proporcionó esa información voluntariamente. Con toda franqueza, estaba destrozado cuando me fui de su casa."

Chris se encogió de hombros. "Lo entiendo. Tomando en cuenta los últimos acontecimientos, entiendo que le diera esa información, pero aún no puedo entender por qué está aquí."

"Para empezar, me gustaría saber dónde estuviste anoche."

Chris se echó hacia atrás con fuerza en la butaca. Dio la impresión de sentirse avergonzado de inmediato. "¿Qué? ¿Cree que yo lo hice? ¿Que yo he sido el psicópata que ha estado clavando gente en las Iglesias?"

"Creo que tu nombre surgió como el de la única persona con una queja conocida contra el fallecido más reciente y mi tarea es eliminar todas las posibilidades."

Tras decir esto, Mackenzie observó como otro cambio agitaba el rostro de Chris. Pasó de sentirse avergonzado a sentirse airado y a la defensiva. La alteración en su mirada era casi inexplicable. "Bueno, pues lo cierto es que eso es jodidamente insultante," le gritó él. "Supongo que colgarle esos asesinatos sanguinarios al chico que ha sido abusado sexualmente tiene todo el sentido del mundo ya que debo de tener todos los boletos para estar pirado, ¿correcto?"

Ahora estaba en pie, gritándole a Mackenzie. Ella también se puso de pie, muy lentamente. Algo en su repentino cambio emocional despertó la alarma en la mente de Mackenzie. Puede que hubiera algún tipo de trastorno mental en todo esto—un factor desconocido que tenía que manejar con la misma precaución que si pensara que estaba ocultando un arma.

"Chris, solo estoy aquí para hacerte unas preguntas sencillas. Y solo te repetiré una vez que responderme de esta manera solo va a empeorar las cosas para ti."

"Le diré una cosa," dijo Chris, ahora temblando y hablando en voz mucho más baja. "Me hubiera encantado matarle. Es un pecado con el que me he peleado durante meses. Las cosas que me hizo… las

cosas con las que me amenazó…”

“Chris, vamos a sentarnos y a hablar de esto tranquilamente.”

“¿De qué hay que hablar?” preguntó él. De nuevo, hubo un cambio de estado de ánimo que pareció llegar de ninguna parte. Estaba gritando de nuevo. Dio un paso hacia ella, estrechando la distancia entre ellos a menos de tres metros. “Cree que yo le maté. Por eso está aquí, ¿no es cierto?”

“Chris, no puedes—“

Se echó a gritar tan repentinamente que la mano de Mackenzie se deslizó hacia su costado derecho, lista para sacar su Glock. Sin embargo, titubeó, un tanto avergonzada de su reacción. Y al final, puede que fuera ese titubeo lo que le hizo pensar a Chris que tenía cierto tipo de invitación.

Se abalanzó sobre ella, bajando la cabeza y tensando sus hombros como si fuera un defensa de fútbol. Era una postura torpe propulsada por esa ira extraña y casi escapista que Mackenzie había visto cruzar su rostro. Debido a ello, pudo bloquear su ataque con facilidad. Para hacerlo, detuvo su cabeza suavemente con su mano derecha, agarró su brazo con su izquierda, y le arrojó con un golpe improvisado de cadera. Aterrizó a medias sobre el sofá, para acabar cayéndose al suelo.

Antes de que siquiera tuviera tiempo para caer en la cuenta de lo que había ocurrido, Mackenzie le estaba agarrando los dos brazos por la espalda y poniéndole las esposas. Volvió a gritarle, con el sonido de la furia más auténtica que pareció disolverse a medida que sus piernas y hombros empezaban a rendirse de la lucha.

Parecía estar malhumorado de nuevo; Mackenzie se imaginó que estaba experimentando otro de esos cambios de expresión en su cara mientras le ponía en pie.

“No le maté yo,” dijo Chris, ahora entre gimoteos.

Mackenzie le hizo girarse y le miró a los ojos, sin molestarse en ocultar su frustración. “Aunque no lo hicieras tú,” dijo, “acabas de asaltar a una agente del FBI. Así que, de todos modos, vas a ir a una sala de interrogatorios.”

“Pero yo no—yo no sé—”

Mackenzie podía ver en su cara que estaba claramente confundido. Sus ojos estaban abiertos de par en par y como vagabundeando, oscilando entre el miedo, el pánico y la confusión.”

Sin duda, pensó Mackenzie, tiene que haber algún tipo de enfermedad mental afectándole. Quizá el trauma del abuso que ha sufrido a manos de Woodall.

Sea como sea, ella tenía que realizar su trabajo. Así que le llevó de vuelta a la puerta principal y hasta su coche, donde le introdujo en el asiento de atrás. Para cuando se puso de nuevo al volante, Chris Marsh no hacía otra cosa que llorar como una magdalena en el asiento de atrás.

No trato de entablar conversación mientras Mackenzie salía de la entrada a su casa para circular por las calles. En las pocas ocasiones que miró al espejo retrovisor, Mackenzie solo vio la misma mirada vacía en sus ojos—la mirada desesperada de alguien que estaba perdido y que acababa de descubrirlo en este instante.

CAPÍTULO ONCE

Para las diez de la mañana, Mackenzie ya se había permitido tomar dos cafés. Los bebió mientras trabajaba con Harrison y Yardley para reunir un historial de los antecedentes completos de la vida y época de Chris Marsh. Y Mackenzie no había tenido que esperar demasiado para comprobar que todas sus suposiciones eran acertadas.

Desde la más temprana infancia, Chris Marsh había padecido un grave trastorno de la vinculación, algo de lo que no se recuperó del todo hasta que llegó a los doce años. Una vez se contactó con los padres para informarles de que su hijo estaba retenido por el FBI bajo sospecha de haber participado en un caso de asesinato, la madre se mostró muy solícita a la hora de atar los cabos sueltos. También habían diagnosticado a Chris con autismo a temprana edad, aunque en la parte inferior del espectro. Para cuando tenía ocho años, el diagnóstico había dejado de ser predominante.

Mackenzie y Yardley hablaban de esto mientras Harrison realizaba llamadas a los grupos de liderazgo de Cornerstone y del Sagrado Corazón para ver si podía hallar alguna conexión entre esas iglesias y Chris Marsh. Cuanto más conocía Mackenzie a Yardley, mejor le caía. Era una agente inteligente, aunque quizá algo ingenua. Aun así, era evidente que no tenía ningún problema tomando un papel secundario, siempre y cuando estuviera aprendiendo algo con el proceso.

“Muy bien, ¿qué dicen el historial médico?” preguntó Mackenzie mientras se sentaban a la mesa adyacente a la sala de interrogatorios.

Yardley pasó unas cuantas páginas que tenía delante de ella y sacudió la cabeza. “No ha visto a ningún médico en más de dos años. La última visita se debió a una infección de garganta por estreptococos. La última revisión psicológica de cualquier tipo se dio cuando tenía trece años y los resultados parecen ser positivos por lo que puedo decir. Tenemos a un experto comprobándolo en este preciso momento.”

Incluso si solo hubiera un leve toque de señales de alarma en su historial psicológico, no hay manera de saber lo que el abuso por parte de Woodall pudiera haberle traído de vuelta, pensó Mackenzie. Especialmente si tuvo un trastorno de la vinculación de niño.

A pesar de todo, continuó pensando en esos bruscos cambios de

humor. Sin duda alguna, había algo trastornado en el jovencito. Pasar de estar cansado y cooperativo a estar enfadado y a la defensiva en menos de diez minutos… eso era bastante espectacular.

“Gracias por toda vuestra ayuda,” dijo Mackenzie. “¿Podéis intentar acelerar la evaluación de los historiales psiquiátricos? Y dadle mecha a los del equipo forense, ¿entendido? Todavía estoy esperando los resultados sobre las puntas que se hallaron en las escenas anteriores.”

Yardley asintió, deseosa de ayudar. Mackenzie dejó la mesa y se dirigió de vuelta a la sala de interrogatorios. Solo había un agente de guardia en la puerta. Cuando vio que Mackenzie venía de camino, le asintió con la cabeza y sacó un manojo de llaves de su bolsillo. Abrió la puerta de la sala de interrogatorios y la dejó pasar. Cuando la cerró suavemente después de que Mackenzie entrara, observó que Chris Marsh se encontraba en un estado de docilidad.

Era la primera vez que le veía desde que había aparcado en el garaje con él como detenido. A partir de ahí, le habían escoltado al interior del edificio otros tres agentes mientras Mackenzie se tomaba unos minutos para poner a McGrath al día. No percibió ni un atisbo de la furia que había visto antes en sus ojos, pero eso no le decía nada—tampoco había estado ahí al abrirle la puerta en casa de sus padres.

“¿Cree que podemos mantener una conversación ahora, señor Marsh?” preguntó.

Chris asintió. “Claro. Mire… siento muchísimo lo de antes. Me asusté y me enfadé y yo… no sé… simplemente. Perdí el control.”

“¿Sucede eso con frecuencia?”

“No, me enfado con bastante facilidad, pero nunca de esa manera. Claro que, el último mes más o menos, he estado sintiendo esta bola gigante de ira y frustración reprimidas, esperando su oportunidad para estallar. Y, en fin, usted fue la primera persona que me habló del pastor Woodall. Le odio… de veras que sí. Pero, al mismo tiempo, era parte de mi vida. Sin él, no creo que hubiera podido admitirlo.”

“¿Admitir qué?”

“Que soy gay. Creo que quizás siempre lo supe. Así es cómo empecé a encontrarme con él. Le pedí que me hablara sobre ello. Y después de unos cuantos meses… en fin, empezamos la historia.”

“¿Abusó de ti todo el tiempo?” preguntó Mackenzie.

“No, para nada. Pero creo que con el tiempo… quizá unos cuantos meses o así, empezó a darse cuenta de lo que estaba haciendo y lo que podía acabar costándole. Me habló de ello y sugerí que termináramos la relación. Era mucho más mayor que yo y yo sabía los riesgos que estaba tomando. Pero cuando empecé a hablar seriamente de ello, entonces fue cuando se puso violento.”

Mackenzie digirió esto, absorbiendo todo mientras observaba su rostro. Lo que fuera que le había provocado la brusca reacción de hacia unas horas ya no estaba allí. Algo se había roto dentro de él en ese momento y ahora Mackenzie se encontraba mirando a un jovencito hecho pedazos.

Mackenzie se alegraba de que la relación y el abuso en sí mismos tuvieran poca relevancia en el caso. La idea de todo ello le daba escalofríos, le hacía ver al recién fallecido como un monstruo. Por tanto, hizo lo que pudo para dejarlo a un lado sin hacer sentir a Chris que estaba despreciando su traumática experiencia.

“Chris… ¿alguien más además de Eric Crouse sabía lo de la relación?”

“No. Quiero decir… ¿a quién se lo iba a contar? Me avergüenzo de ello. No de lo de ser gay… aunque mis padres todavía no lo sepan. Pero de la relación, porque… tenía una esposa. Tenía tres hijos, uno de ellos casi de mi edad.”

“¿Estás seguro de ello? ¿No crees que el pastor Woodall se lo contara a nadie?”

“Lo dudo mucho. Tenía mucho que perder. No tenía ninguna razón en absoluto para hacerlo público. O para contárselo a nadie. Claro que no lo puedo saber con certeza.”

Ese es un punto extremadamente válido, pensó Mackenzie.

“Chris, ¿alguna vez has atendido los servicios de la Iglesia Católica del Sagrado Corazón o de Cornerstone?”

“No. Mi familia siempre ha acudido a Living World. Mis padres eran realmente estrictos al respecto. Les gustaba porque no tenía ninguna denominación. Mamá creció como una católica y odió cada minuto de ello.”

"Y ahora deja que vuelva a donde quería llevar la conversación antes," dijo Mackenzie. "Todo se refiere a que el tuyo sea el único nombre que hemos conseguido que tendría un resentimiento viable contra el pastor Woodall. Necesito saber dónde estuviste toda la noche pasada. ¿Tienes pruebas de dónde estabas?"

"Mis padres," dijo él. "Ni siquiera salí de casa anoche. Y durante la mayor parte del tiempo, estuve buscando trabajo. Envié unos cuantos emails y rellené un par de formularios. Uno de ellos lo hice bastante cerca de la medianoche, creo. Puede mirar mi ordenador para encontrar las pruebas."

Mackenzie asintió, sin querer decirle que seguramente ya había alguien examinando los contenidos de su ordenador en este preciso momento.

"Gracias," dijo Mackenzie. "Creo que eso es todo por el momento, Chris."

Se levantó para salir, pero él la detuvo bastante deprisa. "¿Agente White? ¿Puedo preguntarle algo?"

"Claro."

Chris pareció estar eligiendo sus palabras cuidadosamente antes de hablar. No hizo contacto visual con ella mientras le hacía la pregunta, mirándose fijamente las manos, que tenía apretadas en su regazo.

"Si hizo estas cosas conmigo—el sexo y el abuso, quiero decir—¿cree que soy el único? Si hay otros chicos por ahí a los que ha estado fastidiando, odio pensar en lo que pueden estar sintiendo. ¿Sabe? Ha habido ocasiones en las que solo quería acabar con mi vida."

Un hombre de la edad de Woodall, con una congregación masiva, que amenazó y abusó de un chico por miedo a que revelaran su relación homosexual, pensó Mackenzie. *Ese es un punto muy válido. Las posibilidades de que Chris fuera el primero son mínimas.*

"No lo sé," dijo Mackenzie. "Pero, sin duda alguna, es una de las cosas que tenemos que investigar."

Cuando salió de la sala de interrogatorios, le volvió a la mente algo que Chris había dicho de pasada. Era casi un comentario vacío, uno de esos que la mayoría de la gente hubiera pasado por alto, pero ahora que estaba de pie fuera de la sala de interrogatorios, le parecía

bastante importante. Le había preguntado si alguna vez había atendido el Sagrado Corazón o Cornerstone.

No, le había respondido. Y entonces había continuado diciendo: Mis padres eran bastante estrictos al respecto. Les gustaba porque no tenía ninguna denominación concreta. Mamá creció como una católica y odió cada minuto de ello.

Tenía que haber algún vínculo entre los tres hombres que habían sido asesinados. En alguna parte, tenía que haber algún tipo de conexión. Había oído hablar de católicos renegados o de personas que hacían la transición de baptistas a luteranos y demás. También sabía que, para una persona de un entorno presbiteriano, empezar a ir a la iglesia católica podía resultar algo así como un choque cultural.

Sin embargo, sucede, estoy segura, pensó. Y aunque pueda llevar todo el tiempo del mundo encontrar a una persona que atienda Living World que también haya atendido el Sagrado Corazón o Cornerstone, puede que no sea tan difícil como encontrar a alguien que trabaje allí y que pueda proporcionar una perspectiva privilegiada.

Sabía adónde tenía que ir a continuación. Y aunque le daba la impresión de que su mañana podía convertirse en un círculo vicioso, continuó. Se despidió de Yardley y se apresuró a ir al aparcamiento, poniéndose en camino para visitar de nuevo a Eric Crouse.

CAPÍTULO DOCE

Como era de esperar, la esposa de Eric Crouse no se alegró de ver a Mackenzie de nuevo. Después de todo, la última vez que Mackenzie les había visitado, su marido había acabado llorando como una magdalena. Ni siquiera se molestó en decirle nada a Mackenzie cuando salió a abrirle la puerta. Simplemente se alejó después de mirar con desprecio a Mackenzie, dejando la puerta abierta al hacerlo. Como no le habían invitado formalmente a entrar, Mackenzie se quedó allí en la escalinata.

Unos instantes más tarde, Eric vino a la puerta. Tenía mucho mejor aspecto que por la mañana; estaba más comedido y parecía haber estado llorando lo suyo en las horas que habían transcurrido.

"Agente White," dijo, saliendo a la escalinata y cerrando la puerta al hacerlo. Por lo visto, en esta ocasión no le iban a invitar a entrar.

"Disculpe que le moleste de nuevo, pero hablando con Chris Marsh, se me ocurrió una idea. Y tengo la esperanza de que quizá me pueda guiar en la dirección adecuada."

"Sin duda puedo intentarlo," dijo él. "¿Cómo está Chris, por cierto?"

Mackenzie eligió no contarle que Chris le había intentado atacar, y que probablemente estaba lidiando con algunos problemas mentales pendientes causados por el estrés y el trauma de los últimos meses. En vez de eso, se decidió por decir una verdad a medias. "Está bien," dijo. "Está claro que lleva un gran peso encima, pero fue capaz de colaborar lo mejor que pudo. No obstante, se me ocurrió que la mayor probabilidad que tengo de encontrar una pista sólida es la de encontrar una conexión entre las iglesias o los líderes de ellas. Como usted ha sido un anciano en Living World, pensé que podría ayudarme en ese respecto."

Con los brazos cruzados, Eric asintió. "En fin, me vienen unas cuantas cosas a la mente. La primera, a menudo hay eventos o conferencias aquí en DC. También las organizan en el norte de Virginia y en partes de Maryland. Es en estos eventos donde los ponentes se reúnen para charlas sobre liderazgo y para algo así como sincronizar con la palabra de Dios. Sé con certeza que tanto el pastor Woodall como el padre Costas han atendido algunos de ellos juntos. No es que fueran amigos ni nada por el estilo, pero eran corteses

cuando estaban juntos. Siempre tenían discusiones sobre cuestiones de teología entre ellos, pero eran muy respetuosos.”

“¿Y qué hay del Reverendo Tuttle?” preguntó Mackenzie.

Eric se encogió de hombros. “No le conozco muy bien. Y a riesgo de sonar como un hombre arrogante y consentido, tiene que recordar que la iglesia presbiteriana Cornerstone es relativamente pequeña. El reverendo Tuttle no solía participar en ese tipo de circuitos—conferencias y cosas de esas.”

“Ha dicho que le venían unas cuantas cosas a la mente,” dijo Mackenzie. “¿Qué otras hay?”

“Bien, estaba pensando en un chico que solía servir en Living World. Puede que todavía siga haciéndolo… la verdad es que no lo sé. Sirvió en el centro de bienvenida y ayudó en los ministerios infantiles. No recuerdo su apellido, pero se llamaba Greg. Me viene a la mente porque sé con certeza que vino a Living World después de dejar Cornerstone. Hablé con él unas cuantas veces de pasada los domingos por la mañana. Parte de su historia es cómo la gente de Cornerstone averiguó cosas sobre su pasado y debido a ello, le acabaron volviendo la espalda. Nunca le pidieron que se marchara, pero él tenía claro que eso era lo que querían.”

“¿Qué tipo de pasado?”

“No estoy seguro. Era algo discreto al respecto. De nuevo, esto no eran más que charlas rápidas al cruzarnos en la locura de los domingos por la mañana en una iglesia bastante grande.”

“Cuando dice que sirvió, ¿qué es lo que quiere decir?”

“Bueno, es que él no era un empleado de la iglesia ni nada de eso. En Living World, hay misiones prácticamente para todo. Y la gente de la iglesia se ofrece voluntaria para ayudar en esas misiones. Greg era uno de ellos.”

“Y a pesar de ese pasado que él admite que era turbio, ¿fue capaz de servir?”

“Sí. En Living World, son muy sinceros sobre lo de no juzgar a la gente en base a su pasado—solo en base a las personas que pueden ser en el fututo con la ayuda y el amor de Cristo. Aunque, para la misión infantil, tuvo que pasar por una comprobación de antecedentes. Así que, si eso salió bien, elimina muchas actividades criminales de su

historial.”

“¿Y había algún desacuerdo entre el pastor Woodall y él?”

“La verdad es que no,” dijo Eric. “Recuerdo una vez después del sermón sobre el perdón y la reconciliación que Greg quiso hablar conmigo después del servicio para hacerme preguntas sobre el mensaje. Algunas de las cosas que había dicho el pastor Woodall le habían sentado muy mal a Greg. Pero no creo que hubiera nada de malicioso en ello. Es que… a veces la palabra de Dios nos puede hacer daño, ¿sabe? Pero le repito que tampoco es que conociera tan bien al chico. Lo que sé es que tiene una conexión sólida con Cornerstone y me ha dicho que se marchó porque le dio la sensación de que le estaban juzgando por su pasado.”

“¿Y no recuerda su nombre completo?”

“No, lo siento,” dijo él, sacando el teléfono del bolsillo de sus vaqueros. “Pero si me da un segundo, seguramente se lo pueda conseguir.”

Empezó a teclear un mensaje de texto y cuando lo hizo, Mackenzie se tomó un momento para poner las piezas que Eric le acababa de dar en el puzle confuso que tenía esparcido por su mente. Esta sería la primera conexión verificable entre una persona que tenía un historial tanto con Living Word como con Cornerstone. Si, por alguna extraña casualidad, esta persona también era familiar con el Sagrado Corazón, podía haber dado en el clavo.

Sin embargo, hay pocas probabilidades de que así sea, se dijo a sí misma. Y un chico con un pasado escabroso que pasó de una iglesia a otra porque tanto los mensajes como las actitudes le estaban haciendo sentir incómodo no es algo tan raro. Sin duda, no le convierte en un sospechoso. Pero sí que le convierte en una fuente potencial para entender cómo podrían estar conectadas las iglesias.

El sonido de Eric recibiendo un mensaje de texto interrumpió su concentración.

“Madre mía, la gente no se pierde nada hoy,” dijo Eric. “Supongo que las tensiones están por las nubes con lo que le ha sucedido al pastor Woodall. De todas maneras, le avisé a uno de los líderes de la misión infantil. Dice que el chico se llama Greg Yoder. Y que ya no va a Living World.”

“Greg Yoder,” dijo Mackenzie, memorizándolo antes de teclearlo

en un mensaje de texto propio que iba a utilizar para solicitar más información de la oficina central. “Gracias, señor Crouse.”

Se apresuró a regresar al coche, recordando de nuevo lo acostumbrada que ya estaba a tener a Ellington a su lado. Sin él aquí para gastar la ocasional bromita inteligente o soltar algún comentario seductor, la mañana parecía moverse a paso de tortuga.

Cuando envió su solicitud de información sobre Greg Yoder, solo eran las 11:40. Sin embargo, ya le parecía que el día se había estirado hasta el infinito—y también que no parecía tener la intención de acelerarse en ningún momento.

Eso, sin embargo, cambió un poco cuando recibió una llamada de Harrison a los cinco minutos.

“Mac, creo que puede que tengamos algo aquí,” le dijo. “Resulta que Greg Yoder tiene un historial que es increíblemente relevante en tu caso. De niño, atendió el Sagrado Corazón. Lo que es más, fue uno de los adolescentes que salió a la palestra con denuncias de abusos.”

“¿En el Sagrado Corazón? ¿Estás seguro?”

“Estoy mirando al informe de la policía aquí en mi portátil,” dijo él. “El caso fue archivado sin que dieran ninguna razón válida pero sí… Greg Yoder acusó a un sacerdote del Sagrado Corazón de conducta sexual inapropiada cuando tenía dieciséis años.”

“Creo que tienes razón, Harrison. Puede que por fin tengamos algo. Yoder también tiene vínculos tanto con Cornerstone como con Living World.”

“¿Necesitas que Yardley o yo te acompañemos?”

“No, creo que estoy bien así. Un hombre con un historial de abuso de alguien a quien consideraba un tirano—no creo que le haga ninguna gracia que la avasallemos. ¿Te importaría solamente enviarme su dirección?”

“Sin duda. Buena suerte.”

Dicho eso, terminó la llamada y esperó al mensaje de Harrison. Sintió como una ansiedad muy reconocible le ascendía por el cuerpo mientras esperaba.

Quizá el día de hoy empezara a acelerarse después de todo.

CAPÍTULO TRECE

La mañana había transcurrido lentamente hasta el momento en que la mayoría de la gente en la ciudad estaba en su puesto de trabajo. Esto también incluía a Greg Yoder, que trabajaba como director de una sucursal de FedEx en el centro de la ciudad. Mackenzie aparcó delante del edificio, situado en el centro de un centro comercial, y comprobó de nuevo la información que le había enviado Harrison. Yoder tenía veintisiete años y estaba matriculado en un colegio local. No tenía antecedentes criminales, y su nombre solamente aparecía en los informes policiales a causa del escándalo sexual que había sido enterrado hacía once años.

Cuando Mackenzie entró al local de FedEx, había varias personas de pie, unos cuantos estaban frente al mostrador delantero mientras que otros estaban husmeando los sobres y la sección de papelería. El ajetreo del almuerzo, asumió Mackenzie mientras se adelantaba hasta el mostrador.

Cuando llegó hasta allí, vio a tres empleados al otro lado del mostrador. Uno de ellos estaba trabajando en un proyecto en una impresora grande que estaba a la derecha. Era un hombre alto, de aspecto juvenil. Cuando se giró levemente en la dirección de Mackenzie, ella pudo leer la etiqueta con su nombre: Greg.

Mackenzie se acercó hasta el mostrador, recibiendo miradas de irritación de los que esperaban en la cola. La jovencita que estaba al otro lado del mostrador le lanzó una mirada similar, alternando su mirada entre Mackenzie y el final de la cola.

“Ya, ya lo sé,” dijo Mackenzie. “Pero estoy aquí para hablar con el director.”

“Está ocupado en este momento,” dijo la chica.

“Puedo verlo,” dijo Mackenzie, con un gesto de asentimiento en dirección a Greg, todavía junto a la impresora. “Pero te aseguro que se trata de algo urgente.”

Mackenzie estaba haciendo todo lo que podía por no mostrar su placa y montar una escena. Claro que, si tenía que hacerlo, lo haría. Por suerte, algo en su mirada debía de haber desconcertado a la jovencita detrás del mostrador porque dejó su puesto y regresó a la impresora. Una vez allí, susurró algo al oído a Greg. Greg elevó la

vista hacia Mackenzie, con una mirada de confusión, y entonces dejó la impresora.

"¿Puedo ayudarle?" le preguntó rápidamente mientras se acercaba al mostrador.

Mackenzie aguardó a que la chica volviera a su puesto en la caja antes de responder, "Soy la agente White del FBI, y necesito hablar con usted."

Greg le miró de una manera que claramente indicaba que no la creía. Mackenzie se inclinó más cerca de él y le miró a los ojos. "Puedo sacar mi placa y mostrársela, pero me imaginé que no le gustaría que sus compañeros de trabajo y sus clientes la vieran. Usted decide."

"Hay un despacho en la parte de atrás," dijo apresuradamente.

"Gracias. No tomaré mucho de su tiempo."

Greg estaba claramente asustado mientras se acercaba a la chica en la caja. "Ya sé que hay mucho lío," dijo, "pero necesito que me cubras durante unos minutos."

Más irritada que nunca, la chica simplemente asintió. Greg abrió una puerta de bisagras de media altura junto al mostrador para dejar pasar a Mackenzie. La llevó junto a una fila de fotocopiadoras y de impresoras, a un pequeño pasillo oculto del resto de la tienda. El despacho al que le llevó era pequeño de verdad y olía a almuerzo recalentado en el microondas.

Mackenzie cerró la puerta cuando entraron. Había un solo pupitre y solo una silla que ninguno de los dos utilizó.

"Pareces nervioso, Greg," dijo Mackenzie.

"Es que me estaba esperando que alguien viniera a hablar conmigo, aunque me imaginé que solo sería la policía, no el FBI."

"¿Por qué vendría la policía a hablar contigo?"

"Bueno, han asesinado al padre Costas, ¿no es cierto? Por lo que sé, todavía no han encontrado al asesino. Me imaginé que, con la denuncia que puse contra él de adolescente, me acabarían buscando para interrogarme."

“¿Cómo te sentiste cuando te enteraste de que estaba muerto?”

“Francamente… mi primer pensamiento es que el que siembra truenos, cosecha tempestades. Si desea saber si me puse triste al respecto, no le voy a mentir. Ese viejo cabrón se encontró con su merecido. Sé que suena muy cruel y muy poco cristiano, pero…”

“¿Tienes coartada para la noche en que le mataron?”

“Me quedo en el apartamento de mi novia la mayoría de las noches,” dijo. “Ella puede confirmarlo. Si no estoy allí, estoy en la biblioteca.”

“Atiendes el colegio local, ¿verdad?”

“Sí. Comienzo tardío, supongo. Pero es que después de que hice esas acusaciones contra el padre Costas, mi vida se vino abajo. Esa maldita historia se comió toda mi vida. Solicité ingreso en varias universidades y tenía muy buenas notas, pero nadie me aceptaba. La historia sobre mis acusaciones no llegó a los noticieros nacionales ni nada de eso, pero creo que se corrió lo bastante como para joderme la vida durante unos cuantos años.”

“Dime, Greg… ¿te has enterado de otros asesinatos en los últimos días?”

Sacudió la cabeza. “La verdad es que no veo las noticias. La única razón por la que me enteré de lo del padre Costas fue porque mi madre me llamó para decírmelo.”

“Bueno, pues ha habido dos asesinatos más, y ambos eran líderes de iglesias. Iglesias a las que creo has acudido y con las que has tenido algún tipo de desavenencia.”

“¿Qué?” preguntó Greg, auténticamente sorprendido. La palabra salió de sus labios como un resoplido de aire.

“El reverendo Tuttle de la iglesia presbiteriana de Cornerstone y, anoche mismo, el pastor Robert Woodall de Living Word.”

“Oh Dios mío,” dijo Greg, llevándose una mano temblorosa a la boca.

“Has atendido esas iglesias, ¿no es cierto? Sé de buena tinta que hasta has servido en un equipo de acogida y en la misión infantil de Living World de vez en cuando.”

“Eso es correcto,” dijo Greg. “Yo…en fin, me fui de Cornerstone porque estaban demasiado enfocados en mi pasado. Por lo visto, no creen que alguien pueda escapar de su pasado. Así que me largué y empecé a ir a Living World.”

“Pero también tuviste problemas allí, ¿verdad?” preguntó Mackenzie.

“No, nada como lo que experimenté en Cornerstone. Solo era… no lo sé. Los mensajes eran un poco demasiado liberales para mi gusto. No me llevó nada de tiempo darme cuenta de que eran muy tolerantes conmigo y con mi pasado, pero había otras cosas que creían con las que no me sentía cómodo. El mensaje me hacía sentir muy mal a veces.”

“¿Alguna vez tuviste conversaciones directas con el pastor Woodall?”

“En una ocasión. Acudí a él después del servicio y le pedí que me explicara en más detalle la gracia que Dios nos otorga.”

“¿Llevó a una discusión?”

“En absoluto.”

Mackenzie consideró sus opciones. Por supuesto, iba a comprobar sus coartadas para las noches y las mañanas de los asesinatos, pero su instinto ya le estaba diciendo que Greg Yoder no era un asesino. Solo era un hombre desafortunado al que perseguía un pasado del que parecía que no iba a poder escapar jamás.

“Déjame hacerte una última pregunta,” dijo Mackenzie. “Hace todos esos años, cuando sucedió todo aquello con el padre Costas…. ¿fue algo mutuo?”

Greg le miró como si le acabara de abofetear, pero cuando no vio ni rastro de condenación en su rostro, lanzó un suspiro y se secó una lágrima furtiva.

“La primera vez que intentó algo, fue mutuo. Me hizo muchos cumplidos y yo tenía esa edad en la que sentía curiosidad, ¿sabe? Pero después de unos pocos segundos… le dije que no. Y a él no le hizo ninguna gracia. Nadie le decía que no jamás, por lo visto. Hasta recuerdo cómo me dijo en una ocasión, ‘¿Te gustaría saber lo que les sucede a los chicos que me dicen que No?’ Fue retorcido.”

“¿Y cuántas veces abusó de ti?”

“En dos ocasiones. La primera vez fue breve porque salí corriendo de allí, pero la segunda… supuse que estaba bien. Termina con ello y ya está, ¿sabe? Entonces conocí a otro chico que estaba pasando por lo mismo y… en fin, decidimos hacerlo público. Si nos había pasado a nosotros, seguramente les estaba pasando a otros, ¿sabe?”

Mackenzie asintió. Estaba sintiendo como se desvanecía otra pista, pero, al mismo tiempo, se empezaban a abrir otras avenidas en este caso.

Presunto abuso con Costas en el Sagrado Corazón. Presunto abuso con Woodall en Living World. Esto significa motivo para alguien y mucho más que una conexión básica.

“Gracias por tu tiempo, Greg,” le dijo.

“Claro. Y a Woodall y Tuttle… ¿les asesinaron de la misma manera?”

“Sí, así es. Así que, si se te ocurre alguien que pueda ser capaz de llevar a cabo un acto como ese o que tuviera razones para hacerlo, te ruego que me lo digas. Especialmente cualquiera que creas que haya podido sufrir abusos a manos de esos hombres. ¿Qué hay del otro joven que decidió contar lo que le había pasado al mismo tiempo que tú?”

Greg frunció el ceño. “Su familia se mudó a Florida después de que pasara todo aquello. Recibí una llamada de su hermana un año después. Se había colgado en su dormitorio.”

Mackenzie casi se estaba temiendo que así fuera, pero, aun así, le conmocionó. También hizo lo que pudo por verlo como algo más que una simple oportunidad perdida para encontrar otra pista, y como una trágica pérdida de vida humana a causa de un abuso detestable.

Le entregó a Greg una de sus tarjetas de visita y abrió la puerta de la oficina. “Gracias de nuevo por tu tiempo. Y te ruego que me digas algo si se te ocurre alguien más que pueda servir de ayuda.”

Greg solo hizo un gesto de asentimiento mientras se guardaba su tarjeta en el bolsillo. Cuando Mackenzie le dejó en la oficina, se le ocurrió que, con cada persona que interrogaba sobre el caso, estaba levantando postillas que se habían estado formado durante un largo tiempo. Y aunque se daba cuenta de que interrogar a esta gente era

esencial para solucionar el caso, no le hacía sentir mejor para nada.

También le hizo sentir la determinación para atrapar a este bastardo cuanto antes para que ella pudiera dejar de causar dolor a la gente sacando a la luz unas historias del pasado que estaban tratando de olvidar.

Con eso, se imaginó que necesitaba empezar por el principio. Pensó en el padre Costas y en la fachada recargada del Sagrado Corazón.

Abusos de hace once años y él seguía siendo la figura prominente en la iglesia, pensó. Por lo que a mí respecta, eso quiere decir que hubo un encubrimiento en alguna parte.

Y esa era una cicatriz en la que no le importaba lo más mínimo ponerse a hurgar.

CAPÍTULO CATORCE

Organizar una cita con la oficina del cardenal fue mucho más complicado de lo que Mackenzie se esperaba. Al final, tuvo que utilizar la influencia del Bureau. Sabía que, al hacer eso, no había manera de que le pudieran rechazar—especialmente con el asesinato de Costas todavía fresco en las mentes del público. Sabía que obtener una cita con el cardenal sin previo aviso era como pedir la luna, pero se las arregló para forzar una cita por la tarde con uno de los obispos suplentes.

En un giro del destino bastante irónico, el obispo suplente con el que se iba a reunir, un hombre que se llamaba Barry Whitter, tenía programada una visita en el Sagrado Corazón esa misma tarde para hablar con miembros de la congregación y ofrecer palabras de aliento y de plegaria ante la muerte del padre Costas. Su secretaria le había concedido a Mackenzie quince minutos de su tiempo, antes de que se reuniera con un sacerdote interino en la iglesia.

A Mackenzie le resultó extraño ascender por las escaleras que llevaban al Sagrado Corazón. Cuando abrió las puertas y pasó al interior, se sintió como si estuviera adentrándose en una tumba. El lugar estaba en silencio y una atmósfera tangible de luto plagaba el aire.

Caminó hacia el santuario, bajando el pasillo entre las filas de bancos ornamentados. Delante del santuario, el obispo suplente Whitter estaba sentado en el primer banco, como habían acordado. Se levantó para saludarle y Mackenzie pudo decir de inmediato que la sonrisa en su rostro era una sonrisa extremadamente falsa. Cada pisada y cada movimiento parecían producir un ruido masivo en la enorme, silenciosa y bellamente decorada iglesia.

No está seguro de mis intenciones, pensó. Era una expresión que ya había visto cientos de veces. En el caso de un hombre de su importancia y con su agenda, probablemente se sentía un tanto despreciado. Dadas las dos historias de abuso a manos de la iglesia que había escuchado hoy, a Mackenzie no le importaba lo más mínimo.

Aun así, tenía un papel que representar si quería conseguir la cooperación de Whitter. Le devolvió su sonrisa falsa con una propia y extendió la mano para estrechársela. “Muchas gracias por su tiempo,” le dijo, tomando asiento en un banco. “Sé que está ocupado, así que

haré esto deprisa."

"Si puedo ayudar a encontrar a quien ha estado matando a estos hombres de Dios, lo consideraré un tiempo bien empleado," dijo Whitter.

"Bueno, encontrar vínculos entre los tres líderes ha sido complicado," dijo ella. "Me las he arreglado para encontrar unas cuantas conexiones que no dieron ningún resultado, aunque la última persona con la que he hablado tenía una conexión con las tres iglesias. Por desgracia, tampoco fue capaz de arrojar ninguna luz sobre el asunto, pero trajo a colación una pregunta interesante—algo que espero pueda ayudar a desvelar el motivo o incluso algunos caminos para encontrar al asesino."

"¿Y qué pregunta es esa?" preguntó Whitter.

"Se trata de una pregunta a la que llegué mientras hablaba con un hombre de veintisiete años llamado Greg Yoder," dijo. "¿Le dice algo ese nombre?"

La mirada en su rostro le indicó que, sin duda alguna, ese nombre significaba algo para él. Whitter daba la impresión de que acababa de percibir un tufillo o algo particularmente maloliente.

"No entiendo lo que tiene que ver ese joven con todo esto," espetó Whitter. "A menos que sea un sospechoso en los asesinatos."

"Ni de lejos," dijo ella. "La pregunta que tengo para usted es cómo es posible que se permita ocupar posiciones de autoridad a unos sacerdotes con un pasado tan tumultuoso. Quiero decir… después de las alegaciones que hizo Yoder hace once años, ¿cómo es posible que Costas permaneciera en dicha posición?"

"Porque las alegaciones son simplemente presunciones, por eso."

"Sí, señor…eso lo entiendo. Pero, con el debido respeto, dichas presunciones no son exactamente raras en la iglesia católica. Además, sé que el caso fue abandonado por el juzgado y voy a asumir que hubo algo de dinero o influencias de algún tipo que se intercambiaron a puerta cerrada."

"Agente White, si esta es la razón por la que me convocó aquí—para burlarse e insultar mi religión—"

"Ni de lejos, señor. No pretendo faltarle al respeto o insultarle.

Estoy literalmente mostrándole unos hechos. Hechos sobre los que espero pueda arrojar alguna luz. Mi esperanza es que, llegando al fondo de las acusaciones de abuso, podré establecer un enfoque más directo para encontrar al asesino."

"Entonces permítame que me asegure de que la estoy entendiendo correctamente," dijo Whitter. "¿Me está preguntando si hubo algún tipo de encubrimiento? ¿Qué quizá el padre Costas realmente cometió esos hechos atroces y que, de alguna manera, la iglesia los encubrió para salvaguardar su reputación?"

"Eso es completamente correcto," dijo Mackenzie.

"Entonces, con el debido respeto, le voy a pedir que se marche. Por supuesto, esta no es mi iglesia, pero creo que tengo más influencia aquí de la que tiene usted."

"Obispo Whitter, estoy segura de que puede ver cómo el hecho de echarme de aquí de esa manera solo empeora la situación."

Él se levantó, insinuando que deseaba que Mackenzie hiciera lo mismo. Daba la impresión de estar sufriendo mientras escogía cuidadosamente sus palabras. "Y seguramente usted puede ver que cualquier intento de darle mala imagen a la iglesia o a su congregación dañaría su carrera profesional. Conocemos a los políticos bastante bien. Seguramente también conozcamos a algunos de sus superiores."

"Eso suena como una amenaza velada," dijo Mackenzie.

"Llámelo como quiera."

"Acabo de hacerlo. Lo que demuestra que está a la defensiva. La cuestión, desde luego, es por qué."

"Puede pintar la imagen de la manera que usted prefiera," dijo Whitter. "Pero al dar por buenas las alegaciones de dos adolescentes heridos, hace que la iglesia parezca el malo de la película."

Mackenzie le sonrió sarcásticamente mientras se ponía de pie. "Bueno, una corrección ahí, señor. Solo queda uno de esos chicos. El segundo se suicidó menos de un año después del presunto abuso."

Mackenzie se dio la vuelta y se alejó caminando. Por encima de su hombro, gritó: "En caso de que su fe le lleve finalmente a sincerarse sobre estos temas y a ayudar con la investigación, espero que llame al

Bureau de inmediato.”

Su voz retumbó a través de la iglesia vacía de un modo que hizo que la reverberación final sonara casi fantasmal. Esperaba como agua de mayo que se tratara de un fantasma de verdad que viniera a acosar a Whitter—quizá consiguiendo asustarle lo suficiente como para que se sincerara y contara la verdad.

CAPÍTULO QUINCE

Mackenzie regresó a casa un poco más temprano de lo habitual. Como no tenía más pistas y el equipo forense estaba manejando su parte del trabajo en la oficina central, no había literalmente nada que pudiera hacer excepto sumergirse en los archivos que había acumulado durante los últimos días en relación con los asesinatos. Tenía una tendencia a concentrarse mejor cuando estaba en casa, sin las distracciones del ajetreo general de las oficinas y los cubículos en el trabajo.

Además… su sala de estar—la de Ellington y ella—era mucho más apropiada para el estudio que su cubículo cuadrado en la oficina.

Estaba escaneando su teléfono sentada en su sofá y se quitó los zapatos. Se emocionó cuando vio que había llegado un email del departamento forense pero después frunció el ceño cuando vio el breve mensaje dentro del email: Nada sustancial. Lo siento. Aun así, aquí están las hojas de cálculo con la información.

Se pasó los siguientes cinco minutos metiendo algunas sobras en el microondas y encendiendo su portátil. Enchufó su portátil a su impresora e imprimió las hojas de cálculo del equipo forense. Mientras se imprimían los documentos y empezaba a tomar su cena, echó una mirada al apartamento, sonriendo ante la presencia de sus cosas esparcidas por aquí y por allá. Sabía que le llevaría algún tiempo sentir que el espacio era de ellos y no de él, pero le emocionaba conseguirlo.

Cuando los documentos del equipo forense ya estaban imprimidos, Mackenzie los añadió a la pila de documentos en expansión. Hojeó el material del departamento forense, esperando encontrar alguna pista sobre qué tipo de instrumento se había utilizado para clavar a las víctimas en las puertas, pero no encontró nada sustancial. La escena de Tuttle sí que proporcionó fibras de cabello sueltas, pero resultaron pertenecer a su esposa, una pieza suelta que, de alguna manera, se había enganchado en el cabello del propio Tuttle.

Ya había repasado algo más de la mitad de los documentos cuando sonó su teléfono. Vio el nombre y la cara de Ellington en la pantalla, y lo respondió de inmediato.

“¿No deberías estar en un avión ahora mismo?” le preguntó.

"Ese era el plan, sí, pero ha surgido otra pista. Y antes de que te emociones demasiado, este caso parece alejarse cada vez más del de tu padre. Sin duda, aquí pasa algo, pero no sé el qué."

"¿Qué está pasando?"

"Al principio no parecía más que un vagabundo muerto," dijo él. "Pero entonces apareció otro más, asesinado de la misma manera. Para cuando apareció el tercero en el transcurso de cinco días, McGrath me envió para examinarlo. Tu amigo Kirk Peterson parece pensar que la disposición de los cadáveres y los obvios tiros en la nuca sugieren un tipo ritualista de asesinato que refleja la manera en que fueron asesinados tanto tu padre como la víctima más reciente con la tarjeta de Antigüedades Barker. Pero hasta él reconoce que es una teoría endeble."

"¿Y dónde te deja eso a ti?" preguntó Mackenzie.

"Voy a trabajar aquí con Peterson y el departamento de la policía local para rastrear esta última pista. Si no encontramos nada al final del rastro, entonces regresaré a casa."

"Muy bien," dijo ella. "Ten cuidado. Mientras tanto, yo me voy a pasear por el apartamento desnuda. Y a dormir yo solita. Desnuda."

Ellington suspiró al otro lado de la línea. "Eres malvada."

"Me han dicho cosas peores," dijo ella. "Vamos. Ponte a trabajar."

Concluyó la llamada con una sonrisa en su rostro. Aunque todavía estaba algo resentida porque no le hubieran pedido que fuera a Nebraska, sabía que era la decisión que tenía más sentido. Esa era la razón de que le resultara de lo más sencillo volver a dirigir su atención a los archivos del caso que tenía delante de ella.

Acabó regresando al archivo del pastor Woodall, principalmente porque era el más reciente. Todavía podía ver la escena de esa misma mañana en la iglesia de Living World, los empleados que ya estaban llorando acurrucados detrás de la cinta de la escena del crimen. Todavía podía ver claramente a Dave Wylerman, el director del departamento de música, esforzándose por controlar una ola de emociones mientras hablaba con él.

Cuando volvió a pensar en Wylerman, hubo un pequeño pedazo de su conversación con él que pareció llegarle rodando como una canica por un canal, tomando una posición central en su cerebro.

“Él acababa de regresar de un retiro hacía unos pocos días… esta pequeña escapada que se toma un par de veces al año. Es una isla realmente tranquila en la costa de Florida.”

Mackenzie consideró esto durante un instante y entonces abrió Google. Probó con una diversidad de términos, en busca de algo que pudiera desvelar algo más de información. Después de solo unos minutos, bajo la búsqueda isla retiro pastores Florida, encontró lo que estaba buscando.

Descubrió que había una pequeña isla a solo dos millas al sur de otra isla en Florida, Cayo Costa, de la que jamás había oído hablar. Esta isla se llamaba Kepper’s Cay y, por lo que podía ver, era la propiedad privada de un sacerdote retirado que ahora vivía en Sudáfrica. La isla, ubicada en la costa occidental de Florida, solo tenía dos millas de largo y menos de una milla de ancho. Contenía una docena de bungalós que se alquilaban habitualmente a líderes religiosos, específicamente para retiros y conferencias.

Todavía leyendo parte de la información, Mackenzie agarró su teléfono. No tenía el número de contacto de Dave Wylerman, así que eligió enviar un mensaje de texto a Eric Crouse. Le envió un breve mensaje que decía: Dave Wylerman dijo que Woodall acababa de regresar de un breve retiro/vacaciones en una isla en Florida. ¿Podría tratarse de Kepper’s Cay?

Mientras aguardaba su respuesta, navegó hasta la página de contacto de la diminuta y algo evasiva página web de Kepper’s Cay. Guardó el número en su teléfono móvil y cuando lo estaba introduciendo, recibió un mensaje de Wylerman como respuesta al suyo.

Así es. Dos veces al año. Bastante seguro de que hay unos cuantos pastores y sacerdotes bastante conocidos que van por allí. ¡Espero que esto te sea de ayuda!

Creo que puede que así sea, pensó Mackenzie.

Llamó al número que acababa de guardar en su teléfono. Como esperaba, debido a la hora (eran casi las seis de la tarde), nadie le respondió al teléfono. Sin embargo, un mensaje grabado en el contestador automático le dio otro número al que llamar en caso de emergencias. Anotó el número y lo marcó de inmediato.

Le respondió al tercer tono un hombre con una voz alegre de tono agudo. “¿Hola?”

"Sí, necesito hablar con alguien sobre las normativas acerca de obtener información sobre la gente que se aloja en Kepper's Cay."

"Emm… ¿se encuentra alojada en la isla en este momento?"

"No."

"Lo siento, pero esta es una línea solo para emergencias y—"

"Me llamo Mackenzie White y soy una agente especial del FBI," dijo. "Le llamo porque han asesinado a un hombre que se alojó allí hace tres semanas."

"Oh, Dios mío," dijo el hombre, con la alegría ahora totalmente evaporada de su voz. "En ese caso, ¿en qué le puedo ayudar?"

"Me gustaría que me proporcionara una lista con los nombres de la gente que se ha alojado allí el año pasado," dijo Mackenzie. "¿Sería eso posible?"

"Puedo hacer que suceda," dijo, "pero eso es información delicada."

"Entiendo," dijo ella. Le dio su número de placa al hombre, además del nombre y la información de contacto de McGrath. Cuando hubo terminado con eso, añadió: "Le ruego que compruebe todo esto si lo desea, pero se trata de una cuestión urgente."

"Bueno, puede que necesite varias horas para conseguirle una lista como esa."

"Muy bien, entonces, dígame esto—¿cuál es su posición en la isla exactamente?"

"Director General de Operaciones y Mantenimiento," dijo él.

"Muy bien, entonces, en vez de una lista, ¿qué le parecen unos cuantos nombres? Si le doy algunos nombres, ¿cree que los recordará… que sabrá si se han alojado en Kepper's Cay recientemente o no?"

"Oh claro que sí," dijo él. "Me tomo en serio lo de establecer relaciones con todo el mundo que se aloja aquí."

"Estupendo. ¿Qué sabe del padre Henry Costas, un sacerdote de DC?"

“Sí, el padre Costas estuvo aquí… oh, supongo que fue probablemente hace unos cinco meses. Estoy bastante seguro de que se quedó aquí durante una semana.”

“Uno más, si no le importa,” dijo Mackenzie. “¿Qué hay del reverendo Tuttle?”

“Sí, sin duda,” dijo el hombre. “Estuvo aquí con alguna clase de grupo de liderazgo para una conferencia que tuvimos en marzo. Le recuerdo bastante claramente porque ayudó a algunos de mis empleados con un problema de fontanería en uno de los bungalós.”

Esa es una pista bastante sólida, pensó Mackenzie. Los tres hombres han estado en esa isla. ¿Y qué es exactamente lo que tiene lugar allí?

“¿Y qué hay del sacerdote retirado que es dueño de la isla? ¿Podría darme su nombre?”

“Es el Padre Mitchell,” dijo el hombre.

“¿Es un hombre con el que es fácil hablar por teléfono?” preguntó ella.

“No. Sin embargo, ha sido realmente oportuna. En este momento, se encuentra en la isla. Si necesita hablar con él, puedo intentar organizarlo.”

“Eso sería útil,” dijo Mackenzie. “¿Puede a lo mejor volver a llamarme en este número cuando lo tenga organizado?”

“Desde luego,” dijo el hombre, aunque sonaba bastante inseguro —quizá hasta un poco nervioso.

Mackenzie terminó con la llamada, repasando la página web de Kepper’s Cay. Pensó que era una pista sólida, especialmente si podía conseguir algo de tiempo con el hombre que era el propietario de ese lugar. Desde luego, tendría que obtener el permiso de McGrath, y puede que eso fuera más fácil de decir que de hacer.

Aun así, tenía que intentarlo. Además, el lugar prácticamente le estaba gritando que contenía respuestas—que había pistas y direcciones enterradas en sus arenas doradas. Ni siquiera McGrath sería capaz de negar una pista como esta.

Le llamó para contarle todo acerca de su descubrimiento, incluyendo la conversación que acababa de mantener por teléfono. Le



llevó menos de dos minutos convencerle y en menos de diez, estaba reservando un vuelo a Florida.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Durante un breve instante, Mackenzie se sintió como una niña pequeña. Estaba de pie al final del ferry, con la brisa del océano dándole en el rostro. Ráfagas diminutas de agua golpeaban el lateral del ferry, lanzando chorritos suaves a su cara. Cerró los ojos frente a ellos, respiró el agua salada, y se regocijó en el aire cálido en su cara. Lo respiró y, por un puñado de segundos, no estaba en ninguna parte.

No había caso. Ni pesadillas sobre su padre muerto. Ni recuerdos escabrosos del Asesino del Espantapájaros. Nada.

Entonces, claro está, tuvo que abrir los ojos. El mundo volvió bruscamente a la realidad a su alrededor mientras el ferry la impulsaba hacia delante, cada vez más cerca de Kepper's Cay. Y la mañana la seguía a remolque, una mañana que ya había sido de lo más larga.

Se las había arreglado para echar una cabezadita en el avión—un vuelo directo de JFK al aeropuerto internacional de Tampa. Llegó justo después de las ocho de la mañana, lo que le dio el tiempo suficiente como para hacerse con un café y un desayuno en el aeropuerto antes de alquilar un coche para conducir un poco más por la carretera de la costa.

Durante un rato, casi se permitió sentir que estaba de vacaciones. Nunca había tenido la oportunidad de viajar mucho y ahora que estaba en la bahía de Tampa, incluso sin poder ver la playa, podía sentir el océano en el aire. Saber que iba a tomar un pequeño barco para ir de la costa hasta Kepper's Cay solo lo hacía más excitante.

Jugueteó con la idea de tomar una foto del océano y de la playa cuando se montó en el ferry. Supuso que sería una bonita manera de empezar el día para Ellington—una fotografía de su ubicación actual mientras él trabajaba de lo lindo en Nebraska. Pero, por el momento, pensó que se lo guardaría para sí misma. A pesar de la ubicación exótica y de la sensación de estar en unas mini vacaciones, tenía un trabajo que hacer y quería mantener alejadas cualquier tipo de distracciones.

Después de todo, el paisaje ya era distracción de sobra.

Y no hizo más que mejorar a medida que el ferry se aproximaba a la isla. Solamente había otras ocho personas en el ferry y por lo que

ella sabía, ella era la única que se iba a apear en Kepper's Cay. Los demás pasajeros se dirigían a algunas de las otras islitas que salpicaban el océano cercano.

Observó como el mar se abría ante ella, con el sol matutino saltando juguetón sobre las olas. Por delante de ellos, Kepper's Cay apareció en lontananza. Podía divisar toda la isla y desde una distancia como de media milla, empezó a tener el aspecto del horizonte de una de esas islas que salían en los folletos de vacaciones de lujo o en los anuncios que robaban imágenes de las Maldivas o de alguna parte de Bora Bora.

Cuando se apeó del ferry para poner el pie en el único muelle de descarga de la isla, empezó a caer en la cuenta de la importancia de su trabajo. Aunque apreciar la vista estaba muy bien, sabía que tenía una reunión potencialmente importante con un hombre cuyo tiempo era difícil de obtener.

Había hecho una búsqueda en Google por la mañana sobre el Padre Mitchell mientras esperaba en su puerta de embarque en el aeropuerto JFK. Había nacido en una familia que tenía bastante dinero, ya que su padre había trabajado para una empresa secreta que había preparado el camino para una rama de computación que se hizo muy rentable en los primeros años 80. Su madre también provenía de una familia con dinero así que cuando murió y el pequeño Ronald Mitchell solo tenía once años, le había llegado una enorme suma de dinero, que estaba bloqueada en una cuenta bancaria hasta que tuviera dieciocho años. Mitchell se había volcado en Dios tras la pérdida de su madre, metiéndose de lleno en la iglesia católica de su localidad natal de Albany, en New York. Con el tiempo, a los cuarenta años, se ordenó como sacerdote. Sirvió como sacerdote en New York durante nueve años, después se mudó a Boston, donde continuó sirviendo como sacerdote, pero donde también se implicó de lleno en la comunidad. Ganó prácticamente cada premio y honor que pueda recibir un sacerdote, hasta obteniendo una audiencia con el Papa en el 2011.

Se retiró en el año 2014 a los sesenta años, ya que había sido uno de los miembros más vocales de la Iglesia Católica y había hablado con vehemencia contra los escándalos de abusos sexuales infantiles. Pasaba la mayor parte de su tiempo en Sudáfrica, donde había comprado una casa en 2008, y una residencia privada en Kepper's Cay.

También era célebremente discreto, y se mantenía fuera de los

titulares en lo que se refería a cuestiones de carácter religioso. La última vez que su nombre había estado en los titulares había sido al realizar una contribución de una cuantiosa suma de dinero a la ayuda para las víctimas del huracán cuando una tormenta masiva había golpeado Miami hacía unos cuantos años.

Por eso le sorprendió tanto a Mackenzie verle de pie al final del muelle, esperándola. Iba vestido con una camisa polo y unos shorts de color caqui. Iba descalzo y tenía un tono de piel que indicaba que pasaba bastante tiempo al sol. Tenía el pelo largo, colgándole sobre los ojos, y se lo echó hacía atrás cuando Mackenzie se acercó a él.

"Padre Mitchell," dijo. "Muchas gracias por reunirse conmigo."

Mitchell se encogió de hombros y la sacó del muelle. "Bueno, me da la impresión de que esto estaba destinado a suceder. Llegué aquí hace dos días y me voy en otros tres. Que usted me llamara y preguntara por este lugar durante ese tiempo… me parece algo más que mera coincidencia."

"De todos modos, sé lo ocupado que usted puede estar…"

Mitchell hizo un gesto con la mano como quitándose importancia. "No soy la persona tan buscada que mucha gente cree," dijo. "Dígame, ¿en qué puedo ayudarla? ¿Quizá con un paseo por el lugar para empezar? Es un día tan bonito, que sería una pena no disfrutar algo de la playa mientras está aquí, ¿no cree?"

Qué diablos, pensó Mackenzie. Nadie tiene por qué enterarse.

Con ese pensamiento, se quitó directamente los zapatos. Llevaba puesta una camisa blanca de botones y unos pantalones negros—no es que fuera precisamente atuendo de playa, pero tampoco era increíblemente incómodo.

Ya descalza y con sus dedos tocando la arena suave y cálida, siguió a Mitchell alejándose del muelle directamente a la derecha donde se encontraba la playa. Caminaron al borde del agua mientras escaneaba la zona que había por delante.

La playa era inmaculada, con arena dorada y libre de cualquier tipo de residuos. Los bungalós y los edificios estaban alejados de la playa, aunque algunos de los bungalós estaban aproximadamente a unos cincuenta metros del agua. Todos estaban situados entre jardines bellísimos que estaban decorados para que se parecieran a algún lugar exótico de ensueño. El lugar era realmente precioso, lo que hacía de

su razón para visitarlo algo casi abstracto.

“Supongo,” dijo Mitchell, “que su visita tiene algo que ver con el Padre Costas. Me enteré de su muerte hace tres días. Entiendo que, además, ha habido otra muerte recientemente. El pastor Woodall, también de Washington, DC. ¿Es eso correcto?”

“Lo es,” dijo Mackenzie. “También ha habido un tercer asesinato —el reverendo de una iglesia presbiteriana. Así que, naturalmente, ahora se está considerando esto como un caso de asesinatos en serie. Y por el momento, no tenemos pistas, ni pruebas, ni direcciones claras. Me incliné por investigar Kepper’s Cay porque las tres víctimas han visitado este lugar el año pasado más o menos.”

“Sí, eso es lo que me dijo Michael, el hombre con el que habló por teléfono. Tengo todos los documentos sobre las tres víctimas en mi oficina principal, esperándola.”

“Padre Mitchell, ¿cuánta gente se aloja habitualmente aquí en el transcurso de un año?”

“Varía. En los últimos tres años, hemos tenido una media de trescientas personas. Eso sin incluir los doscientos más o menos que solo vienen para atender una conferencia o un retiro en grupo. Por supuesto, tenemos los datos y nombres de todos los que han alquilado un bungaló aquí, pero la mayoría de las reservas son pagadas por la tesorería de la iglesia o un líder de la iglesia.”

“Así que, en otras palabras, no habría manera de deducir quién puede ser la próxima víctima simplemente en base a una lista.”

“Supongo que eso depende de cuántos agentes tenga para examinar la lista y contactar a todos los nombres en ella,” dijo Mitchell.

Continuó mostrándole la isla, explicando la finalidad del lugar. Mientras apuntaba a su pequeño centro de conferencias y la pequeña capilla detrás de los bungalós, explicó que reservaba la isla solamente para líderes religiosos y sus esfuerzos para hacer crecer la iglesia porque era muy consciente de la creciente opresión en contra de la iglesia por todos los rincones del mundo.

“Es una de las razones por las que me retiré tan pronto,” dijo. “La gente más alejada de Dios, irónicamente, quiere culpar a Su gente cuando las cosas van mal. Y cuando todas las alegaciones sobre abusos sexuales vinieron a perturbar la iglesia católica en los años noventa, vi

el principio del fin. Debido a toda la atención que recibió en los medios de comunicación, sé que ya no podía servir a Dios adecuadamente desde mi posición de sacerdote. Por eso, abrí esta isla para todos esos hombres de Dios que pudieran estar sintiendo el mismo desaliento.

"Con el tiempo, se corrió la voz y también permití que se celebraran algunas conferencias aquí. En los momentos de más eventos, hay una lista de espera de dos meses. Aun así, este se ha convertido en un lugar de descanso y de restauración para los hombres de Dios y sus allegados."

"¿Hay una tarifa fija o cambia según quién sea el que venga?" preguntó Mackenzie. "Solo lo pregunto porque el padre Costas y el pastor Woodall eran líderes de iglesias bastante grandes que, sin duda alguna, podían permitírselo. El reverendo Tuttle, por otra parte, pertenecía a una iglesia mucho más pequeña. Imagino que se las vería moradas para encontrar los fondos para reservar un lugar como este a menos que hubiera algún tratamiento sospechoso de las ofrendas de la iglesia."

"Obviamente, no sé nada al respecto," dijo el Padre Mitchell. "Lo que sí puedo decirle es que Tuttle sin duda alquilaba uno de los bungalós más baratos. Y le ofrecimos una tarifa reducida. Sabíamos que venía de una iglesia más pequeña, pero aquí no discriminamos. No tiene uno que formar parte de una macro-iglesia para disfrutar de la soledad que tenemos que ofrecer."

La llevó más abajo de la playa, a una pasarela de madera que estaba bordeada por todo tipo de plantas y flores. La pasarela se transformaba en un puente que se elevaba por encima de una corriente pequeña que llevaba a la izquierda, dirigiéndose de regreso a la playa.

Por delante de ellos, el único edificio que parecía estar mínimamente fuera de lugar les aguardaba. Estaba claro que esta era la oficina central. Aunque ostentaba alguna decoración isleña en la fachada, había algo bastante formal sobre la estructura del edificio, además de su ubicación lejos de los demás edificios.

Mitchell le guió a su interior a una sala vacía. El zumbido del aire acondicionado llenaba el lugar, pero no había nada más. La llevó por un pequeño pasillo sin salida que acababa en una sala de conferencias. Allí, agarró una silla para ella y le hizo un gesto para indicarle donde había unas cuantas pilas de papel en el centro.

“Eso es todo lo que tengo en cuanto a los historiales de Costas, Tuttle y Woodall,” dijo Mitchell. “Me temo que no es mucho, pero quizá pueda encontrar otras conexiones.”

“Eso es estupendo,” dijo Mackenzie, con convicción legítima. No podía haber pedido más material o cooperación.

“Le dejo con ello, entonces,” dijo Mitchell. “Entretanto, ¿puedo traerle alguna cosa?”

“¿Quizá solo una botella de agua?” preguntó.

“Enseguida se la traigo.”

La dejó a solas y, al instante, Mackenzie acercó las pilas de papeles hacia ella. No había mucho—quizá veinticinco hojas de papel en total. La mayor parte de ellas eran de cuestiones financieras, mostrando cuando habían pagado todos ellos, además de las fechas de sus estancias. Por la información en esos informes, pudo ver que el padre Costas había estado viniendo a Kepper’s Cay durante más tiempo que los demás; su primera estancia aquí databa del 2010 y había realizado ocho visitas desde entonces, incluida una para una conferencia sobre técnicas de guerra espiritual.

Tuttle solo había estado allí en una ocasión, visitando la isla hacía siete meses. Se había quedado durante tres días y después se había marchado. Odiaba ser tan estereotípica, pero seguía confundida por el hecho de que el reverendo de una iglesia pequeña hubiera podido permitirse venir a un lugar como este. Le hizo preguntarse qué clase de problemas habían llevado a Tuttle a necesitar un retiro para empezar.

Agarrándose a ese pensamiento, sacó su teléfono y envió un mensaje de texto a Harrison. ¿Puedes escarbar un poco en el historial de Tuttle para ver si estaba atravesando o saliendo de algún tipo de problemas sobre hace unos 8-9 meses?

Cuando envió el mensaje, Mitchell regresó a la sala. Llevaba un vaso grande de agua en la mano. Una sola rodaja de lima se balanceaba en la parte superior. Se lo ofreció a Mackenzie con una sonrisa.

"Gracias," dijo ella. "Mire, tengo una pregunta que hacerle. Una pregunta extraña, quizá, pero me estaba preguntando si hay algún tipo de tema habitual entre las cuestiones que llevan a la gente a venir por aquí. ¿Por qué tipo de cosas están buscando descanso y soledad?"

"¿Es usted creyente?" preguntó Mitchell.

La pregunta le pilló desprevenida. Parecía ser una pregunta a la que se estaba enfrentando a menudo últimamente. Suspiró y dijo, "supongo que se puede decir que formo parte del grupo de indecisos. ¿Por qué me lo pregunta?"

"Creo que, para entender el estrés con que se enfrentan estos hombres a diario, necesita entender las responsabilidades que asumen. Llevar a la gente más cerca de un Dios con el que quieren estar realmente sintonizados. Servir de pared de las lamentaciones para los pecados y los pensamientos más oscuros de la gente. Y saber todo el tiempo que la gente tiene expectativas muy altas sobre su comportamiento. Puede resultar agotador—física, mental y espiritualmente.

"¿Ofrecería venir a la isla a un líder que tenga la certeza de que ha participado en algo que esté mal? ¿Algo de carácter criminal?"

"No, aunque claro que yo tendría que saberlo con certeza. Rara vez acepto lo que dicen los programas de noticias o los periódicos sensacionalistas."

Mackenzie podía asegurar que él sabía hacia dónde iba. Como había sido un sacerdote, seguro que estaba familiarizado de sobra con los casos de abusos sexuales y de acoso a menores. Así que lo dejo ahí, ya que no quería enfadarle. Estaban en la misma onda y no quería profundizar en ello.

"¿Algo más?" le preguntó.

“No, gracias.”

Sin embargo, Mitchell no se marchó. Pensó en algo durante un rato y después se sentó a la mesa.

“¿Es un vínculo entre ellos?” le preguntó. “¿El abuso?”

“Solo entre dos de ellos,” dijo ella.

“Sabía que habían acusado al padre Costas de ello, pero nunca se presentaron pruebas… no es bastante como para alterar la opinión que tengo de él, de todos modos. Era un buen hombre.”

“Ni yo misma estoy segura de las alegaciones,” dijo Mackenzie.

“Si realmente piensa que es una conexión que le puede ayudar a encontrar a su asesino, creo que sé de un sitio por dónde podría empezar.”

Mitchell pareció entristecido de tener siquiera que considerar esa posibilidad. Al mismo tiempo, Mackenzie podía asegurar que algo le estaba causando inquietud—quizá algo que le pesaba en el ánimo más de lo que le hubiera gustado admitir.

“¿Padre Mitchell?”

“Estoy bien,” dijo. “Solo es que sé con certeza que el abuso sexual y el acoso sin duda suceden dentro de la iglesia. Aunque la mayoría de las alegaciones y acusaciones son falsas o inventadas solo para conseguir atención o dinero, sé que sin duda sucede. Y, como prueba de ello, solo tiene que ir a visitar uno de los grupos de terapia.”

“¿Grupos de terapia?” preguntó Mackenzie.

“Para las víctimas de abusos por parte de la iglesia. Como puede imaginar, es un grupo lleno de una vergüenza insoportable, así que las reuniones no disfrutan de mucha publicidad. Algo así como los grupos de autoayuda, pero ocultos en un rincón.”

“¿Y por qué me está hablando de esto?” le preguntó.

“Porque hay una reunión en su zona el jueves en Alexandria, Virginia. Es un grupo que se reúne tres veces al año. Hay más de treinta grupos en todo el país. Siempre recibo invitaciones para atenderlos porque fui muy vocal contra la iglesia cuando los escándalos por abuso acabaron en los titulares de los periódicos hace

algún tiempo."

"¿Va a atender el que tiene lugar en Alexandria?"

"No, no he atendido nada por el estilo en unos tres años. Que Dios me perdone, pero me perturba demasiado. Prácticamente, me hace perder la fe. Pero si no han atrapado a su asesino antes de que tenga lugar esa reunión, le sugiero encarecidamente que lo visite. Es el jueves a las cinco de la tarde. No estoy seguro del lugar exacto todavía, pero si me deja su información de contacto, se lo haré saber."

"Gracias," dijo Mackenzie.

Con esto, Mitchell salió de nuevo de la sala. Mackenzie volvió a sus documentos, donde encontró muy poco que conectara a los tres hombres. Había pruebas de que tanto Costas como Woodall habían venido en varias ocasiones y que habían asistido al menos una conferencia cada uno. Pero, por lo que podía decir, no habían asistido a la misma conferencia. Además, ninguno de los tres hombres había estado en Kepper's Cay al mismo tiempo que los demás.

Para cuando llegó a la última página, Mackenzie supo que no había nada que vinculara a los hombres en las pilas de papeles. Aun así, le daba la sensación de que había hecho algunos progresos.

Al menos, esto prueba que estos hombres no estaban vinculados por nada más que sus profesiones. Además, la información sobre la reunión para los supervivientes de abusos podría ser un recurso potencialmente impagable. Además… conseguí visitar la playa por unas horas.

Tomó unas cuantas fotografías con su teléfono de los documentos que mostraban las fechas en que los tres hombres habían estado en la isla. Por lo menos, le proporcionaba una línea temporal y eso podía resultar conveniente cuando Harrison le llamara con esa información que le había solicitado sobre Tuttle.

Cuando estaba a punto de salir de la oficina para localizar al padre Mitchell, sonó su teléfono. Cuando vio el número y la cara de Ellington, sonrió ampliamente. Después de todo, quizá pudiera restregarle por la cara su pequeña excursión a la playa.

"¿Ya estás en casa?" le preguntó.

"No," dijo Ellington. Por el tono de su voz, Mackenzie adivinó de inmediato que no estaba del mejor de los humores. "¿Dónde estás ahora mismo?"

“No te lo creerías si te lo dijera.”

“Bueno, donde sea que estés, necesito que reserves el primer vuelo que puedas para Nebraska.”

“¿Qué? Ellington… ¿qué sucede?”

“Estamos acercándonos a una pista. Ya he hablado con McGrath. Quiero que estés aquí, Mac. Creo que, en este punto, es necesario que estés aquí.”

“Claro, está bien,” dijo ella. Su cerebro trató desesperadamente de cambiar de marcha, pero había un cortocircuito en alguna parte.

Sacerdotes y pastores muertos… soleadas playas de Florida… ahora rumbo a Nebraska…

De repente, Mackenzie sintió como si se la estuviera tragando un remolino.

“¿Mac?”

“Sigo aquí. Solo que… me pillaste desprevenida. Dame unos cuantos minutos. Reservaré un vuelo y te diré cuando llegaré por allí. Ellington, ¿anda todo bien?”

“Sí, todo está en orden. No obstante, encontramos una pista. Y puede que esto… en fin, puede que nos proporcione todas las respuestas que has estado buscando.”

Miró atontada a los documentos que había sobre la mesa de conferencias de Mitchell. Parecían artefactos de otro mundo. El caso entero le resultaba ahora insignificante—sin duda, un pensamiento peligroso para una agente del FBI.

Sin embargo, lo único en lo que podía pensar de repente era en su padre.

Y le faltaba tiempo para alejarse a toda prisa de esta idílica isla.

CAPÍTULO DIECISIETE

Lo cierto es que amaba a Dios, amaba a su iglesia y a la gente que venía a ella. Pero sin duda alguna, odiaba sentarse en el confesionario.

Wade Coyle arqueó la espalda y miró su reloj. Eran las 7:05. Técnicamente, podía haberse ido a casa hace cinco minutos, pero sabía que había gente que gustaba de aparecer un poco más tarde, con prisas por confesar sus pecados ya fuera justo antes o después de cenar con sus familias.

De entre todos sus deberes como sacerdote, recibir confesiones era la única parte que realmente no le gustaba. Había escuchado algunas cosas realmente vergonzosas desde el otro lado de su celosía y lo peor de todo era que, en ocasiones, podía reconocer las voces. Podía asociar una cara con la voz y, como consecuencia, sabía quién de los hombres en las bancas había confesado descargar pornografía infantil o cuál de las mujeres adultas había permitido al novio de su hija que le tocara de manera inapropiada.

Aun así, entendía la importancia del acto—no ya por su iglesia sino por cada uno de los que acudían a él, sentándose al otro lado de esa celosía para vaciar sus corazones.

Así y todo… si no aparecía nadie más en los próximos diez minutos, se iba a marchar. De todos modos, estaba programado que otro sacerdote ocupara el confesionario a partir de las ocho.

En cuanto se hizo esta promesa a sí mismo, escuchó cómo se abría la portezuela exterior del confesionario. Entonces escuchó las cuatro pisadas que llevaban a la silla que había delante de la celosía y el ligero crujido que hacía al recibir el peso de una persona. Y entonces le siguieron las cinco palabras que, para el padre Coyle, se habían convertido casi en un cliché.

"Perdóneme, Padre, porque he pecado."

"¿Y qué pecado te gustaría confesar hoy?" preguntó Coyle.

"Yo… en fin, no estoy seguro, la verdad. Creo que quizá se trata de idolatría, aunque también implica violencia."

"Háblame de cada uno de ellos," dijo Coyle. Francamente, lo estaba diciendo sin ninguna gana. Y se daba cuenta de que estaba

tratando de identificar la cara que acompañaba a la voz pero sin obtener ningún resultado.

Gracias a Dios por eso, pensó.

"Bueno, veo que adoro a gente del mundo más que a Dios," dijo el hombre. "Sé que debería buscar mi paz y mi consuelo en Dios, pero… supongo que es más fácil confiar e idolatrar las cosas que puedo ver. Gente. Carne. Les admiro y glorifico a la gente antes que a Dios. ¿Eso está mal?"

"No si te estás dando cuenta de ello," dijo Coyle. "Dime… ¿esa gente que idolatras son famosos o gente que ves todos los días?"

"Me temo que no es tan sencillo como eso. No son famosos, eso sin duda, aunque, al mismo tiempo, suelen ser personas que ostentan cierto poder y veneración."

"¿Y cómo les idolatras?"

"Empezó como simple y pura envidia," dijo el hombre al otro lado de la celosía. "Pero se convirtió en algo peor. Algo más desagradable. Les vi como si fueran Dios. La Virgen María. Como Jesucristo. Quería adorarles… glorificarles."

"Sí, eso podría ser un problema. No obstante, respecto a la violencia… ¿están las dos cosas vinculadas de alguna manera?"

"No lo sé," dijo el hombre. "Solo sé que, cuando veo su sangre, me hace sentir completo. Me hace sentir que he hecho algo correcto."

"¿Sangre?" dijo Coyle. Su corazón se aceleró dentro de su pecho y se le congeló la sangre en las venas.

"Sí, Padre. He de derramar su sangre para que se les vea como los hombres que realmente son. Completos. Puros. Estrictamente de Dios."

"Hijo mío… me temo que no entiendo."

No hubo ninguna respuesta.

Al instante, las noticias sobre las tres muertes recorrieron la mente de Coyle. Costas, Tuttle, y ese pastor liberal, Woodall.

"Hijo, ¿eres tú—"

Ese fue el instante en que una fuerza estruendosa sacudió el

confesionario. La puerta del lado de Coyle zozobró y entró de golpe. Fue un sonido débil, como las ascuas chisporroteando sobre una hoguera. Estaba tan asustado del ataque en la puerta que le llevó un momento caer en la cuenta de que había un hombre detrás de ella, entrando al espacio que él ocupaba en el confesionario.

“También le he estado idolatrando a usted, padre,” dijo el hombre. “Lo siento, pero la verdad… es que se lo merece. Se merece la gloria…”

Antes de que Coyle pudiera abrir la boca para protestar, el hombre le golpeó con el puño derecho. Por un breve instante, Coyle vio que había algo en su mano, quizá un cilindro de monedas de veinte centavos o algún tipo de herramienta. Fuera lo que fuera, hizo que el puñetazo le diera la misma impresión que si le hubieran golpeado en la cara con un bate de béisbol.

El padre Coyle salió despedido contra el lateral del confesionario mientras unas estrellitas negras zumbaban a través de su campo de visión. Se le retorció el estómago y le explotó la cabeza de dolor.

Vio cómo la mano del hombre se retiraba hacia atrás, pero, gracias a Dios, perdió el conocimiento antes de que pudiera sentir su salvaje impacto.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Mackenzie se ve a sí misma delante de la casa en la que creció. Sube las escaleras del porche y ve un grupo de cuervos apiñados sobre los tablones. Cuando les espanta, ve que uno de ellos lleva puesto un crucifijo alrededor de su cuello negro. Suelta un graznido cuando Mackenzie entra a la casa y, mientras cierra la puerta, escucha cómo los cuervos retoman el vuelo.

Entra a la casa y allí está su madre, dormida en el sofá. La casa está envuelta en oscuridad, la única luz es el brillo de la televisión, que está pasando un programa de entrevistas de última hora. El anfitrión no dice nada, simplemente mira fija y estúpidamente hacia fuera de la pantalla como si estuviera esperando a que Mackenzie comenzara la conversación.

Pasa la televisión de largo y entra a la cocina. Intenta encender la luz de la cocina, pero los mandos no responden. Vuelve la vista hacia la sala de estar y ve que su madre ya no se encuentra allí. La puerta principal está abierta de nuevo y puede escuchar a los cuervos moviéndose por los tablones, aparentemente para decir que todo se acaba pagando.

Se vuelve a girar y mira hacia el fondo del pasillo. Es más largo que la versión real del mismo, extendiéndose por una distancia que resulta inverosímil. Comienza a caminar y al hacerlo, agarra su Glock.

No obstante, en vez de un arma de fuego, se encuentra con una biblia que está esperándole allí. Es solo que, donde suelen estar las palabras SAGRADA BIBLIA estampadas en oro o plata, su biblia dice ANTIGÜEDADES BARKER.

La sostiene delante suyo, bien cerca del pecho, y las páginas empiezan a caerse. A medida que cada una de ellas toca el suelo, suenan como una voz susurrante.

"Sal de aquí."

"Lárgate."

"Olvídate de esto."

"Date la vuelta."

Mackenzie lo ignora y continúa. Y, cuando finalmente llega al final del pasillo, con la Biblia que se ha quedado sin páginas por el camino, se

ve mirando fijamente la puerta del dormitorio de sus padres. Sabe lo que le está esperando al otro lado. Sabe lo que está a punto de ver, pero la abre de un empujón de todas maneras.

Esta vez las cosas son distintas. En vez de una cama, hay una cruz. Su padre está colgando de ella, y sigue con vida. Le mira con un gesto de sufrimiento.

"Bájame de aquí, por favor…"

Mackenzie tira la biblia y se da la vuelta hacia la sala de estar, pero ahí está su madre, bloqueando su paso. Sostiene una maza y una punta ridículamente larga. Le sonríe a Mackenzie y, cuando abre la boca para decir algo, solo sale el graznido de un cuervo.

Mackenzie abre la boca para gritar justo en el instante que su madre mueve la punta descomunal hacia delante, directamente hacia su garganta, con un grito que no suena como si fuera suyo sino más bien como el rugido de algún motor gigante que está impulsando el mundo en su rotación desquiciada.

***

Se despertó sobresaltada, cayendo en la cuenta de que el ruido de motor pertenecía al avión en el que se encontraba en ese momento. Respiró hondo, suprimiendo los escalofríos que le recorrían el cuerpo. Tenía que recordarse a sí misma donde estaba—que no era en el dormitorio que sus padres habían compartido en su día, sino sentada en un avión, de camino al estado donde estaba esa maldita casa.

Cuando su avión se empezó a deslizar por la pista de aterrizaje, Mackenzie comprobó su teléfono. Cuando conectó con el WiFi del aeropuerto, su teléfono se iluminó con las notificaciones. Solo la cantidad que apareció en pantalla ya era abrumadora, pero hizo lo que pudo por ponerse al día mientras el avión circulaba hasta su parada para dejar salir a los pasajeros. Tenía dos mensajes de Ellington, uno de Harrison, un mensaje de voz de Yardley, y once mensajes de email nuevos.

Los repasó en orden de importancia. Los dos mensajes de Ellington eran para decirle que, si no podía estar en el aeropuerto, uno de los agentes locales estaría allí para recogerla. El mensaje de Harrison era en respuesta al mensaje que ella le había enviado antes, para decirle que no había nada en el registro público que indicara que

el reverendo Tuttle hubiera atravesado grandes dificultades de ninguna clase durante el último año. Entonces escuchó el mensaje de voz de Yardley. Le pareció un tanto extraño y, quizás, solo un poco irrespetuoso.

“Hola,” decía Yardley. “Mira, McGrath me ha puesto al mando de este caso de las muertes de los líderes religiosos mientras estás en Nebraska. Si pudieras llamarme para informarme sobre tu viajecito a Florida, te lo agradecería mucho.”

Mackenzie no se molestó en responder a ninguno de los mensajes, mientras los pasajeros empezaban a sacar sus pertenencias de las cabinas superiores. Mackenzie era muy consciente de que todavía llevaba puesto el mismo conjunto que llevaba al bajarse del ferry hacía diez horas. Todavía podía sentir pequeños granitos de arena en sus zapatos. Por trivial que pudiera parecer, deseó tener al menos una muda de ropa que ponerse. No obstante, solo llevaba la bolsa con su portátil, sus credenciales del bureau, y nada más.

Se bajó deprisa del avión. Ahora que estaba en tierra y a unos instantes de encontrarse con Ellington, le parecía más real. Era más que una simple posibilidad, más que un simple sueño—que es lo que le había parecido mientras estaba en el aire. También quería ponerse a trabajar cuanto antes fuera posible para que el caso en DC no se escurriera de su mente. Todavía estaba bastante sorprendida de que McGrath hubiera dado el visto bueno para su viaje a Nebraska, especialmente tan cerca de su viaje a Florida, pero no estaba por la labor de cuestionarlo.

Cuando entró al aeropuerto por la puerta de embarque, se sintió aliviada al ver que, al final, había venido Ellington. Parecía cansado y un tanto aturdido pero la sonrisa que le brindó mientras se aproximaba a él era genuina. Se saludaron con un beso y un breve abrazo, como si lo llevaran haciendo toda la vida.

“No sé sobre qué estoy más confundida,” dijo Mackenzie. “Si sobre el hecho de que de buenas a primeras me quieran en este caso o que McGrath haya dado su permiso para ello.”

“No hay necesidad de estar confundida,” dijo Ellington. “Ven conmigo y verás. Tenemos que presentarnos en la oficina de campo de Omaha en media hora. Te pondré al día por el camino.”

Se apresuraron a salir del aeropuerto, sin necesidad de perder tiempo en colas ya que Mackenzie venía sin equipaje. Ellington le sacó

de allí para ir al aparcamiento más cercano donde se montaron en su coche de alquiler. Una vez dio marcha al motor, Mackenzie levantó la mano en un gesto de espera. Entonces se inclinó y le besó profundamente, de una manera que hubiera sido incómoda en el aeropuerto.

“Muy bien,” dijo. “Ahora ya puedes ponerme al día.”

Ellington sonrió y le dijo, “Espera un momento. Deja que recupere el aliento primero.”

***

Mientras circulaban por la carretera para después tomar un desvío que les llevaría a la autopista, Ellington pasó la mayor parte del tiempo hablando. Le informó con la atención por los detalles de un agente experto, pero con los ademanes de un hombre que estaba empezando a enamorarse de ella.

“Me pidieron que viniera porque Kirk Peterson había convencido a algunos agentes del FBI de que los asesinatos de vagabundos eran prácticamente idénticos a los de tu padre y del tipo más reciente de hace unos meses. La cuestión es que había absolutamente cero pruebas para confirmarlo. Esa es la razón de que McGrath eligiera enviarme aquí. Sin ninguna prueba o pistas sólidas, no queríamos sacarte de tu caso actual—o que te hicieras ilusiones con el caso de tu padre.

“No mucho más tarde de que te llamara la primera vez para decirte que no había nada que ver por aquí, hallaron otro cadáver. Este tenía cierta tarjeta de visita metida en su bolsillo de atrás.”

“Antigüedades Barker,” dijo Mackenzie.

“Bingo. El tipo no era más que un adicto, al que habían disparado en la nuca a corta distancia con un arma de poco calibre. Lo mismo de siempre, como con los demás vagabundos. Pero, en esta ocasión, habían dejado una pista. Un borrón en la tarjeta de visita. Se trataba de una huella dactilar, aunque solo parcial. Fue en ese momento cuando te llamé. Desde entonces, los chicos del equipo forense en la oficina de campo de Omaha han estado trabajando con una base de datos de casos para afinar la búsqueda. Recibí una llamada de teléfono en el momento que entraba al aeropuerto para recogerte. Encontraron la identidad perteneciente a la huella. Y es un tipo con una historia bastante terrible.”

“Entonces, ¿qué se está haciendo ahora mismo?” preguntó Mackenzie.

“En fin, el historial de este tipo es de lo mejor. Tiene dos acusaciones por violencia doméstica, hurtos menores, y además acaba de salir de la cárcel hace dos meses tras servir una sentencia de cinco años por conspiración para el asesinato. Así que se está organizando una fuerza de ataque. Tenemos su dirección. Y tenemos a alguien apostado fuera de su apartamento ahora mismo. Si sale y se va a alguna otra parte, le tenemos vigilado.”

“¿Y quieren que forme parte de esto?”

“No tuvieron elección,” dijo Ellington. “Insistí en ello. Y McGrath se puso de mi parte. Todos los que están participando en esto conocen la conexión con el asesinato de tu padre. No estarás al mando, pero tendrás todas las prerrogativas si se realiza un arresto. Si terminamos con esto, tú vas a ser parte de ello. Además… incluso McGrath se dio cuenta de que no hay nadie que sepa más sobre los asesinatos y toda la historia con Antigüedades Barker que tú. Es simplemente lógico hacerte venir.”

“¿Vamos ahora hacia allá?” preguntó Mackenzie.

“Vamos de camino a la oficina de campo y seguramente, saldremos de ella de inmediato. Si todo va bien, puede que todo este asunto esté concluido en una o dos horas.”

“Y pensar,” dijo Mackenzie, “que estaba paseando por la playa hace nueve horas.”

“Es cierto. Tienes que contarme el secreto para conseguir que McGrath te de permiso para hacer algo así.”

“Sí, pero creo que mereció la pena. El pequeño lugar de retiro que tienen en esa isla funciona bien, al igual que el hombre que lo dirige. No obstante, me dio una información que puede que se acabe convirtiendo en una pista considerable—o al menos en un recurso de lo más prometedor.”

“Hoy estás hecha toda una viajera,” comentó Ellington. “¿Estás segura de que puedes con esto?”

“Sin duda alguna,” dijo ella. “Solo me gustaría tener una muda de ropa limpia, o, al menos, el tiempo de darme una ducha.”

Ellington le sonrió y dijo, “si terminamos con esto, me encargaré personalmente de que te des una ducha. Y quizá, si no te importa, ¿te pueda echar una mano?”

“Veamos primero cómo sale esto.”

Mackenzie agradecía el gesto y la intención, pero ahora que se acercaban a la oficina de campo a toda prisa, Mackenzie empezaba a ponerse nerviosa.

¿Ha llegado ese día por fin? se preguntaba. ¿Es hoy el día que obtengo las respuestas que he estado buscando relativas a la muerte de mi padre?

El atardecer se imponía alrededor de Omaha al tiempo que sus nervios empezaban a conectarse. Cada una de las partes de Mackenzie sabía que había algo muy grande a unos instantes de distancia, pero todavía le costaba creer que había aterrizado en sus manos con tanta facilidad.

***

Ellington no había estado exagerando. En el momento que Mackenzie dio un paso dentro de la oficina de campo de Omaha, se le acercó un hombre vestido con un simple traje negro que llevaba un archivo abultado en su mano derecha. Parecía muy nervioso, como si estuviera a punto de tener un ataque de nervios con la anticipación de poner las cosas en marcha. Su cabello moreno y tupido estaba hecho un lío. Medía poco más de metro ochenta y tenía la compostura de un hombre que parecía estar siempre motivado, en movimiento para conseguir hacer alguna cosa.

“Agente White, soy Darren Penbrook, el encargado del caso. Me alegro de tenerte a bordo. ¿Ya te ha puesto al día el agente Ellington?”

“Así es,” dijo Mackenzie. “Sin duda alguna, agradezco tu permiso para que os acompañe.”

“Por supuesto, por supuesto,” dijo Penbrook, como si le importara un bledo. Por detrás de él, la sala central de la oficina de campo bullía de actividad. Vio a dos agentes estudiando un mapa de la ciudad en la pared detrás de una especie de corral.

“Salimos de aquí exactamente en cinco minutos,” dijo Penbrook,

haciéndole a Ellington y a ella un gesto con la mano para que le siguieran hacia el interior del edificio. “Vamos a ser nosotros y otros dos agentes. Tu amigo Kirk Peterson nos pidió venir con nosotros, pero se lo denegamos. Hay demasiado riesgo en esto.”

“¿Asumimos que el sospechoso es peligroso?”

“El sospechoso se llama Gabriel Hambry. Además de las acusaciones de abusos y de las conspiraciones para el asesinato que hay en su historial, también ha sido el sospechoso en dos ocasiones diferentes de presunto tráfico de armas a México. Aunque nunca hemos sido capaces de encasquetárselo a él, todas las pruebas indican que se trata de él. Y, si ese es el caso, pues sí—asumimos que tiene armamento pesado. Y cuando llegue el FBI llamando a su puerta…”

“Le sigo,” dijo Mackenzie.

Penbrook les llevó hasta una pequeña sala que había al fondo. Allí, otro hombre hablaba por teléfono, sujetándolo entre su oreja y su hombro para poder colocarse la funda de su arma en el cinturón. La funda transportaba una Sig 357 semiautomática. Al verla, Mackenzie se hizo mucho más consciente de su propia arma enfundada en su costado, un Glock 22 con el que había acabado haciendo migas.

El hombre terminó la llamada y se metió el teléfono al bolsillo. Dejó la mano fuera para estrechársela y se presentó.

“Mark O’Doul,” dijo. “Encantado de conocerte.” Entonces miró a Penbrook y asintió. “El sospechoso sigue en su apartamento. Por lo visto, está viendo la tele.”

“Muy bien,” dijo Penbrook. “Agente White, O’Doul nos va a acompañar y va a llevar la delantera cuando entremos. Entiendo que tienes una especie de apego personal a este caso, pero te pido que nos dejes a mí y a O’Doul encargarnos del lado técnico. Una vez tengamos a Hambry detenido, tienes mi palabra de honor de que serás la primera en interrogarle. Y, en fin… si resulta que echa a correr y nos ponemos a perseguirle… quizá haga la vista gorda si decides ponerte un poco dura.”

Mackenzie sonrió y asintió, consciente de que era mejor no responder de manera verbal a dicha declaración.

“¿Alguna pregunta?” preguntó Penbrook.

“¿A qué distancia está el apartamento de Hambry?” preguntó

Mackenzie.

“A una media hora, a las afueras en Plattsmouth,” respondió Penbrook. “O’Doul y yo iremos por delante con nuestro coche y vosotros nos seguiréis. Nuestra vigilancia dice que vamos a estar mejor posicionados aparcando en la calle al otro lado del edificio. Eso nos dará las mejores probabilidades de subir a la residencia de Hambry sin darle ningún tipo de aviso.”

Plattsmouth, pensó Mackenzie. A pesar de que ella solo había pasado a través de Plattsmouth cuando vivía en Nebraska, solo con escuchar el nombre de la localidad, Mackenzie se sintió como si hubiera recorrido el círculo completo—no en el sentido de haber regresado a casa, sino como si estuviera revisitando un fantasma del pasado que parecía haber estado esperándola desde tiempos inmemoriales.

“¿Ya tenemos una orden?” preguntó Ellington.

“La conseguimos hace unas tres horas. Dada la naturaleza de nuestra visita al señor Hambry, no es que vayamos a llamar a su puerta. La vamos a tirar abajo.”

Sin duda era un tanto juvenil por su parte, pero ese comentario final de Penbrook le resultó de lo más emocionante a Mackenzie. Se encontraba tan solo a unos instantes de concretar la pista más prometedora para descubrir lo que le había sucedido de verdad a su padre.

Y, por lo que a ella se refería, derribar las puertas por la fuerza resultaba de lo más adecuado.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El apartamento de Hambry formaba parte de uno de esos complejos abarrotados que parecían una fotocopia de cualquier otro edificio en la ciudad. Era la clase de complejo de apartamentos que se podían ver por todo el país: simple, un tanto mugriento, y sin duda del montón. Como eran poco más tarde de la diez de la noche de una noche de entresemana, todos daban por sentado que había buenas posibilidades de que Hambry estuviera en casa.

Mackenzie y Ellington se encontraron con Penbrook y O'Doul en el pasillo central del primer piso. La noche era tranquila y parecía que no hubiera ni un alma moviéndose en ninguna parte del edificio de apartamentos. A lo lejos en la distancia, un hombre paseaba a su perro. Por la parte de atrás del edificio, una mujer se reía a carcajadas de alguna cosa. No era más que otra noche como las de siempre. Mackenzie intentó recordarse esto a sí misma. Era demasiado fácil emocionarse sobre lo que podría suceder en la próxima hora. Por eso, recordarse a sí misma que lo que estaba a punto de hacer era otra parte rutinaria de su trabajo le ayudaba a centrarse.

No en esta ocasión. En ese momento, de pie con los otros tres agentes, tenía la sensación de que una gran parte de su carrera profesional estaba vinculada con lo que estaba a punto de suceder.

"Hambry vive en el apartamento número trescientos seis," dijo Penbrook. "O'Doul y yo iremos por delante. Quiero que vosotros dos esperéis tres segundos y entonces vengáis por detrás. Si lo hacemos correctamente, es un arresto sencillo. Entramos y salimos y regresamos a la oficina. ¿Alguna pregunta?"

Ellington sacudió la cabeza. Mackenzie hizo lo mismo, aunque en su cabeza estaba prácticamente gritándole a Penbrook que pusiera en marcha el espectáculo de una vez.

Quizá sintiendo su anticipación, Penbrook empezó a descender por el pasillo que llevaba al primer tramo de escaleras. Las escaleras eran sencillas, sin recubrimiento o alfombras de ninguna clase. Sus pisadas resonaban como ecos vacíos, como si fueran breves acordes de bajo de un estéreo en un coche que pasaba por allí. Avanzaban a un ritmo entre el paso rápido y la carrera cuando llegaron a las escaleras del tercer piso.

Se mantuvieron pegados a la pared mientras corrían por el pasillo

abierto. Las luces callejeras iluminaban el camino desde abajo, con sus sombras pisándoles los talones mientras, uno por uno, desenfundaron sus armas.

O'Doul levantó la mano para que se detuvieran. Los cuatro estaban posicionados contra la pared entre los apartamentos 305 y 306. O'Doul esperó un segundo de pie junto al marco de la puerta de Hambry. Entonces levantó tres dedos. Mackenzie observó como bajaba esos dedos uno por uno, en una cuenta atrás hasta el momento en que arremeterían contra la puerta.

Tres…dos…uno.

Con un movimiento casi como de resorte, O'Doul dio un paso atrás, giró sobre sí mismo, y entonces levantó el pie. Lanzó una robusta patada que sugería que había hecho esto más de un par de veces. Incluso sin ser capaz de ver el resultado, Mackenzie supo que la puerta se había abierto de par en par. Observó mientras O'Doul y Penbrook entraban el uno detrás del otro. Ellington se giró hacia ella, contó hasta tres en voz baja, y entonces entraron ellos también.

Mackenzie entró con su Glock apuntado hacia la izquierda, completando la alineación diseminada que habían comenzado los otros tres agentes.

Pero no se quedó en esa posición mucho tiempo.

La visión que tenía delante era sencillamente demasiado espeluznante. Le resultaba difícil mantener su compostura al tiempo que examinaba la sala de estar, a la que daba la puerta del apartamento.

Había un hombre sentado de perfil en una butaca reclinable. No se movía. No solo eso, sino que la butaca estaba empapada de sangre. Había salpicaduras de sangre por toda la pared. Mackenzie dio un paso adelante. Sabía que podía estar sobrepasando sus límites, pero se puso delante de Penbrook, arrimándose junto a O'Doul. Cuando se inclinó para echarle una buena ojeada al hombre, solo era mínimamente consciente de cómo Ellington y Penbrook estaban avanzando dentro del apartamento para examinar las demás habitaciones.

Mackenzie se encontraba ahora directamente delante del hombre. En base al breve archivo que había visto sobre Gabriel Hambry en la oficina de campo de Omaha, no cabía duda de que se trataba de él. Y mientras permanecía de pie delante de él, mirándole, la situación no

hizo sino empeorar.

A Hambry le habían disparado en la nuca. Sin un examen en profundidad, Mackenzie estaba bastante segura de que la bala había procedido de un arma de pequeño calibre. Aun así, a quemarropa, había provocado graves daños.

Aunque, francamente, Mackenzie no estaba mirando en tanto detalle la herida de bala o la cantidad de sangre que había causado. Estaba más interesada en el artículo que habían colocado en la camisa de Hambry con un imperdible.

Una tarjeta de visita.

La sangre la había salpicado casi por completo, pero era muy fácil leer el nombre de la compañía que estaba impreso en la parte delantera.

Antigüedades Barker.

"¿Qué diablos?" susurró O'Doul a su lado.

"Quienquiera que sea, está jugando con nosotros," dijo Mackenzie. Deseaba con todas sus fuerzas enfadarse, sentirse llena de furia por haber dejado que le restregaran la cara por todo este lío. En vez de ello, y por mucho que odiara admitirlo, lo cierto es que estaba bastante asustada.

Ellington y Penbrook regresaron a la sala de estar. Ellington no perdió ni un minuto en acercarse a ella al ver la mirada de conmoción y confusión en su cara. Soltó una profanidad muy pronunciada cuando pudo ver la situación por sí mismo.

"¿Entonces Hambry no era más que un peón?" preguntó Penbrook.

"Eso parece," dijo Mackenzie. Quería romper la tarjeta de visita de la camisa de Hambry, pero la mera idea de tocarla le ponía enferma.

"¿Pero para qué diablos?" preguntó O'Doul.

"La última vez que vi una de esas tarjetas de visita," dijo Mackenzie, "fue en el limpiaparabrisas de mi coche. En la parte de atrás, alguien había escrito 'Deja de buscar.' Supongo que esto no es más que otro aviso."

“Pero el caso está cerrado, ¿verdad?” dijo Penbrook. “Quiero decir, hasta que tuvo lugar este último asesinato y entonces los vagabundos que tu amigo Peterson cree que están vinculados… ¿por qué resurgiría de nuevo? Estamos hablando de qué… ¿veinte años de silencio y ahora esta mierda?”

“Es una buena pregunta,” dijo Mackenzie.

“Dios, esto es horrible,” dijo O’Doul, obligándose a sí mismo a desviar la mirada del cadáver de Hambry.

“Llamaré a comisaría,” dijo Penbrook. Volvió la vista hacia Mackenzie y Ellington. “¿Qué hay de vosotros dos? ¿Necesitáis algo más antes de que esto se llene de gente?”

“No,” dijo Mackenzie con sequedad. Y entonces, sin decir ni una palabra más, giró la cabeza y salió del apartamento.

***

Mackenzie estaba tan abrumada de emoción cuando regresó al coche que estaba literalmente temblando. Estaba asustada, estaba molesta, y jamás en la vida se había sentido tan derrotada. Y, para empeorar las cosas aún más, sabía que al otro lado del país, había un caso esperándola para el que todavía no tenía ninguna pista. Ni una maldita pista.

No lloraba a menudo—y decidió que tampoco lo haría ahora—pero sentía el picor de las lágrimas de frustración que querían ser liberadas. Tensó las manos en forma de puños duros, con sus uñas clavándose ligeramente en su carne.

Escuchó pisadas por detrás de ella. Con la certeza de que era Ellington que venía a ver cómo estaba, hizo lo que pudo por suprimir el remolino de emociones. Se aguantó la respiración por un momento, apretó todavía más los puños, y después lo empujó todo hacia sus adentros.

Y esa es la razón de que vayas a acabar gastándote una fortuna en terapia cuando te retires, pensó para sí misma.

“Hola,” dijo Ellington, acercándose a ella. Extendió su mano para tomar la de ella, pero Mackenzie no le correspondió.

Sacudió la cabeza y vio que le resultaba difícil mirarle a la cara. “Este asunto me está volviendo loca,” dijo. “Hace cinco minutos, antes de que entráramos ahí, estaba emocionada. Estaba que me salía de ganas de llegar allí y terminar con toda esta historia—con mi padre y su asesino. Con las tarjetas de visita, pero ahora… es distinto. Este cabrón está jugando conmigo.”

“Por tanto, tú y yo nos quedamos aquí,” dijo Ellington. “Creo que McGrath dará el visto bueno. Nos quedamos aquí y tú y yo hacemos lo que podamos para cerrar este caso.”

Esta vez, Ellington le tomó la mano casi a la fuerza. Le dio un apretón reconfortante. Y a pesar de que Mackenzie podía ver cómo quería acercarla más a él, Ellington sabía que a ella no le gustaba el tacto físico o la intimidad cuando se sentía angustiada. Le reconfortaba el corazón ver como él sabía eso y lo estaba respetando.

“No,” dijo, sacudiendo la cabeza. “tengo que cerrar el caso del sacerdote. No voy a dejárselo a otro agente.”

“Ya tiene a Yardley en ello,” dijo Ellington. “Es bastante lista.”

“Ya lo sé, pero… tengo que hacerlo. Tengo que—”

“Lo sé,” dijo Ellington.

Y Mackenzie estaba bastante segura de que realmente lo sabía. Sabía que ella no podía dejar nada a medias. Tenía que cerrar el caso que le estaba esperando de vuelta en DC.

Lo que quizá no supiera Ellington, sin embargo, era que, una vez estuviera solucionado, tenía la intención de poner todo su tiempo, su concentración y su energía en el caso de su padre y nada más.

Después de esta noche, no tenía elección.

Quienquiera que estuviera detrás de esto, le había obligado a reaccionar. Y Mackenzie se iba a encargar de que el cabrón tuviera su merecido.

No obstante, antes tenía que enterarse de todo lo que pudiera en Nebraska. Y eso significaba que tenía una parada más por hacer.

“¿Tienes el número de Kirk Peterson?” preguntó.

“Sí,” dijo Ellington. “Pero no es alguien con quien se pueda

contar."

Esto le resultó extraño porque, en base a lo que recordaba sobre él, Peterson era un tipo bastante espabilado—entregado a su trabajo y un sabueso en cuestión de detalles.

"Necesito hablar con él antes de volver a casa," dijo.

Ellington pareció considerar esto durante un momento. Al final, sacó el número, lo marcó por ella, y le pasó el teléfono. Cuando empezó a sonar en su oído, no pudo evitar darse cuenta de que Ellington parecía preocupado por algo.

No le hace gracia que llame a Peterson, pensó Mackenzie.

Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de preguntarse por qué, Peterson respondió al teléfono y se hizo demasiado tarde como para hacer preguntas.

CAPÍTULO VEINTE

Cuando Ellington aparcó el coche en el aparcamiento de Waffle House donde Peterson les había pedido que se encontraran, el lugar estaba bastante tranquilo. Eran casi las 10 de la noche y el lugar estaba bastante vacío. Antes de que se bajaran del coche, Ellington le puso una mano en el hombro, indicándole que quería que esperara un poco.

"Hay algo que debo decirte antes de que entremos ahí," dijo.

"¿De qué se trata?"

"No sé cómo recuerdas a este Peterson, pero le ha sucedido algo desde la última vez que le viste. El tipo me parece un tanto extraño, pero me imaginé que sería alguna excentricidad de detective o algo parecido. Entonces escuché algunas cosas que comentaban algunos agentes que han trabajado con él. Dicen que se ha vuelto oscuro. No es que se haya vuelto un bala perdida, pero como en un sentido gótico. Se muestra muy sombrío y callado."

"No es así como le recuerdo."

Ellington se encogió de hombros. "Entonces, supongo que está bien que te lo comentara. Solo hablé dos veces con él desde que llegué aquí y se mostró cooperativo y todo eso. Es solo que… no sé. Hay algo en él que me repulsa."

"Muy bien. Ya me has avisado. Ahora pongámonos en marcha."

No dijo nada más, aunque era evidente que quería hacerlo. Salieron del coche y entraron al aroma de gofres dulces y de sirope. Peterson estaba sentado a solas en una mesa. Tenía el aspecto de un hombre que no había dormido en años, como si fuera a presentarse a una audición para un papel de vampiro en una película de miedo teatral.

Por extraño que le pareciera, su estado le hizo acordarse de su hermana pequeña, Stephanie. Con su actitud taciturna, casi resultaba atractivo y misterioso—la clase de hombre que rayaba en lo gótico y que solía volver loca a Stephanie.

Stephanie, pensó. Dios mío, ni siquiera he pensado en ella una vez en unos mil años.

Les saludó con un leve gesto de reconocimiento mientras se acercaban a la mesa para sentarse. “Me alegro de verte de nuevo, White.”

“Lo mismo digo,” respondió mientras Ellington y ella se sentaban. “Odio parecer mandona, pero me gustaría regresar a DC cuanto antes, así que la verdad es que no tengo mucho tiempo para formalidades.”

“Me parece muy bien,” dijo Peterson. “Este maldito caso me está volviendo loco y ya estoy harto de hablar de ello. De lidiar con ello. Qué sé yo. Ahora el bureau está metido de lleno en el asunto, de todos modos. Creo que ya puedo soltarlo.”

“Esa es la cuestión,” dijo ella. “Sé cómo funciona el bureau. Por eso quería hablar contigo. Sé que tienes una ética de trabajo distinta a la del bureau. Por tanto, esperaba que me pudieras hablar de los posibles vínculos entre los casos de los vagabundos en que has estado trabajando, mi padre, y esas malditas tarjetas de visita.”

“Lo sé, ya escuché en el escáner que había otra en el domicilio de Hambry,” dijo Peterson. “Prueba irrefutable de que este caso me supera con creces.”

“¿Cómo así?” preguntó Mackenzie.

“Bueno, porque no hay punto final. Me recuerda a una de esas teorías de la conspiración donde, cuando más escarbas, más preguntas te surgen. La madriguera no hace más que ahondar.”

“¿Y cómo empezó toda esta cooperación entre vosotros dos?” preguntó Ellington.

“Hace casi un año, vine aquí cuando Peterson estaba trabajando en un caso sobre… demonios, casi no lo recuerdo.”

“Bueno, inicialmente se trataba de una cuestión doméstica,” recordó Peterson. “Una señora quería que espiara a su marido—un tipo llamado Jimmy Scotts. Pensaba que le estaba engañando y gastándose los ahorros que habían guardado para la universidad de su hijo. Lo que descubrí es que estaba en tratos con un cártel de drogas de Nuevo México que no se anda con tonterías. Pero, antes de que pudiera hacer la llamada para comunicarle la noticia a su mujer, apareció muerto. Su mujer se lo encontró muerto en su dormitorio de dos tiros en la nuca. Estaba en casa cuando sucedió. No recuerda escuchar ningún tiro.”

“Mierda,” dijo Ellington, mirando a Mackenzie. “Como con tu padre.”

“Sí, pero sin ninguna conexión conocida en absoluto,” dijo Mackenzie.

“Yo tampoco encontré ninguna.”

“¿Entonces cómo encajan los vagabundos con los asesinatos de mi padre y de Jimmy Scotts?” preguntó Mackenzie.

“Los tiros a quemarropa en la coronilla. El mismo tipo de arma se utilizó cada vez. Y esas tarjetas de visita… había una en cada uno de los cadáveres.”

“¿De cuántos estamos hablando?” preguntó Mackenzie.

“De tres, hasta el momento. Confirmamos que dos de ellos estaban viviendo en las calles en el momento de su asesinato. El otro no estaba sin techo, pero era extremadamente pobre. Estaba tratando de recuperar una vida normal.”

“¿Alguna conexión entre los tres?”

“Nada sólido. Dos de ellos atendían la misma misión de caridad. Uno de ellos hizo un trabajo con el hermano de otro en el pasado para robar a una mujer a punta de pistola por los sesenta pavos que tenía en su cuenta. Pero nada más.”

“¿Te importaría enviarme todos los archivos del caso que tengas?”

Peterson se echó a reír. “Puedo, pero no es que haya gran cosa en ellos. La verdad es que no me molesté en tomar apuntes.”

“Perdona que te haga la pregunta,” dijo ella, “pero ¿qué te ha pasado? Pareces ser una persona diferente de la que eras cuando nos conocimos.”

“Supongo que lo era, pero este maldito caso… pudo conmigo. Me obsesioné, y tampoco ayudó para nada que el tercero de estos vagabundos asesinados fuera un niño de doce años.”

“Oh Dios mío,” dijo Mackenzie.

“Así que disculpa si no soy la alegría de la huerta.”

“Tranquilo,” dijo Ellington con dureza.

Los dos hombres se miraron desde lados opuestos de la mesa, examinándose mutuamente. Peterson fue el primero en alejar la vista —no porque se sintiera intimidado sino porque parecía aburrido.

“Sí, puedo enviarte lo que tengo,” dijo Peterson. “¿De verdad planean enviar aquí agentes de DC mientras los chicos de Omaha están al cargo?”

“No tengo ni idea,” dijo Mackenzie. “Pero sabes que este caso me toca muy de cerca. Te agradecería cualquier tipo de ayuda.”

“Desde luego,” dijo Peterson. “Ahora, no he comido en uno o dos días, así que tengo intención de cebarme a base de panqueques y crepes de nuez. Podéis uniros si queréis.”

Mackenzie casi acepta su oferta. Le seguía molestando el hecho de que al verle se hubiera acordado de Stephanie por alguna razón. Y había algo en él que parecía estar suplicando a gritos algo de interacción con otro ser humano. Claro que, al mismo tiempo, estaba muy claro que ya no era un admirador de la conexión humana.

“Gracias, pero tengo que montarme en un avión cuanto antes,” le respondió. “Gracias de nuevo por quedar conmigo.”

“Claro que sí. Te enviaré por email lo que tenga en cuanto regrese a casa.”

Mackenzie asintió mientras Ellington y ella se levantaban de la mesa. Se dirigieron de vuelta al aparcamiento, Mackenzie callada y en reflexión.

“Te lo dije,” dijo Ellington. “Algo le ha afectado de mala manera.”

“Tenías razón,” dijo ella.

Un niño de doce años, pensó. La misma gente que mató a mi padre es el tipo de gente que no tiene el menor problema en cargarse a niños.

Sin duda, le confería a este caso una nueva perspectiva.

Y mientras algo se retorcía por dentro de su alma, Mackenzie también se daba cuenta de que esto le daba una nueva motivación para entender qué demonios estaba sucediendo.

Claro que, primero…. había un buen lío esperándola en DC que


necesitaba desenredar.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Tomaron el vuelo nocturno de regreso a DC. El avión transportaba poca gente; menos de treinta pasajeros llenaban los asientos y la cabina estaba plácidamente silenciosa. Mackenzie se había permitido una cabezadita y cuando se despertó, vio que eran las 4:36 en su reloj. Pensó que podía haber tenido otra pesadilla, pero, si lo había hecho, apenas podía recordarla.

Qué alivio, pensó mientras se recolocaba con cuidado en su asiento. No estaba segura de dónde estaban, o qué ciudades asomaban entre la oscuridad allá abajo, y lo cierto es que no le importaba. En el aire, por encima del país y de todos sus problemas personales, se sentía casi libre.

No se había sentido así de tranquila desde que había descubierto la tarjeta de visita enganchada a la camisa ensangrentada de Hambry. Por supuesto, tampoco podía dejar de pensar en los vagabundos asesinados. Sobre todo, en el niño. Se preguntó si Peterson le habría enviado ya los documentos mencionados por email.

Por segunda vez desde su encuentro en Waffle House, Mackenzie se preguntaba cómo podía algo afectarle tan duramente a alguien. La primera vez que conoció a Peterson, le había resultado increíblemente atractivo, de buen carácter, y determinado. Pero, la obsesión con este caso y, aparentemente, el asesinato de esos vagabundos, le habían empujado hacia otro lado—algún lado oscuro. Ya había oído hablar antes de ello. En una ocasión, había leído un perfil de un policía retirado que había acabado por disparar a un niño de diez años en medio de un tiroteo en una transitada calle urbana. El policía no solo se había retirado; había acabado luchando con una grave depresión, había abandonado a su familia y, con el tiempo, había acabado suicidándose en una habitación de motel, metiéndose un arma terriblemente similar a su arma reglamentaria en la boca.

Mackenzie alejó este pensamiento y trató de reorientarse. Ellington estaba leyendo un libro de bolsillo que se había dejado un pasajero del vuelo anterior. Nunca dormía cuando volaba—otro pedacito de información del que se había enterado durante su tiempo como pareja. Le encantaba conocerle cada vez mejor e incluso ahora, sabiendo que tenía un día agotador por delante de ella en cuanto aterrizaran, estaba deseando vivir cada día con él.

“En fin, buenos días, preciosa,” dijo con una sonrisa.

“¿Dónde estamos?” preguntó ella, todavía algo adormilada.

“Por la última comunicación del capitán, deberíamos aterrizar en una media hora. ¿Cómo te encuentras? ¿Ayudó tu siesta?”

“Todavía no lo sé.”

Ellington asintió y dejó el libro de bolsillo sobre su rodilla, una vieja copia magullada de Vince Flynn.

“Mira,” dijo Ellington. “Pensé en decirte esto mientras todavía estás medio dormida, para que no te puedas enfadar mucho. Después de ver cómo te afectó lo de anoche, quiero acompañarte cuando te decidas a ir a por el asesino de Antigüedades Barker.”

“Pero no creo que sea—”

“Oh, lo siento,” dijo él, tomando su mano. “Estás equivocada. No era una pregunta. Simplemente te lo estoy diciendo para que nos podamos ahorrar la discusión más tarde. No tienes nada que decir. Ya sé que crees que eres la mejor y todo eso, pero esta es una de esas ocasiones en las que no voy a cambiar de parecer.”

Su tono y su sonrisa le hicieron caer en la cuenta de que todo esto provenía de un lugar amoroso. Hasta el comentario Ya sé que crees que eres la mejor.

“Pero esto no es—”

“Esta cosa… esta cosa entre tú y yo,” dijo Ellington. “Va más allá del dormitorio. Va más allá de este sentimiento que me voy a atrever a admitir que seguramente es amor. Estoy contigo en esto. Voy a ir contigo.”

“¿Crees que McGrath lo permitirá?” preguntó Mackenzie.

Tenía que admitirlo… le gustaba la idea de que Ellington estuviera a su lado cuando finalmente pudiera poner toda su atención en el caso del asesino de Antigüedades Barker. Tras charlar con Peterson, se dio cuenta de lo profundas que eran sus raíces. Tenía todo el sentido del mundo meterse en ello con un compañero en el que confiaba y con el que podía contar.

“Si no lo hace, siempre podemos amenazar con dejar el bureau,” dijo Ellington.

“Oh, claro, tú el adulador…”

Se inclinó y le dio un beso. Era increíble lo natural que resultaba, lo normal del gesto.

“Entonces, ¿cómo crees que está conectado Hambry?” le preguntó. “¿Alguna teoría?”

“Unas cuantas. Siempre hubo rumores infundados sobre mi padre envuelto en actividades sospechosas. Me pregunté para mis adentros si acaso una de las razones de que asesinaran a Jimmy Scotts hace unos meses fuera porque el hombre que mató a mi padre quizá formara parte de alguna cuestión generacional. Como, por ejemplo, un clan familiar que se desvió un poco demasiado. Quizá esté educando a la próxima generación para que continúe la tarea diabólica en la que estaba trabajando. Explicaría la distancia temporal entre la muerte de mi padre y el asesinato de Jimmy Scotts, creo yo. Y entonces, están los vagabundos…”

“¿Qué hay de ellos?” preguntó Ellington.

“En fin, no sé suficiente sobre los casos, pero que los vagabundos sean asesinados casi al estilo de una ejecución sugeriría algún tipo de actividad de bandas que seguramente estaría relacionado con drogas. O quizá simplemente alguien esté tratando de enviar un mensaje.”

“Pero ¿cuál? ¿Y para quién?”

“No lo sé. Quizá se trate de las dos cosas. Quizá, si mi padre estaba participando en algo que no quería que conociera su familia, estaba relacionado con drogas. O quizá hasta relacionado con armas. Hubo casos en aquella época de camiones de reparto que pillaron en la frontera, repletos de heroína, armas, de todo.”

Ellington lo consideró un momento y asintió con aprobación. “Sí, claro, supongo que es una teoría.”

“Y las teorías no son lo bastante sólidas,” dijo ella. “razón por la que estoy cambiando de marcha ahora. Cuando aterricemos, me voy a meter al cien por cien en este caso del sacerdote. Tengo que hacerlo. Tengo que conseguir algún tipo de avance o algo o me voy a volver loca.”

Con las manos agarradas, disfrutaron del zumbido silencioso del avión a medida que se acercaban al DC. Estaba bastante segura de que se había quedado dormida una vez más durante su aproximación,

envuelta en la seguridad de tener a Ellington a su lado. Un momento, estaba mirando a sus manos entrelazadas y al siguiente, se estaba despertando sobresaltada por el sonido del tren de aterrizaje haciendo contacto con la pista.

“Con todas esas siestecitas,” susurró Ellington en su oído, “seguramente tienes aliento de dragón.”

“No me he duchado casi en dos días y he viajado demasiado durante ese periodo de tiempo,” dijo ella. “El olor que tenga mi aliento es la menor de mis preocupaciones.”

Cuando se desataron los cinturones de seguridad para bajarse del avión, Mackenzie comprobó su teléfono. Del mismo modo que cuando había aterrizado en Nebraska, las notificaciones venían una tras otra cuando recuperó el servicio ahora que estaba en tierra.

Repasó primero los mensajes de texto y con el primero, ya tuvo suficiente.

“Maldita sea,” dijo.

“¿Qué sucede?” preguntó Ellington. El tono de su voz, sin embargo, indicaba que ya sabía de qué se podía tratar.

“Otro cadáver,” dijo ella. “Otro sacerdote.”

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Tras algún tiempo, la sensación de agotamiento no suponía más que una leve irritación para Mackenzie. Ahora sentía la falta de sueño de la misma manera que algunas personas lidian con un molesto dolor de cabeza que va y viene de vez en cuando. Cuando Ellington y ella entraron al aparcamiento que había en la parte de atrás de la Catedral de St. Peter, eran las 6:20 de la mañana y Mackenzie había disfrutado de unas seis horas de sueño en las treinta y seis horas pasadas. Había pasado por tiempos peores, pero el jet lag no hacía más que empeorar las cosas.

La escena que les aguardaba detrás de la iglesia era surrealista. Lo primero que notó Mackenzie fue el enorme toldo negro que se extendía desde la pared de la iglesia, estirándose como un metro hacia el aparcamiento. Tenía una altura de unos cuatro metros, doblado hacia el exterior como si fuera alguna decoración demoniaca para Halloween.

Se habían colocado una fila de caballos y de conos de tráfico para bloquear las entradas al aparcamiento trasero; Mackenzie y Ellington habían sido escoltados por la calle de acceso por un policía, ya que todas las calles que llevaban hasta el aparcamiento trasero de la iglesia habían sido bloqueadas.

Caminaron directamente hacia el toldo, donde Yardley y Harrison estaban hablando animadamente con un agente de policía. Harrison les vio primero, dio un codazo a Yardley, y apuntó en su dirección. Tras excusarse con el agente, Yardley, con Harrison pisándole los talones, se reunió con ellos delante del toldo.

“¿Qué es toda esta tienda de circo?” preguntó Ellington.

“Esta vez es horrible,” dijo Yardley. Su voz sonaba sombría y un tanto desanimada. “Tenemos a un equipo de camino para bajarle de ahí.”

“¿Bajarle?” preguntó Mackenzie.

“Echa un vistazo por ti misma,” dijo Yardley. Se echó a un lado para darles acceso sin obstrucciones al toldo.

La entrada no era más que dos lados del toldo que caían el uno sobre el otro. Ellington había dado en el clavo con su descripción.

Tenía exactamente el aspecto de una tienda de circo, solo que de una que había sido montada por un charlatán de feria especialmente trastornado. Tras un examen más de cerca, Mackenzie vio que habían construido el toldo con unos postes de acero que estaban atornillados a la pared trasera de la iglesia. Se trataba de un trabajo hecho a toda prisa, lo que indicaba que lo que les aguardaba bajo el toldo era lo bastante malo como para que el bureau lo quisiera ocultar del público a cualquier precio.

Se introdujeron bajo el toldo y fue como entrar a una extraña cámara subterránea. La única diferencia era que esta estaba iluminada por dos linternas pequeñas que habían colocado en el suelo. Estaban inclinadas hacia la iglesia, iluminando la grotesca escena que se apoyaba en la pared.

Habían colocado una cruz enorme contra la pared de atrás. Habían clavado a un sacerdote en ella de la misma manera que se habían expuesto a los otros tres. A este sacerdote le habían dispuesto de manera que estuviera en la misma posición que la figura de Jesucristo, hasta el detalle de la corona de espinas y la fina sábana blanca cubriendo sus partes privadas que se podía ver en todas las representaciones de la crucifixión.

Al pie de la cruz, había una camisa, un par de pantalones, una cartera, un paquete medio usado de Lifesavers, y treinta y seis centavos en monedas.

En silencio, Yardley y Harrison entraron debajo del toldo. Yardley se puso junto a Mackenzie y le habló en voz baja.

“Es el padre Wade Coyle,” dijo. “Cincuenta y un años de edad. Hemos hablado con otros miembros de la iglesia. Parece que hubiera estado aquí solo entre las cinco y las ocho de la tarde, posicionado en el confesionario que hay dentro.”

Mackenzie asintió, absorbiendo toda la escena. La parte superior de la cruz casi tocaba el techo del toldo. Los postes de madera eran masivos, y los pies de Coyle estaban suspendidos como a un metro por encima del suelo. Que alguien hiciera esto por su cuenta… resultaba casi imposible. Debía ser muy fuerte y contar con una gran determinación—y deberían contar con un plan muy claro que seguir.

Se acercó a la cruz y miró a Coyle. El corte en su costado derecho era mucho más evidente en esta ocasión. Lo cierto es que parecía que lo hubieran cortado salvajemente a propósito. Miró sus manos,

después sus pies; le habían clavado las manos y atado los pies, igual que a los demás.

Ahora ya son cuatro, pensó. Debería ser más fácil descifrar lo que es importante y lo que no lo es.

Repasó una lista mental mientras observaba el cadáver. Hizo todo lo que pudo para examinar cada pulgada—una tarea prácticamente imposible dado que sus pies estaban suspendidos a un metro del suelo.

La clase de puntas que están utilizando no nos llevan a ningún lado, pensó. El equipo forense no ha obtenido ningún resultado con ello. Lo mismo se puede decir del cable de empacar alrededor de los pies. Son demasiado comunes como para encontrar a quien haya podido comprarlos en cierto momento. Así que, básicamente, esto está descartado en lo que se refiere a encontrar una pista.

Vamos a tener que enfocarnos en la planificación. Para montar esta cruz y clavar a alguien en ella sin que nadie lo vea… el asesino tuvo que planearlo. Tiene que ser un conocedor de la iglesia y de la zona. Pero, para conocer todas las iglesias que están implicadas, sin duda está peinando la zona.

Así que va a ser una cuestión de averiguar cómo conoce el asesino a sus víctimas y las iglesias. Esto va a estar relacionado con vínculos y conexiones. Su capacidad para planear y llevar a cabo estos asesinatos sin ser visto por nadie ni dejar ninguna prueba—es demasiado cauteloso. Podíamos esperar a que cometiera un fallo, pero, para entonces… ¿cuántos más habrá matado?

Apenas se percató de que Harrison se acercaba lentamente por detrás suyo. Se quedó mirando al pie de la cruz, y a los artículos esparcidos que había allí.

“¿Entiendes el significado de estas cosas que hay esparcidas al pie de la cruz?” preguntó Harrison.

“Claro,” dijo Mackenzie, a medida que algunas de las historias que había escuchado en la escuela dominical le venían a la mente. “Cuando crucificaron a Jesucristo, los soldados y los testigos que estaban a sus pies echaron a suertes sus pertenencias.”

“Entonces, ¿debemos pensar que este tipo veía a Coyle como a Jesucristo?” preguntó Ellington.

“Creo que tenemos que tomarlo en consideración,” dijo

Mackenzie.

Alguien más se adentró bajo el toldo, entrando con menos discreción que Yardley y Harrison. Mackenzie se giró y vio a McGrath que se dirigía hacia ella casi a paso de trote. No parecía enfadado ni disgustado, sino más bien muy preocupado.

"Bueno," dijo, "consideremos esto lo más rápido que podamos. Se está cociendo una tormenta gigante al respecto. He recibido llamadas esta mañana que me están poniendo nervioso. Nos guste o no, este caso va a salir en la primera página de los medios nacionales. También tiene el potencial de ser uno de esos casos que resucita a los fanáticos religiosos. Y una vez salgan, también lo van a hacer los ateos airados y amargados. Se va a poner feo antes de que mejore. Os lo digo en serio."

"¿Qué clase de llamadas?" preguntó Mackenzie.

"Del vicepresidente, por ejemplo," dijo él. "Estuvo aquí ayer mismo para un servicio. Ayer. Y me dio la lata porque el bureau todavía no había atrapado a este tipo. Y también me dijo que hay mucha gente en el Capitolio que está preocupada con este caso."

"En otras palabras," dijo Mackenzie, "si no solucionamos esto enseguida, ¿también vamos a tener una debacle con los medios de comunicación y los políticos mientras trabajamos en ello?

"En resumidas cuentas, así es," dijo McGrath. "Pero escuchad… he venido aquí personalmente para hablar con los agentes White y Ellington. Vosotros, Yardley y Harrison, ¿podéis esperarme afuera? Os informaré lo mejor que pueda en un minuto."

Harrison comenzó a caminar hacia la salida, tan obediente como de costumbre. A Yardley le resultó más duro ponerse en movimiento. Mackenzie entendía su reacción; sentía que estaba en un segundo plano, lo que nunca era un buen sentimiento. Echó una última mirada a la escena antes de salir de allí y regresar al aparcamiento.

McGrath se acercó más a Mackenzie y Ellington. No creía que jamás se hubiera puesto tan cerca de ella. Resultaba un tanto intimidador.

"Escuchad. Tengo cierta información que no es secreta, per se, pero que podría hacer explotar algunas bombas en la Casa Blanca y en el Congreso. Y creo que puede ser información que podría servir para crear una pista. Acabo de recibir la información hace una hora.

Además de la llamada del vicepresidente, también he recibido llamadas de dos congresistas y de un senador. Gracias a esas llamadas, me he enterado de algo respecto al padre Coyle que no es precisamente del dominio público."

"Espero que no se trate de más escándalos de abusos o conductas sexuales inapropiadas" dijo Mackenzie.

"No, esta vez no," dijo McGrath. "Ya he escuchado la misma historia de dos fuentes diferentes, y confío en ambas. Por lo visto, Wade Coyle tenía un conflicto de primera clase con un hombre que casi entra a formar parte del personal de St. Peter como diácono. Rechazaron a este hombre en el último momento—literalmente, dos semanas antes de que le nombraran diácono aquí. Y la noticia vino directamente de Coyle. Hubo algunos encontronazos en las redes sociales entre ellos dos, en los que Coyle sabiamente dejó de participar. Pero entonces hubo un altercado fuera de la casa de Coyle hace poco más de tres semanas. Por lo que tengo entendido, el altercado ocurrió unas dos semanas después de la negativa. Al menos doce personas del vecindario fueron testigos."

"¿Cuál es la conexión con la gente que te ha llamado?" preguntó Ellington.

McGrath sacudió la Cabeza. "No puedo meterme en esos detalles. Lo máximo que os puedo decir es que hay ciertos escándalos que la iglesia católica se ha esforzado por mantener enterrados. Y a veces necesitan algo de ayuda para hacerlo."

"¿Y tenemos un nombre para ese diácono rechazado?" preguntó Mackenzie.

"Sí," dijo McGrath. "Y quiero que vosotros dos—y solo vosotros dos—seáis lo más discretos que os sea posible al respecto. Haced lo que tengáis que hacer en cuanto os vayáis de aquí. Quiero que solamente vosotros dos habléis con este hombre y entonces, por lo que a mí respecta, tenéis toda la libertad del mundo. Haced lo que podáis para solucionar este caso antes de que se convierta en una pesadilla todavía más grande."

"¿Cuánto tiempo cree que tenemos?"

McGrath se encogió de hombros. "Diría que dos días. Quizá tres, pero ya sería demasiado. Ya sabéis cómo circulan las noticias por estos lares—sobre todo, las malas noticias." Suspiró y susurró la siguiente frase. "El diácono rechazado es un hombre que se llama Colton

McDaniel. Os enviaré su dirección en unos cuantos minutos. Y en serio… después de ese mensaje, guardad silencio. Ponedme al día cuando sea necesario, pero os vais a convertir en sombras. ¿Entendido?”

“Sí señor,” dijo Mackenzie.

“¿Cómo fueron las cosas en Nebraska?” preguntó McGrath.

“Frustrantes,” dijo Ellington.

“Hay más preguntas que otra cosa,” dijo Mackenzie.

McGrath lo dejó pasar y se encogió de hombros. “Pediré un informe de la oficina de campo de Omaha. Por ahora, poneos en marcha. Cuento con vosotros. No me decepcionéis, ¿de acuerdo?”

Dicho eso, McGrath se giró sobre sí mismo para marcharse.

“Ninguna presión, ¿verdad?” dijo Ellington, extendiendo la mano para darle un apretón a Mackenzie.

“Correcto. Nada de presión.”

Salieron caminando de debajo del toldo. A medida que regresaban a la mañana, con el sol empezando a proyectar luz en el aparcamiento trasero, se le permitió la entrada a la escena a un camión. La pequeña grúa en su remolque mostraba su intención—era el equipo que bajaría a Coyle y a la cruz.

Mientras Ellington y ella se apresuraban a regresar a su coche, Mackenzie pudo divisar a Yardley y a Harrison. Yardley estaba observando cómo se marchaban, haciendo lo posible por no parecer celosa. Intercambiaron un leve gesto de reconocimiento cuando Mackenzie se metió al asiento del pasajero.

“Ellington,” dijo ella. “Ya sé que tenemos prisa, pero la verdad es que necesito una ducha. Y café. ¿Podemos hacer que ambas cosas sucedan en la próxima hora?”

“Claro,” dijo él. “La verdad es que apestas un poco.”

Y ni siquiera esa pequeña bromita sirvió para elevarle el espíritu. Estaba demasiado ocupada concentrándose en el comentario que les acababa de hacer McGrath.

Cuento con vosotros. No me decepcionéis…

Nunca antes había expresado tal desesperación y ahora que él había mostrado un atisbo de vulnerabilidad, Mackenzie no pudo evitar sentir que iba a acabar haciendo exactamente eso.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Pasaron por su apartamento y fueron muy profesionales al respecto. Mientras Mackenzie se daba una ducha y se permitía un solo minuto para relajarse bajo el agua, Ellington preparó el café. Mackenzie se secó con una toalla, se vistió, y encontró una taza de café humeante esperándola.

“Que Dios te bendiga,” dijo ella.

“No hay de qué. Oye… me he metido en Twitter, para echarle un vistazo a la conversación entre Coyle y McDaniel. Es bastante interesante, la verdad.”

“¿Alguna cosa que apuntara al motivo?”

“No. Simplemente el rechazo en sí mismo. Aunque estoy viendo pistas en la cuenta de Coyle de lo que podía haberse tratado el asunto. Algo sobre su pasado que podría interferir con sus deberes como diácono. Por supuesto, todo es algo confuso. Estaba tratando de ser profesional sin llamar a McDaniel por su nombre.”

“Bueno, a lo mejor McDaniel se sincere sobre su pasado cuando se entere de que han asesinado a Coyle.”

“¿Cómo sabes que McDaniel no es el asesino?”

“Oh, no lo sé. Puede que lo sea. Pero no voy a llegar a esa conclusión precipitadamente basándome solamente en una pelea en Twitter.”

“Me parece bien,” dijo él, mirando a su reloj. “Si salimos ahora, probablemente podamos llegar a su casa antes de que empiece la hora punta de la mañana… casi con certeza antes de que se vaya al trabajo.”

Mackenzie asintió y agarró el café, ya de camino hacia la puerta. “¿Qué es lo que hace de todas maneras? ¿Lo sabemos?”

“Es propietario de una pequeña compañía de jardinería. Solo lo hace a tiempo parcial, por lo que puedo decir. Está escribiendo un libro por su cuenta.”

“¿Sobre qué?” preguntó ella.

“El misticismo de la Nueva Era y sus efectos en las religiones occidentales.”

“Quizá eso sea un atisbo a ese pasado escabroso al que se refería Coyle,” sugirió Mackenzie. Y mientras salían las palabras de su boca, algo en ellas le resultó correcto.

Quizá se trata de eso, pensó. Quizá fuera simplemente que se sentía revitalizada por la ducha, pero tenía la mente más clara, y su esperanza de hacer progresos en el caso era más alta. Quizá esta sea la pista que hemos estado buscando.

Con el café en la mano y una motivación restaurada empujándole, salió por la puerta detrás de Ellington a una mañana que esperaba que por fin produjera algunos resultados.

***

Llegaron bastante rápido, pero pillaron por los pelos a Colton McDaniel antes de que se marchara al trabajo. Vivía en una subdivisión de buena reputación a veinte minutos del Capitolio. Era una casa pintoresca con un jardín bien cuidado, resultado de su profesión. Cuando Ellington aparcó el coche delante de su casa, McDaniel estaba cargando una desbrozadora en el maletero de la pequeña camioneta de trabajo que tenía un letrero a un costado que decía McDaniel Landscaping.

Colton McDaniel parecía tener unos cuarenta y cinco años más o menos. Estaba ligeramente obeso y tenía las mejillas ligeramente saltonas que, una década antes más o menos, le podían haber dado un aspecto más juvenil del real. Ahora, sin embargo, parecían indicar que le habían caído unos kilos de encima al hacerse mayor.

En el momento que McDaniel les vio bajarse del coche, soltó una profanidad. Entonces cerró de un portazo la parte trasera de la camioneta y volvió la vista al cielo.

“¿FBI?” dijo.

“Sí,” dijo Ellington. “Agentes Ellington y White. Parece molesto, señor, y no muy sorprendido de vernos.”

McDaniel se encogió de hombros. “Recibí una llamada hace veinte minutos. Sé lo de Wade. Entonces, como hace cinco minutos,

recibí otra llamada. De un programa de noticias, preguntándome si tenía algo que decir.”

Guau, se están moviendo deprisa, pensó Mackenzie.

“¿Y se ha enterado de los otros tres líderes religiosos que han aparecido en las noticias durante la última semana más o menos?” preguntó Mackenzie.

“Así es. Nadie va a salir a la palestra a admitirlo, pero hay una corriente subterránea de miedo absoluto recorriendo la comunidad religiosa de esta ciudad en este momento. Así que… lo sé.”

“Supongo que no hace falta decir que nos gustaría hacerle unas cuantas preguntas,” dijo Mackenzie.

“Tanto como eso, me lo imagino. Claro que, no sé cómo puedo ayudarles. A menos que estén aquí para ver si nuestro pequeño altercado delante de su casa me enfureció de tal manera que decidí matarle. Si es eso por lo que están aquí, sí que puedo ayudarles. No lo hice yo.”

“Cuéntenos qué pasó con ese altercado delante de su casa,” dijo Mackenzie.

“Fue muy estúpido por mi parte, pero… trabajé muy duro para llegar adonde lo había hecho. Dediqué mi tiempo y mi alma a Dios. Estaba emocionado. Sentí que por fin había encontrado la misión de mi vida—trabajar por todo lo que había hecho mal en mi pasado. Y entonces Coyle y quienquiera que tome las decisiones en St. Peter se asustaron y me dieron con la puerta en las narices. Es más que rechazo, raya en lo desmoralizante. Así que fui a su casa para decirle lo que pensaba. Terminamos en el patio delantero porque no me invitó a entrar. Y las cosas se pusieron calientes.”

“¿Qué hizo en el pasado que fuera tan malo como para que decidiera dedicar su vida a la iglesia?” preguntó Mackenzie.

“Me metí de lleno en las enseñanzas de la Nueva Era,” dijo él. “Durante un tiempo, hasta jugueteé con Wicca. Era un joven perdido, en busca de respuestas en cualquier lugar que no fuera el catolicismo al que me encadenaron mis padres cuando era niño.”

“¿Y eso le molestaba a Coyle?”

“No, al principio no. He estado trabajando en un libro sobre ello.

Sobre cómo la llegada de las tonterías de la Nueva Era resultan más dañinas para la cristiandad de lo que pensamos. He estado paseando mi discurso para venderlo y por fin conseguí un agente. Ese agente me consiguió un acuerdo para escribir un libro bastante rápido y creo que eso fue lo que asustó a Wade. Pensar que un hombre dentro de su iglesia estaría asociado con un libro repleto de temas controvertidos, aunque todo fuera para promover la gloria de Dios. Le asustó y me negó la entrada."

"¿Tienes intención de buscar una posición como diácono en alguna otra parte?" preguntó Mackenzie. Se sentía un poco ignorante, sin saber cómo funcionaba el proceso.

"No lo sé," dijo McDaniel. "Si ya tengo a periodistas llamándome para hablar de su muerte, no creo que mi nombre tenga buena reputación. Esto tiene el potencial de arruinarme."

Está demasiado preocupado por la llamada de los periodistas, pensó. Está más preocupado por los periodistas y los periódicos que por el hecho de que haya aparecido el FBI en la puerta de su casa.

Mackenzie estaba bastante segura de que tendría una coartada, pero lo preguntó de todas maneras: "Señor McDaniel, ¿dónde estuvo anoche?"

"Hasta la medianoche, estuve en el garaje arreglando esta desbrozadora," dijo, apuntando su dedo pulgar a la parte de atrás de su camioneta. "Después de eso, me fui a la cama. Mi hijo puede confirmarlo porque estaba haciendo de las suyas tratando de jugar con su Xbox después de la medianoche. Le grité un poco sobre ello."

"¿Y está en casa?"

"No. Tomó el autobús para ir a la escuela unos diez minutos antes de que llegaran aquí."

No es que importe, pensó Mackenzie. No es nuestro tipo.

"Gracias por su t—" comenzó a decir, pero le interrumpió el sonido de su teléfono móvil.

Vio cómo aparecían el nombre y el número de Harrison, así que se disculpó dándose la vuelta y dirigiéndose hacia el coche.

"Hola, Harrison, ¿qué pasa?"

“Donde quiera que estéis Ellington y tú, daos la vuelta y venid a la comisaría del tercer distrito.”

“¿Por qué? ¿Qué ha pasado?”

“Algunos en este caso dirían que un milagro,” bromeó Harrison. “Tenemos a nuestro hombre. Tenemos al asesino.”

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Había dos agentes de policía esperándoles cuando llegaron y Mackenzie supo al instante con toda certeza que estaban tan confundidos como ella misma. Sin embargo, dieron la impresión de parecer levemente aliviados cuando Ellington y ella se bajaron del coche.

“¿Qué diablos está pasando?” preguntó Mackenzie al agente que les estaba acompañando por la izquierda.

“Un tipo vino esta mañana y lo confesó todo.”

“¿Hay alguna prueba en contra de él?”

“Sabe más de lo que debería sobre las escenas del crimen,” dijo el agente. “Francamente, yo no sé tanto como él. Solo hay unos cuantos agentes y un detective en esto. Dos de los vuestros aparecieron hace unos veinte minutos.”

Los agentes les escoltaron hasta la central del Tercer Distrito y después se movieron con rapidez. Caminaron a través de una zona en forma de patio y después pasaron un recibidor. Al final del recibidor, había varias personas en movimiento. Dos de ellas iban vestidas con trajes que les delataban como agentes del FBI: Harrison y Yardley.

Los dos agentes que les habían escoltado se despidieron con un leve gesto de la mano y se apresuraron a regresar por el recibidor hacia el patio. Por lo visto, estaban muy ansiosos por alejarse lo más posible de esta escena. Mackenzie y Ellington procedieron hacia el pequeño grupo de gente al final del pasillo. Más allá de ellos, había un giro a la izquierda.

Las salas de interrogatorios, asumió Mackenzie.

“¿Qué sabemos de él?” preguntó Mackenzie a Yardley cuando se reunieron con los otros dos agentes.

“Todavía me estoy poniendo al día. Estamos recibiendo actualizaciones tan rápidamente como las puede enviar el bureau. Los agentes de aquí están haciendo lo que pueden con los historiales públicos. Por el momento, sabemos esto: a las siete cuarenta y cinco de esta mañana, Joseph Simmons atravesó la puerta principal de esta comisaría y empezó a gritar que necesitaba ser castigado. Que no

podía soportarlo más. Alguien intentó acercarse a él y calmarle—una mujer que acababa de salir de su turno—y le dio un puñetazo en la mandíbula. Lleva detenido en custodia como una hora y parece saber una cantidad increíble de cosas sobre los casos de los sacerdotes. Y odio decirlo, pero es que él… no lo sé. Parece estar loco.”

“¿Has hablado tú con él?” le preguntó Mackenzie.

“Como unos tres minutos, pero entonces mi teléfono empezó a explotar con información que el bureau me estaba enviando sobre él así que salí de la sala. A propósito, todo lo que he recibido, te lo he enviado también a tu dirección de email.”

“Gracias,” dijo Mackenzie. Se alejó levemente de la multitud congregada y los murmullos de su conversación. Abrió su cuenta de email y se encontró con los dos mensajes que le acababa de enviar Yardley en la última media hora y los leyó por encima. Poco a poco, las cosas empezaban a ponerse en su sitio. Puede que la manera en que habían atrapado a su asesino fuera un tanto anticlimática, pero al menos, parecía que ya le habían atrapado… de un modo u otro.

Leyó los PDFs que le había enviado el bureau y se formó rápidamente una clara imagen de Joseph Simmons.

Después de admitir que se había escapado de casa a los quince años, había vivido en las calles de Richmond, Virginia, hasta los veintiún años. Con unos cuantos trabajos manuales en granjas y obras de construcción durante unos pocos años, se las arregló para hacer suficiente dinero como para cuidar de sí mismo, y con el tiempo acabó consiguiendo un trabajo estable en un taller de Richmond. A los veintiocho años, se mudó a DC, donde se convirtió en un aprendiz de seguridad de sistemas y después en ayudante del manager en un almacén de paquetería. Era una historia estupenda sobre cómo salir de las peores circunstancias… si no fuera por la parte en que Simmons pareció desviarse un poco del camino recto hace tres años.

Le habían arrestado hacía tres años fuera de un bar por golpear a una mujer. Entonces le había golpeado al novio con un ladrillo, que casi acabó enviándole al hospital. Pasó una breve temporada en prisión por la agresión y cuando le liberaron, le arrestaron por una serie de casos de agresión y huida en la zona de DC. Con el tiempo, le liberaron al encontrar al verdadero sospechoso. Pero, en los dos años que habían transcurrido desde entonces, Simmons se había presentado para confesar otros dos delitos. Uno era por el robo de un coche y el otro por golpearle a una prostituta después de que le prestara sus

servicios.

En ese caso, le habían declarado culpable.

No obstante, cuando se entregó para confesar el asesinato de un miembro del jurado en un caso judicial de perfil notable, era evidente que era inocente. Le dejaron marchar y le enviaron a un psiquiatra.

Y ahora, aquí estaba de nuevo. Resultaba extraño y no tenía sentido. En otras palabras, parecía encajar perfectamente con este caso.

"¿Qué piensas?" preguntó Harrison.

"Creo que al menos merece la pena intentarlo. Su costumbre compulsiva de confesar por crímenes es un comportamiento para llamar la atención—especialmente por uno realmente grave que no ha llevado a cabo. Y si está así de desesperado por la atención, no hay manera de saber de qué es capaz."

Además de ella, Ellington, Yardley, y Harrison, había dos agentes y un detective en ropa de calle en el pasillo, todos hablando de lo que había sucedido por la mañana. Uno de los policías se reía ligeramente, pero el detective parecía serio.

"¿Quién está al mando aquí?" preguntó.

"Vosotros," dijo el policía que no se estaba riendo. "Y es todo un alivio, por lo que a mí respecta. Sin duda, decidme si hay algo que necesitéis."

Mackenzie asintió y se encaminó por el pasillo bifurcado hacia la izquierda. Había tres salas a lo largo del pasillo, la última de las cuales era una sala de interrogatorios; la adyacente a esta era la sala de observación, donde asumía que estarían observándola los policías, el detective y sus colegas del bureau.

Entró a la sala de interrogatorios y se encontró con Joseph Simmons mirándola fijamente. Su postura le detuvo en seco por un instante. Por una décima de segundo, vio a Gabriel Hambry, sentado con un agujero en la cabeza y una tarjeta de visita enganchada a su camisa.

Alejó ese pensamiento, aceptando la mirada de Simmons. No parecía nervioso ni malhumorado. Parecía estar casi a la expectativa, como un niño que está sentado esperando su pastel de cumpleaños,

sabiendo que se acercaba el momento de apagar las velas.

Quiere atención, pensó Mackenzie. Y si es el asesino, seguramente cerrará el pico y se pondrá difícil si no la consigue. Necesito actuar como que estoy impresionada—y quizá algo derrotada por el hecho de que él viniera a nosotros en vez de haberle atrapado.

"Entonces dime," dijo ella, fingiendo vergüenza. "¿Por qué ahora? ¿Por qué vienes ahora a nosotros?"

"Porque mi trabajo ya está hecho," dijo Simmons.

"Cuatro víctimas," dijo ella, asegurándose de mantener un aire de derrota en su tono de voz. "¿Por qué cuatro?"

"No lo sé. Es lo que me dijeron."

"¿Lo que te dijo quién?"

Simmons movió la cabeza de un lado a otro y se mordió el labio inferior. En cierto momento, se encogió de hombros y respondió: "Porque eso es lo que dijeron. Las voces."

"¿Y qué más te dicen las voces?" preguntó Mackenzie.

"Oh, no te lo puedo decir. Se enfadarían mucho. Además, tenía que entregarme. Seamos honestos… no me ibais a atrapar jamás."

"Oh, lo hubiéramos acabado haciendo," dijo ella, haciendo todo lo posible por parecer increíblemente frustrada. Sabía que no era una gran actriz, pero también sabía que Simmons no lo notaría… siempre y cuando estuviera alimentando su ego.

"Claro que sí," dijo él. Entonces soltó una risa ronca que casi sonó tan ensayada como la derrota de Mackenzie.

"Tengo que saberlo," dijo Mackenzie, sentada al otro lado de la mesita enfrente de él. "Con Coyle, ¿cómo colocaste la cruz ahí arriba? Debe de haber pesado una tonelada."

"Pues verás, las vigas procedían del sótano de la iglesia. Eran accesorios que se utilizaban a veces en las misiones infantiles. Una de ellas hasta tenía un tornillo en medio de cuando la utilizaron para un proyecto temporal de construcción o algo así. Deslicé los tableros para sacarlos de la entrada al sótano. Apoyé uno contra la pared de atrás mientras clavaba las manos de Coyle en el otro. Subir el cuerpo hasta

ahí arriba fue toda una hazaña, pero me las arreglé para conseguirlo."

"¿Tú solo?"

"Sí," le dijo, con más arrogancia que nunca.

"¿Qué tenías en contra de estos hombres?" preguntó Mackenzie.

"Lo mismo que toda la gente del mundo tiene contra ellos. Su fe ciega. Su ignorancia y su disposición a llevar a los demás por el mal camino hasta sus dioses invisibles. Su odio de los homosexuales. Su avaricia. Sus pecados que tratan de cubrir como un gato cubre sus excrementos en su cajón de arena."

"¿Y cuatro fueron suficientes?" preguntó Mackenzie. Estaba bastante segura de que, si intentaba caminar en círculos, Simmons se sentiría frustrado y sería más fácil ponerle la zancadilla. Además, si él era el asesino, la conversación dispersa en vez de un enfoque en su trabajo le irritarían. "¿Hay alguna relevancia especial en el número cuatro?"

"No," le dijo. "Solo me pareció que mi trabajo ya estaba terminado. Ya te lo dije. Las voces dijeron que cuatro. Así que me detuve con el cuarto."

Mackenzie asintió, pero pensó que acababa de exponer el primero de sus fallos. Con las preguntas básicas donde podía jactarse, se había metido en detalles. Pero, cuando le preguntó por qué se había detenido, su respuesta había sido de lo más indefinida. Hasta básica. Voces—una respuesta que resultaba patética y estereotípica.

"En fin, hoy has hecho lo correcto, Simmons," dijo ella. "Por supuesto, estoy segura de que ya conoces tus derechos, así que ¿realmente necesito leértelos?"

Un parpadeo de incertidumbre le recorrió el rostro. Fue tan rápido que Mackenzie apenas lo notó. "Sí, tengo que hacerlo."

"Me lo imaginé," dijo ella. "En fin, aquello del coche robado y la prostituta sucedió hace varios años. Y entonces hubo otro más, ¿correcto? Ese otro asesinato que confesaste…"

"¿Se refiere a esa zorra estúpida del jurado?"

"Sí," dijo Mackenzie. "Pero te las arreglaste para librarte de eso, ¿verdad?"

Y ahí estaba de nuevo… una fisura en su apariencia. Aún no estaba del todo segura de lo que significaba, pero sabía con certeza que estaba ocultando algo.

"No, no me libré de ello," dijo él. "Los policías idiotas acusaron a otra persona. Me dejaron marchar. Y mira lo que consiguieron. Cuatro sacerdotes muertos."

“Entonces, ¿esto se debió a alguna cosa que querías demostrar? ¿Un sistema legal incompetente te dejó marchar así que tenías que demostrarles que habían cometido un enorme error?”

“No. No quería demostrar nada. Pero quizá estos cuatro sacerdotes—”

“Bueno, no todos eran sacerdotes,” señaló Mackenzie.

Simmons se movió incómodo, cuando Mackenzie se echó hacia delante en su silla. Algo andaba mal aquí. Casi podía hasta verlo en la sala. Estaba escrito por toda su cara y colgaba de casi todo lo que salía de sus labios. Sí… algo andaba mal aquí y Mackenzie tenía la intención de darle la vuelta a la tortilla.

Le dio un momento para responder y cuando no lo hizo, continuó con sus trucos.

“Sí, Coyle era un sacerdote. También lo era el padre Costas, pero Woodall y Tuttle no lo eran. Woodall era un pastor y Tuttle era un reverendo. No sacerdotes. Hay una enorme diferencia. ¿Sabías eso?”

“No importa,” dijo Simmons. “Ahora ya están muertos. Sus voces mentirosas están permanentemente silenciadas.”

“Eso es cierto,” dijo Mackenzie. “Solo otra pregunta. Dejaste unas cosas al pie de la cruz de Coyle, pero no de los demás. ¿Por qué?”

“Solo para divertirme un poco más. Es lo que le hicieron a Jesús, ¿sabe? Hasta echaron a suertes su ropa.”

“Sí, lo sé. Pero, ¿por qué dejaste esas cosas extrañas al pie de la cruz de Coyle? ¿Cuál era el significado? Su monedero, su ropa, y las gominolas.”

De nuevo, un parpadeo de duda apareció en su rostro, pero lo cubrió con una sonrisa.

Mackenzie no quería dejar escapar el momento, así que atacó de nuevo.

“Gominolas,” dijo, como si la palabra le resultara asquerosa. “Es como si te estuvieras burlando de él. ¿Estaban realmente en sus bolsillos?”

“Sí,” dijo Simmons. “Diablos, hasta me comí unas cuantas después

de colocarle allí arriba.”

Entonces, Mackenzie deslizó los dedos de manera casi lúdica a lo largo de la superficie de la mesa y se puso de pie. “En breve, entrará alguien para tomarte la declaración,” dijo.

“¿Qué está—”

Pero Mackenzie ya había salido por la puerta y estaba de vuelta con Yardley, Harrison, y Ellington donde la estaban esperando.

“Eso fue rápido,” dijo Ellington.

“Lo hizo, ¿no es cierto?” preguntó Harrison.

“Todavía no estoy segura,” dijo ella. Aunque, para ser sinceros, se inclinaba por un no, en absoluto. “Harrison, ¿puedes hacer unas cuantas llamadas? Comprueba si en St. Peter tienen algún registro de Joseph Simmons como parte de su congregación.”

Entonces se acercó al detective encargado del caso. Parecía inseguro cuando Mackenzie le examinó, pero se las arregló para recibirla con una sonrisa.

“¿Sería posible que la policía y tú comprobarais algo para mí?” preguntó.

“Sin duda.”

“Necesito que le hagan una prueba en las manos. Dice que ha sacado esos tableros del sótano de St. Peter, pero sus manos no muestran ninguna señal de trabajo reciente. Esos tableros eran enormes. Debería haber alguna señal, ¿no es cierto?”

“Posiblemente,” dijo el detective. “Pero si llevaba guantes—”

“Entonces han pasado menos de cuatro horas desde que se los quitó. ¿No debería haber alguna prueba de que se ha puesto guantes?”

“Posiblemente. Claro que, con pruebas como esa, se puede tardar uno o dos días en obtener resultados.”

“Está bien. ¿Puedes asegurarte de que se hagan?”

“Sin duda alguna,” dijo el detective, yendo a por su teléfono de inmediato.

Ellington se separó de todos y le hizo un gesto para que se acercara. Mackenzie se unió a él e hizo lo que pudo por no dejarse distraer por la sonrisa maliciosa con que la recibió—una sonrisa que, si hubieran estado a solas, hubiera sido recompensada con un beso prolongado.

“No crees que sea él, ¿verdad?”

“No, no podía responder a preguntas básicas sobre motivo y detalles del interior. Incluso conseguí a propósito que titubeara sobre los hechos y la estructura de la escena. No obstante, todavía no sé con exactitud qué detalles conoce sobre las escenas del crimen.”

“¿Quieres que le pase algunos de esos detalles?”

“Sí, eso sería de gran ayuda.”

“¿Y qué vas a hacer entretanto?” le preguntó Ellington.

“Voy a imprimir estos documentos sobre sus confesiones pasadas. Está buscando atención al confesar estos terribles crímenes. Y en el caso de la prostituta y del robo del coche, puede que haya cometido realmente el delito, pero asesinato… esto es algo diferente. Voy a ver si puedo encontrar algo que le delate.”

“Algo que le delate… ¿para probar su inocencia?”

Mackenzie le sonrió mientras se daba la vuelta para encontrar una oficina vacía. “Supongo que eso ya lo veremos.”

***

A pesar de que se había experimentado una gran emoción en la comisaría del Tercer Distrito, Mackenzie y Ellington regresaron a la central del FBI antes de la nueve de la mañana. Ellington había interrogado duramente a Simmons sobre su conocimiento de las escenas del crimen y Mackenzie había disfrutado de un buen rato para escarbar en sus archivos y emparejarlos con la información que tanto el detective como Harrison habían conseguido obtener para ella.

Ahora tenía toda la información delante de ella, sentada al otro lado de McGrath a la mesita de roble al fondo de su oficina. Ellington estaba sentado a su lado, totalmente dispuesto a apoyar la información recogida y sus teorías.

“Entonces ¿qué conclusiones habéis sacado de Simmons?” preguntó McGrath.

“Creo que es muy conveniente,” dijo Mackenzie. “Cuando estaba en la sala de interrogatorios, tuve la intuición de que no era nuestro hombre. Y con la información que hemos reunido por la mañana—parte de ella acaba de llegarnos en los últimos cinco minutos—puedo afirmar que no creo que Joseph Simmons sea nuestro hombre.”

“Es que no puedes ganar de una manera sencilla, ¿verdad, White?” dijo McGrath.

“Escúchame un momento. Empecemos con su historia. Se escapó de casa. Y aunque las cosas fueran terribles en casa, los psiquiatras creen que los que se escapan de casa, en el fondo, están pidiendo amor y atención a gritos. Antes de hoy, Simmons ha confesado dos crímenes horribles. En uno de esos crímenes, el asesinato de un miembro del jurado de hace ocho años, era claramente inocente. ¿Por qué querría alguien entregarse por algo como eso?

“La paliza a la prostituta resultó ser cierta. No obstante, los detalles del caso también indican que era tímido. La golpeó duramente pero de una manera que garantizaba su supervivencia. Y ahora, aquí está de nuevo, confesando por una serie de crímenes que están empezando a conseguir salir por la televisión. Por tanto, digo que está mintiendo. Si quiere pasar una temporada en la cárcel por alguna razón, puede conseguirlo por interferir con este caso, pero sin duda alguna no será por asesinato.”

“¿Qué hay de los detalles íntimos que conocía sobre las escenas del crimen?” preguntó McGrath.

“Yo puedo responder a eso,” dijo Ellington. “El agente Harrison obtuvo confirmación de que, hasta hace unos seis meses, Simmons acudía a la iglesia de St. Peter. No era un miembro habitual en absoluto y nunca se unió oficialmente a la iglesia, pero la gente le ha visto por allí lo bastante como para saber su nombre y ser amigable con él. Hasta colaboró con una escuela bíblica para niños hace dos veranos. Así es cómo sabía lo de las vigas en el sótano, hasta el detalle de los tornillos y los surcos que presentan en su parte central.

“Y, francamente, la única otra escena sobre la que sabía algo era la de Living World. Y desde las dos de esta madrugada, un artículo en CNN.com proporcionaba descripciones bastante detalladas de la escena que no habían salido en los demás medios hasta ahora. Si él

estaba empeñado en estudiar estos casos, ahí tiene cómo lo ha conseguido. No había nada que supiera sobre la escena de Living World que no apareciera en ese nuevo artículo de la CNN."

"Y, además, hay otra cosa," dijo Mackenzie. "Cuando hablé con él, intenté a propósito ponerle la zancadilla introduciendo información falsa. Le pregunté a Simmons por qué había dejado esas cosas al pie de la cruz de Coyle. Mencioné esas cosas como su cartera, su ropa, y las gominolas. Como las gominolas eran un artículo tan peculiar que a nadie se le ocurriría inventárselo, Simmons se lanzó a por ello. Hasta gastó bromas sobre las gominolas y me dijo cómo se había comido una mientras colocaba todas esas cosas al pie de la cruz."

"Y eran Lifesavers, ¿no es cierto?" preguntó McGrath.

"Sí señor."

"Mierda."

McGrath se echó hacia atrás en su butaca, mirando a los documentos colocados en la mesa delante de Mackenzie y Ellington.

"Esto es lo que va a suceder," dijo McGrath. "Vamos a retener a Simmons todo el tiempo que podamos. Acallará a los periódicos y calmará a algunos de esos políticos y líderes religiosos que están tan nerviosos. No daremos su nombre, pero no puedo mantener esta situación demasiado tiempo. Y eso significa que necesito un sospechoso real. Así que decidme… ¿cuál es el siguiente paso?"

Mackenzie sabía lo que venía a continuación, pero no quería decir nada porque todavía no se lo había comentado a Ellington.

"Con su permiso, señor, me voy a Alexandria esta tarde."

"Ya te lo dije," dijo McGrath. "No te preocupes de mi autorización. Sal ahí fuera y encuentra a este maldito tipo. ¿Qué hay en Alexandria, de todos modos?"

"Un grupo de terapia para gente que ha sido víctima de abusos sexuales. Por lo que me dijo el padre Ronald Mitchell, la gran mayoría del grupo que se reúne esta noche ha participado en algún tipo de abuso a manos de líderes de la iglesia. Creo que puede que encuentre algún tipo de hilo en sus historias y en su pasado."

"Entonces poneos en marcha," dijo él. "Pero prefiero que Ellington se quede aquí y ayude a Yardley y a Harrison."

“Una cosa más,” dijo Mackenzie. “Necesito una lista de la gente con la que haya contado el bureau en el pasado para recabar información relativa a la religión o los estudios bíblicos.”

“Haré que te la envíen por email en media hora,” dijo McGrath. “¿Alguna cosa más?”

Mackenzie no estaba segura de cómo enfrentar el hecho de que McGrath le estuviera ofreciendo prácticamente cualquier cosa que quisiera. Le daba la impresión de que, fuera lo que fuera lo que precisara en este momento, él se encargaría de conseguirlo para ella.

Tenía algo en la punta de la lengua, una cuestión que clamaba por salir y ser expresada, pero la reprimió. Aun así, el pensamiento retumbó como un trueno en su cabeza.

Cuando esté caso esté cerrado, quiero acceso completo y sin obstrucciones al caso de mi padre.

Con ese deseo silenciado, dijo: “No, señor.”

Con una mirada final a Ellington, Mackenzie salió de la oficina con la abrumadora sensación de que estaba compitiendo en una carrera que, sencillamente, no iba a ganar.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Como no consiguió llegar a la reunión en Alexandria antes de que comenzara, tuvo que entrar tan sigilosamente como le fue posible. La reunión tenía lugar en un pequeño centro comunitario en la zona centro de la ciudad, la clase de lugar que olía a café rancio y a polvo. Encontró la sala al final de un largo pasillo y cuando abrió la puerta tan silenciosamente como pudo y entró a la sala, solo unos cuantos de los presentes se percataron de su presencia. Recibió unas cuantas miradas de desconfianza mientras encontraba una solitaria silla metálica plegable al fondo de la sala y tomaba asiento.

Había una mujer sentada al frente del semicírculo de sillas—una mujer llamada Barbara Francis. Mackenzie le había llamado y había charlado con ella de camino a Alexandria. Barbara facilitaba estas reuniones y, a pesar de que no tenía un historial de abusos a manos de la iglesia, contaba con una trayectoria profesional en trabajo social y psiquiatría en el ámbito de los abusos sexuales que la convertían en una candidata apta para llevar el grupo.

Como nadie puso ninguna pega ni hizo ninguna pregunta cuando entró a la sala, Mackenzie asumió que Barbara ya había comunicado a los presentes que pasaría por allí para hacer una visita. Mackenzie no podía ni imaginarse cómo debían de ser las vidas de estas personas, después de haber experimentado este tipo de trauma. Hizo lo que pudo por permanecer en silencio y prestar atención, escuchando a cada una de las personas que tomó un turno para compartir su historia.

Lo que más le sorprendió fue que no parecía existir un límite de edad entre las víctimas. Había una niña con su madre; la niña había sufrido abusos el año pasado cuando tenía trece años. Había un hombre mayor que acababa de celebrar su sesenta cumpleaños que había sido molestado y abusado entre los nueve y los veinticinco años, y al que su sacerdote había dicho que, si se lo decía a su familia y les causaba un trauma a su padre y a su madre, sin duda Dios se aseguraría de enviarle al infierno cuando falleciera.

Mackenzie no tuvo que escuchar los detalles escabrosos de ninguna historia, pero vio atisbos del sufrimiento y el dolor que algunas de estas personas habían experimentado. Había catorce personas en total y no había dos tipos de consecuencias que coincidieran. Para algunos, era el temor diario al contacto físico con

otra persona, incluso con seres queridos. Para otros, eran las pesadillas recurrentes que seguían acosándoles durante días. Pero en todas ellas, yacía un sentido de la injusticia—sobre cómo los hombres que habían abusado de ellos habían recibido algún tipo de castigo pero que ni de lejos compensaba la gravedad de sus delitos.

No pudo evitar sentirse casi como una mirona mientras se sentaba en la parte trasera de la sala. Casi se sentía mal por estar allí y empezó a preguntarse si había cometido un error al venir aquí.

La reunión terminó una hora después. Cuando todos se levantaron de sus sillas, Barbara hizo un gesto de asentimiento en dirección a Mackenzie.

“Estoy segura de que algunos de vosotros habéis notado la presencia de nuestra visitante,” dijo Barbara. “Y os agradezco que le hayáis permitido estar aquí con nosotros. Esta es la agente Mackenzie White, del FBI. En este momento, está trabajando en un caso que está relacionado con el dolor que la mayoría de vosotros habéis experimentado. Tiene unas cuantas preguntas, así que, si estáis dispuestos a ayudar, os lo agradeceríamos mucho.”

De nuevo, Mackenzie recibió miradas furiosas. Era evidente que nadie en esta sala confiaba en ella.

“Seré breve y directa,” dijo ella. “¿Alguien de vosotros ha tenido alguna vez algún tipo de relación o amistad casual con el padre Henry Costas de la Iglesia Católica del Sagrado Corazón en Washington, DC?”

Solo consiguió una cuantas miradas vacías y movimientos de negación con la cabeza. Dos personas habían decidido que no se iban a quedar para esta línea de interrogatorio y la pasaron de largo, directos a la puerta de salida. Hizo unas cuantas preguntas más, esperando obtener algún tipo de pista. Pero, asumiendo que los presentes habían sido sinceros, no había nadie en esta reunión que jamás hubiera conocido a ninguna de las víctimas, ni que hubiera oído hablar de ninguno de sus amigos o seres queridos que hubieran sufrido abusos o hubieran sido acosados por las víctimas de ninguna manera.

Cuando estuvo claro que esta reunión había resultado básicamente un callejón sin salida, Mackenzie se calló de nuevo, esperando un momento para poder hablar con Barbara Francis.

Unos cuantos de los presentes se tomaron un momento para

hablar con Barbara al final. Otros se fueron de inmediato, como si no pudieran esperar un minuto más a salir de la sala y del recordatorio forzoso de lo que les había ocurrido. Unos cuantos entre ellos miraron a Mackenzie, obviamente molestos de que hubiera presenciado la reunión.

Mackenzie seguía en la parte de atrás, queriendo hablar con Barbara Francis. Había logrado un entendimiento más claro de lo que habían atravesado las víctimas de los líderes religiosos, pero todavía tenía que encontrar algo nuevo que pudiera ayudarle a descubrir la identidad del asesino. Suponía que una mujer con la trayectoria y educación de Barbara podían ayudarle a encontrar alguna de esas piezas ausentes.

Al final, resultó que fue Barbara la que se acercó hasta ella cuando la sala ya estaba prácticamente vacía. Y no lo hizo ella sola. Junto a ella, había una mujer de unos treinta y cinco años. Era una mujer naturalmente bella, pero llevaba la melena encima de la cara y caminaba como alguien que tuviera miedo de caerse en un agujero en cualquier momento. También se quedó muy cerca de Barbara Francis cuando se acercaron a Mackenzie, que estaba sentada contra la pared del fondo de la sala.

"Agente White," dijo Barbara. "En primer lugar, gracias por no resultar una distracción durante la reunión."

"Por supuesto," dijo Mackenzie. "Gracias por permitirme presenciarla y hacer unas preguntas. Sé que es un tema que los que se reúnen aquí consideran un asunto muy privado."

"Así es," dijo Barbara. "No obstante, sin darles ningún detalle sobre su caso, pude comunicarles que estaba aquí para ayudar—que usted trabaja para ayudar a los demás. Con todo eso aclarado, creo que algunos de ellos todavía están muy cerrados y a la defensiva cuando se trata de compartir sus historias con gente que no conocen. Aparte de todo eso… me gustaría que conociera a Lindsay."

La mujer de aspecto atractivo le hizo un gesto de asentimiento. Sin embargo, solo miró a Mackenzie por un instante, antes de volver su mirada hacia Barbara.

"Lindsay me ha dado permiso para decirle por qué está aquí. Ella todavía no es capaz de hacerlo por sí misma. Lindsay, ¿estás segura de que no te gustaría intentar contarlo tú?"

"Estoy segura," dijo Lindsay en voz baja. "Pero tú puedes

hacerlo.”

“El hijo de Lindsay fue abusado por un predicador al que su familia había acudido toda la vida,” dijo Barbara. “Desde la época de los padres de Lindsay, su familia siempre ha atendido esa iglesia y ha visto al predicador como a un hombre al que amaban y en quien confiaban. De hecho, como un hombre que jamás les haría daño a ellos o a nadie más.

“Así que puede imaginar su sorpresa cuando su hijo de trece años vino donde ella con una confesión: que su predicador de setenta y dos años realizó ciertos actos muy explícitos y pornográficos con él. Fue desmoralizador y—”

“Eso es demasiado leve,” dijo Lindsay, que por lo visto había decidido que Barbara estaba siendo demasiado indulgente. “Ese cabrón obligó a mi hijo… obligó a mi hijo a tener sexo oral con él. Y lo filmó.”

Lindsay sonaba como si fuera a atragantarse con las palabras a medida que salían de sus labios. Barbara asintió, colocando un brazo alrededor de Lindsay. Mackenzie podía asegurar que Lindsay deseaba echarse a llorar pero que parecía casi incapaz de hacerlo.

“Así que, cuando su hijo le vino con esta historia,” continuó Barbara, “Lindsay y su marido le dieron la espalda, dando por sentado que se lo estaba inventando. Cuando siguió insistiendo y se negó a ir a la iglesia, le castigaron sin salir de casa. Después de eso, su hijo se volvió distante y empezó a portarse muy mal. Iniciaba peleas con sus amigos, y hasta atacó a su padre en una ocasión. Y entonces, hace seis meses, se acabó suicidando. No fue hasta ese momento que Lindsay y su marido se tomaron en serio la historia que les había contado su hijo. Acudieron a la policía y, tras una breve investigación, descubrieron más de veinte videos almacenados en una memoria portátil. El predicador había hecho cosas similares con al menos otros ocho niños. También había Polaroids en su armario, que había tomado de niños preadolescentes y otros más jóvenes desde los principios de los años 80.”

Mackenzie sintió náuseas. Y podía asegurar, por la mirada en la cara de Barbara, que la historia todavía no había terminado.

“El suicidio supuso todo un golpe para la familia,” continuó Barbara. “A Lindsay le abandonó su marido poco después. El predicador está en la cárcel y gran parte de la congregación culpa a

Lindsay y a su familia.”

“¿Por qué?” preguntó Mackenzie.

“Porque todos le adoraban,” espetó Lindsay. “Las pruebas están ahí, y las han visto, pero se niegan a creerlas. Hasta envió una nota de disculpa a la iglesia, que fue leída por uno de los diáconos en voz alta durante un servicio.”

“Agente White,” dijo Barbara, “¿me disculparía un momento?”

“Claro.”

Barbara alejó lentamente a Lindsay, sacándola fuera de la sala al pasillo por el que había bajado Mackenzie una hora antes. Mackenzie caminó hasta el centro de la sala, sintiendo la necesidad de caminar, de expulsar algo de energía nerviosa. No estaba segura de haberse sentido tan asqueada con ningún otro caso antes. La historia de Lindsay lo había empeorado significativamente y hacía que Mackenzie se sintiera casi impotente.

Todas estas historias de abusos solo me han llevado a profundizar más en la corrupción y el pecado oculto dentro de las organizaciones religiosas, pensó. Al final, ni siquiera hay una garantía de que me vaya a ayudar a encontrar al asesino.

Se sentó en una de las sillas, sintiéndose cansada y débil.

Y furiosa.

Unos instantes después, Barbara regresó a la sala. Esta vez, estaba sola cuando se sentó junto a Mackenzie.

“¿Encontró algo de lo que andaba buscando?” preguntó Barbara.

“Todavía no lo sé.”

“Bueno, durante toda la reunión, no pude evitar tener una idea en la cabeza,” dijo Barbara. “Después de hablar con usted sobre presenciar la reunión de hoy, la historia de Lindsay me vino a la mente y se quedó allí plantada. Y no se debía solo a la gravedad de la historia, aunque sea una bastante trágica.”

“Sí, estoy de acuerdo.”

“Saqué a Lindsay de aquí porque la última parte de la historia es, por alguna razón, la más difícil de escuchar para ella. Pero creo que

usted necesita oírla. Si está buscando a alguien que está asesinando a líderes religiosos de todo tipo de denominaciones, creo que puede venir a cuento."

"¿Cómo así?" preguntó Mackenzie.

"Lindsay mencionó una carta que escribió el predicador. Uno de los diáconos la leyó frente a la congregación un domingo después de que enviaran al predicador a la cárcel. Era una carta breve, pero había en ella un comentario que no me encajó bien del todo. Parecía… no lo sé. Extraño, supongo."

"¿Cómo lo escuchó?" preguntó Mackenzie.

"Oh, no lo escuché, pero alguien de la iglesia lo grabó en su teléfono móvil. Me enviaron una copia cuando empecé a mantener reuniones semanales con Lindsay. La carta habla de los pecados de la carne y del arrepentimiento y los pecados. Pero, casi al final, hace un comentario sobre cómo estaba glorificando las cosas equivocadas. Literalmente, decía, En algún momento, perdí mi amor por Jesús y empecé a buscar otra cosa. Estos pobres niños se convirtieron en mi Jesús y les glorifiqué. Y, como advierte la Biblia, cuando colocamos cualquier cosa por encima de nuestro Señor, la repercusión es el pecado."

"Entonces… ¿estaba haciendo qué?" preguntó Mackenzie. "¿Abusaba sexualmente de ellos porque les odiaba? ¿Por qué estaban reemplazando a Dios para él?"

"Quizás," dijo Barbara. "Hay tantísimo por desvelar en todo esto. Parece obvio que el hombre era mentalmente inestable. Pero sí, en mi opinión, estaba proyectando el abuso de estos niños como algún tipo de modalidad de adoración desviada. He visto algunos artículos por aquí y por allá sobre este caso en el que está trabajando y la carta del predicador me vino a la mente en unas cuantas ocasiones, especialmente la parte que le acabo de citar."

Mackenzie seguía sintiendo unas náuseas incomprensibles pero la teoría tenía cierto sentido.

"Deje que le haga una pregunta," dijo Mackenzie. "¿La gente con la que usted trabaja, alguna vez acaba superando el abuso?"

"Algunos sí," dijo ella. "Depende del carácter de los que han sufrido abusos y, por supuesto, del alcance del abuso. ¿Entiendo que nunca antes ha tratado con un caso en este campo?"

“No hasta este punto, no.”

Barbara asintió con solemnidad. “Una pequeña advertencia,” le dijo. “No deje que le afecte personalmente. Antes de que se dé cuenta, puede acabar envuelta en todo ello. Las historias son desconsoladoras. Y el hecho de que no pueda hacer nada por solucionarlo… le parte a una en dos.”

Mackenzie pensó que ya estaba notando los primeros efectos de eso, pero no dijo nada. Sin duda alguna, sus primeros días escuchando unas pocas historias no eran nada en comparación con lo que Barbara había visto y escuchado.

“Muchas gracias de nuevo por dejarme atender la reunión,” dijo Mackenzie.

“Desde luego,” dijo Barbara. “Solo espero que le haya servido de algo.”

Mackenzie pensó en la línea de la carta del predicador que le acababa de citar Barbara y empezó a analizarla.

Estos pobres niños se convirtieron en mi Jesús y les glorifiqué. Y, como advierte la Biblia, cuando colocamos cualquier cosa por encima de nuestro Señor, la repercusión es el pecado.

“Sabe qué,” le dijo. “Creo que ha ayudado más de lo que pensaba que era posible.”

Él no es una víctima, pensó. ¿Y si no está yendo a por estos líderes debido a un sentimiento de odio o venganza? ¿Y si les adora? ¿Y si les está glorificando con esas crucifixiones? ¿Y si cree que se merecen la misma muerte que Jesucristo como una manera de alabarles y adorarles?

“Muchas gracias por su tiempo,” dijo Mackenzie.

Entonces se giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta. De camino a su coche, abrió un email que le había enviado Harrison por la mañana, antes de que saliera de Washington. El email era breve y directo: solo un nombre y un número de teléfono.

La información de contacto para el experto en la Biblia que había solicitado.

Realizó la llamada antes de siquiera ponerse al volante del coche mientras una sensación de urgencia empezaba a inundar su corazón,

reemplazando las náuseas de oscuridad que acababa de sentir hacia unos momentos.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Estaba de vuelta en DC justo después de que dieran las ocho. Tomó una salida de la autopista y pasó totalmente de largo la central del FBI y su apartamento. En vez de eso, se dirigió hacia Park View, donde había programado su siguiente reunión inmediatamente después de dejar a Barbara Francis en Alexandria. Se permitió el tiempo suficiente como para hacerse con una comida rápida desde el coche antes de dirigirse a una pequeña iglesia de la que nunca había oído hablar previamente.

Aparcó delante de la Iglesia de Cristo de Park View y se fue derecha hacia las puertas de aspecto antiguo. La Iglesia de Cristo de Park View no tenía la elegancia ni el oropel del Sagrado Corazón o Living World, o incluso el de St. Peter. Era una sencilla iglesia de una sola planta del tamaño de una vivienda modesta. Parecía haber sido construida en los años cuarenta o cincuenta, completa hasta con un campanario y una campana de verdad dentro del mismo.

Se encontró con que la puerta estaba abierta, como le habían dicho que estaría. Caminó por un pequeño recibidor hacia el interior de un pintoresco santuario. Había aproximadamente cincuenta bancos alineados en su superficie y unas ventanas con vidrieras policromadas, ornamentadas, pero de buen gusto, sobre las paredes. Por lo que podía adivinar, Mackenzie asumió que el espacio no daba cabida a más de trescientas personas cualquier domingo.

En la parte frontal de la sala, un caballero mayor limpiaba cuidadosamente la parte superior de un viejo piano clásico. Elevó la vista mientras Mackenzie descendía por el pasillo central que dividía los bancos y le hizo un leve gesto con la mano. Dejó su trapo sobre el banco del piano y se reunió con ella a mitad de camino por el pasillo.

“¿Agente White?” le preguntó el hombre.

“Sí. ¿Y usted es Benjamin Holland?”

“¡Soy yo! Encantado de conocerte.”

Estrecharon la mano y Mackenzie se dio cuenta de inmediato de que Benjamin le caía bien. Sabía muy poco sobre él—solo que el bureau había confiado en él dos veces en los últimos diez años cuando

habían necesitado que alguien descifrara unas pistas que habían creído ser de naturaleza bíblica. Benjamin Holland les había dado buenos resultados en ambas ocasiones, dándoles suficiente información como para apresar a un sospechoso en uno de los casos, y demostrando que no había nada de bíblico en ciertas pistas en la otra ocasión.

"Entonces, dime en qué puedo ayudar," dijo Benjamin. "He estado siguiendo la historia en las noticias y me he sentido bastante desolado. Conocía a todos esos hombres; no hace tanto tiempo que el reverendo Tuttle y yo teníamos la costumbre de desayunar juntos casi cada jueves por la mañana durante la mayor parte de unos tres años."

"Bueno, para empezar, me preguntaba qué podría decirme sobre algunos ejemplos de asesinatos en la Biblia que se realizaran con el propósito de la glorificación."

Benjamin ponderó esto durante un momento antes de empezar a caminar hacia la parte delantera del santuario. "Ven conmigo un momento, si no te importa," dijo. "Te mostraré por qué te pedí que nos reuniéramos aquí."

Aunque le pareció una respuesta extraña a su pregunta, Mackenzie le siguió de todos modos. La llevó a través de una puerta delante del santuario que llevaba a una sala pequeña detrás de él. Unas cuantas sillas plegables apoyadas contra la pared indicaban que era un lugar de reunión de algún tipo—quizá un espacio para cenas a la canasta o reuniones para la oración.

Otra puerta aguardaba más allá de esta sala. Benjamin la abrió y pasó al interior, encendiendo la luz al entrar. Mackenzie se encontró entrando a una sala donde cada una de las paredes era una estantería para libros. Y cada estantería parecía estar completamente llena. En el centro de la sala, había un solo sofá y una vieja mesa de café llena de rasguños. Había una biblia sobre la mesa de café, abierta por un pasaje del evangelio de Lucas.

"Esta es mi habitación favorita en todo Washington," dijo Benjamin con orgullo. "No es que sea mía, pero tanto yo como otros tres o cuatro líderes la consideramos nuestra. Prácticamente todas las respuestas que pueda necesitar en alguna ocasión sobre la vida—espiritual o no—se pueden encontrar aquí. Toma asiento, por favor."

Mackenzie se sentó en el sofá, examinando su entorno. Ni siquiera se podía atrever a adivinar cuántos libros había en esta habitación.

Vio biblias en distintas traducciones y versiones. También vio devocionales, memorias y libros guía, y mucho más.

“Ahora,” dijo Benjamin, de pie junto a una estantería que había a su izquierda. “En lo que se refiere a tu pregunta sobre el asesinato como un medio para glorificar a Dios, se puede responder de unas cuantas maneras diferentes. Realmente depende de quién lo pregunte. Verás, si lo preguntas desde la perspectiva de alguien que está profundamente arraigado en la religión de carácter legal del antiguo testamento, te puedo dar muchos ejemplos. Pero, si estás más interesada en las enseñanzas y el ejemplo de Jesucristo, entonces se hace mucho más difícil de contestar.”

“Pero se trata del mismo libro, ¿verdad?” preguntó Mackenzie. No le gustaba sentir que le faltaba educación, pero en ese momento, su falta de conocimiento de las enseñanzas bíblicas estaba saliendo a la luz.

“Así es,” dijo Benjamin. “Pero verás, si te inclinas más hacia Jesucristo, debes de entender que su crucifixión fue la respuesta a todas esas ofrendas quemadas y ganado muerto de los rituales en los altares del antiguo testamento. El antiguo testamento está repleto de asesinatos, algunos de ellos ordenados por el mismísimo Dios. Con que sí… gran parte del asesinato se realizaba como reverencia a Dios. La lapidación de mujeres, el asesinato de los hijos mayores, etcétera. Entonces Jesucristo aparece y muere por los pecados de toda la humanidad. Es el sacrificio final de un Dios amoroso.”

“Ya veo,” dijo Mackenzie, aunque seguía tratando de entenderlo. “Y como el asesino está utilizando la crucifixión como algo simbólico, asumo que está más centrado en las enseñanzas de Jesucristo que en la ley del antiguo testamento. ¿Estaría de acuerdo con eso?”

“Lo estaría. Me parece incluso más importante que no esté distorsionando la crucifixión. Por lo general, cuando se ve la cruz de Jesucristo en los delitos de odio, está invertida—casi como una burla. Pero este hombre se está ciñendo a la forma del nuevo testamento.”

“¿Hubo alguien más en la biblia que fuera crucificado?”

“Bueno, era un castigo común impuesto por los romanos, pero solo vemos uno en gran detalle en la historia de Jesucristo. Puede que merezca la pena señalar que, cuando el apóstol Pedro fue crucificado bajo el mandato del Emperador César, pidió ser crucificado boca abajo porque no se consideraba merecedor de ser torturado o asesinado de

la misma manera que Jesucristo.”

Entonces, quizá este tipo esté glorificando a los que mata, pensó Mackenzie. Quizá les está mostrando el mismo respeto y reverencia que a Jesucristo.

“Otra cosa que quería preguntarle,” dijo Mackenzie. “Y sé que no hay muchas posibilidades, pero ciertamente merece la pena intentarlo.” Sacó su teléfono móvil y mostró un mapa de la zona de DC. Sobre él, había marcado previamente las coordenadas donde habían tenido lugar cada uno de los asesinatos, resaltados con un marcador rojo.

“Estos son los puntos donde han tenido lugar todos los asesinatos,” dijo. “¿Puede echarles un vistazo y decirme si acaso hay algún tipo de significado o pauta bíblicos?”

Benjamin examinó con cuidado el mapa, sacando un par de gafas bifocales del bolsillo de su camisa y poniéndoselas sobre la cabeza. “El primer asesinato, tuvo lugar aquí, en el Sagrado Corazón, ¿verdad?” preguntó.

“Sí, el del padre Costas.”

Benjamin recorrió las rutas entre los puntos marcados en el mapa con el dedo. “Ciertamente, aquí no hay una pauta obvia,” dijo. “Sin embargo, si este hombre se está basando tan claramente en la narrativa de Jesús, no puedo dejar de preguntarme…”

Dicho esto, le devolvió el teléfono y caminó hacia una de las estanterías. Escaneó unos cuantos títulos antes de seleccionar uno de ellos y sacarlo de su lugar. Era un libro de bolsillo que estaba desgastado, un volumen delgado que trajo consigo de vuelta al sofá.

“Hay esta especie de pista que muchos eruditos y trampas para turistas en Israel denominan como el Sendero de Jesús,” dijo. Hojeó unas cuantas páginas del libro, deteniéndose en un punto más allá de la mitad. “Justo aquí,” dijo, señalándolo en el libro.

“Lo lamento,” dijo Mackenzie. “No estoy exactamente versada en religión o en la biblia. ¿Puede explicarme qué es lo que estoy mirando?”

“Sin duda. Verás, hay una franja de tierra en Israel que se considera como el principal sendero por el que viajó Jesucristo mientras enseñaba. El conocido como Sendero de Jesús empieza en

Nazareth y termina en Capernaum. Como puedes ver aquí," dijo, tocando un mapa en la página que había seleccionado, "el Mar de Galilea bordea parte del mismo."

"¿Y este sendero es bien conocido?"

"Para algunos," dijo Benjamin. "La gente que realiza el tour bíblico de Israel suele pasarse por allí. Tiene unas cuarenta millas de largo y está salpicado de lugares que fueron importantes durante la vida de Jesús."

"¿Entonces por qué termina en Capernaum?" preguntó Mackenzie.

"Hay un pasaje en el Libro de Marcos que dice, Y cuando él regresó a Capernaum después de unos días, se informó de que estaba en casa. En base a la escritura, muchos creen que Capernaum era básicamente una especie de base para Sus enseñanzas."

"¿Y por qué me está enseñando esto?"

"Bien, porque es el único sendero notable por el que sabemos con certeza que caminó Jesús," dijo. "Y ahora que estoy viendo el Sendero de Jesús y el sendero en el que parece estar este asesino…"

Entregó el libro a Mackenzie, para que pudiera juzgarlo por sí misma. Mackenzie colocó el mapa de su teléfono móvil sobre la página junto al Sendero de Jesús. Primero, examinó el mapa del Sendero de Jesús—una línea en dirección norte que se movía ligeramente hacia el sur a medida que se extendía desde Nazareth, pasando por Caná y Arbel, para concluir en Capernaum.

Había numerosos puntos de interés a lo largo del Sendero de Jesús, pero solo había cuatro escenas de asesinatos en el sendero del asesino: El Sagrado Corazón, Cornerstone, Living World y St. Peter. Utilizó su localizador de GPS para obtener un camino exacto entre los puntos que había marcado en el mapa y casi se cae de espaldas cuando vio el resultado.

Al comienzo del Sendero de Jesús, había una forma de U invertida a lo largo del camino, que conectaba Nazareth con una localidad llamada Mashhad. En el mapa de las escenas de los asesinatos, la ruta entre el Sagrado Corazón y Cornerstone encajaba casi a la perfección con la forma de ese sendero. Entonces, desde Cornerstone a Living Word, había un ligero desvío hacia el noreste—al igual que en el Sendero de Jesús entre Caná y Lavi.

Aquí está la clave, pensó mientras seguía la línea digital entre Living Word y St. Peter. Oh Dios mío…

Y, de la manera que había asumido, la línea ligeramente torcida y puntiaguda que continuaba en el Sendero de Jesús se dirigía en la misma dirección.

Lo comprobó de nuevo antes de emocionarse demasiado, pero sabía que esta era la clave antes de terminar de hacerlo.

El Sagrado Corazón y Nazareth encajan.

Cornerstone y Mashhad encajan casi a la perfección.

Living Word se distancia un poco de Lavi, pero no mucho.

St. Peter encaja con Arbel—y la ruta hasta toma el mismo giro extrañamente puntiagudo en ambos mapas.

"Esta es la clave," dijo. "Es demasiado perfecta como para descartarla. El asesino está siguiendo este mapa."

Benjamin miraba repetidamente a un mapa después del otro, asintiendo con la cabeza. "Sí, sin duda eso es lo que parece."

Mackenzie tocó su pantalla y barrió con el dedo el mapa en su teléfono, expandiendo la zona. "Entonces solo necesito saber qué iglesias están más allá de St. Peter—dentro de un radio de unas doce millas. ¿Tiene un mapa o un listado de ese tipo de cosas?"

"No uno completo, no…"

"Espere, no importa," dijo ella. Sacó el menú de opciones en la aplicación de mapas y pidió al programa que le mostrara la lista de las iglesias que había en el área seleccionada.

Surgieron nueve opciones. Sobre su pantalla, Mackenzie imitó cuidadosamente con el dedo la última porción de la ruta del Sendero de Jesús. Cuando llegó al final del sendero imaginado, encontró que tenía el dedo colocado sobre dos iglesias.

"¿Estaría de acuerdo en que estas dos iglesias harían las veces de lugares próximos a la ubicación de Capernaum?" preguntó.

"Diría que sí," dijo Benjamin.

Mackenzie se puso de pie, todavía con el libro en la mano. "¿Le

importaría que me llevara esto conmigo?” le preguntó.

“En absoluto. Y por favor… dígame si le puedo servir de más ayuda.”

“Lo haré, pero ya me ha ayudado más de lo que cree.”

“Estaré rezando por usted, agente White,” dijo Benjamin mientras la escoltaba fuera de la biblioteca.

“Gracias,” dijo ella, con toda la sinceridad del mundo.

Era extraño, pero quizá por primera vez en su vida, era capaz de encontrar cierto consuelo en el conocimiento de que alguien estaba rezando activamente por ella.

Hizo lo que pudo por aferrarse a esa paz mientras se dirigía de vuelta a la oficina central del FBI.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Intentó contactar con McGrath de camino a la central, con la esperanza de ponerle al día antes de llegar allí. Dio con su buzón de voz y no se molestó en dejar un mensaje, ya que probablemente le vería en una hora más o menos. Cuando llegó al edificio veinte minutos después, aparcó en el aparcamiento para visitantes en vez de en el oficial, convencida de que estaría saliendo de allí en unos cuantos minutos.

Se apresuró a entrar y se dirigió a los ascensores. Las puertas se abrieron de par en par y, antes de que se montara, le sorprendió encontrarse con Harrison y Yardley que estaban saliendo.

"White," dijo Yardley. "Pareces ansiosa. ¿Qué pasa?"

"¿Está McGrath en su despacho?"

"No, ha regresado a la comisaría del Tercer Distrito," dijo Harrison. "Y Ellington también está con él."

Mackenzie consideró sus opciones y decidió que regresar al Tercer Distrito sería una pérdida de tiempo. "¿Y vosotros dos podéis venir conmigo un segundo?" preguntó. "Creo que he descubierto algo y necesito todos los agentes que pueda obtener."

Subieron en el ascensor a su oficina, donde sacó el mismo mapa que tenía en su teléfono, pero esta vez en la pantalla del ordenador portátil. Entonces dejó el libro de Benjamin Holland sobre el escritorio, abriéndolo por el mapa del Sendero de Jesús.

"¿Qué es esto?" preguntó Harrison, estudiando el mapa.

"Un segundo," dijo Mackenzie, sacando de nuevo su teléfono. Esta vez, llamó a Ellington en vez de a McGrath, con la certeza de que habría más posibilidades de que Ellington le respondiera si veía que se trataba de ella. Envió una solicitud de llamada en FaceTime en vez de una llamada convencional, ya que quería poder mostrarle los mapas a la vez que se los enseñaba a Yardley y a Harrison.

Como había supuesto, Ellington le respondió al segundo tono. Hubo un segundo más o menos de titubeo y entonces surgió la pantalla. Sonrió al ver su cara al tiempo que Ellington le sonreía de vuelta.

“Eh, ese fondo detrás de ti suena familiar,” bromeó. “¿Has regresado a la central?”

“Así es. Oye… ¿está por ahí McGrath?”

“Sí, está en una reunión con uno de esos detectives. ¿Necesitas que lo traiga?”

“Sí, por favor. ¿Cómo van las cosas con Simmons?”

Ellington se puso en movimiento, de camino hacia donde fuera que estaba McGrath. Sostenía el teléfono de manera que Mackenzie siguiera viendo su cara, solo que de perfil.

“Las cosas se están tambaleando. Cuando más sabemos de él, más se convence McGrath de tu perspectiva. Claramente, Simmons no es nuestro hombre. Si tuviera que hacer una suposición, diría que le soltarán en unas horas. Y, con suerte, le recomendarán un buen psiquiatra. ¿Quién diablos confiesa algo como esto solo para llamar la atención?”

Esa era toda una conversación totalmente separada que no tenía nada que ver con el caso que tenía entre manos, así que Mackenzie lo dejó pasar.

“Muy bien, está aquí,” dijo Ellington. “Dame un segundo.”

Ellington bajó el teléfono, dejando a Mackenzie, Harrison, y Yardley escuchando una conversación en murmullos durante unos momentos. Después de alguna sacudida más, el teléfono de Ellington volvió a mostrar su cara. Mackenzie vio a McGrath de pie detrás de él. Parecía cansado e irritado—una versión de McGrath que a Mackenzie no le gustaba en absoluto.

“¿Tienes algo?” preguntó McGrath, directo y al grano como de costumbre.

“Sí, creo que sí. Hablé con Benjamin Holland y entre él y yo tuvimos una idea. Existe algo llamado el Sendero de Jesús en Israel. ¿Alguna vez ha oído hablar de ello?”

“No,” dijo McGrath. “Por favor, ilumínanos.”

Y eso fue exactamente lo que hizo Mackenzie. Harrison y ella sujetaron el teléfono para asegurarse de que podía señalar las similitudes exactas entre el Sendero de Jesús y el camino que el

asesino parecía estar recorriendo. No había llegado ni a la mitad cuando escuchó a McGrath soltar un callado y bastante sorprendido: “La madre del cordero.”

Dada la situación, le pareció una profanidad de lo más irónica.

“¿Y entonces, qué iglesia va a hacer de Capernaum en el sendero que está recorriendo en DC?” preguntó Yardley.

“Hay dos candidatas,” dijo Mackenzie. “Está la Iglesia Baptista Monument y la Iglesia del Distrito de Dios. Están lo bastante cercanas entre ellas como para poder ser la siguiente en la lista. Recomiendo encarecidamente que pongamos a alguien a vigilar esos lugares. Quizá hasta estacionar a alguien fuera de ellas hasta que atrapemos a nuestro asesino.”

“Un trabajo excelente, White,” dijo McGrath.

Dejó que el cumplido le llegara, pero no tomó ni un minuto para agradecerlo. Podía sentir como estaba adentrándose en una cierta cadencia, el tipo de ritmo que solía sentir cuando estaba empezando a comprender todos los detalles de un caso.

“Muy bien, me gustaría hablar a solas con Ellington, por favor.”

McGrath volvió la vista hacia la pantalla. “Está bien,” dijo. “Yardley y Harrison, reuníos conmigo aquí en la comisaría del Tercer Distrito. No estoy seguro de dónde será vuestra próxima posición, pero tenemos que decidirlo.”

Yardley y Harrison hicieron pequeños gestos de despedida y salieron de allí. En el teléfono de Mackenzie, volvió a aparecer la cara de Ellington. Parecía más contento de lo que estaba cuando le había respondido al principio, hacía cinco minutos.

“¿Necesitas un compañero?” preguntó.

“Si estás ocupado, allí, quédate. Quizá deberías quedarte allí hasta que suelten a Simmons. Alguien tiene que ser la voz de la cordura.”

“¿Y tú adónde vas?” preguntó.

“Tengo otra corazonada que comprobar,” dijo ella. “Tras hablar con una mujer en esa reunión de Alexandria, estoy empezando a pensar que los asesinatos no son actos motivados por la venganza.

Creo que son una forma de glorificación."

"¿Puedes repetir eso?"

Le explicó lo del predicador que había hablado de sí mismo como alguien que glorificaba a los jóvenes de los que abusaba—de esos adolescentes que estaban reemplazando a Jesús. Entonces le relató la breve conversación que había sostenido sobre esa teoría con Benjamin Holland.

"¿Y cuál es tu corazonada?" preguntó Ellington.

"Me pregunto si acaso el asesino pueda ser alguien que realmente admiraba a estos hombres que ha asesinado. Les crucificó de la misma manera que crucificaron a Jesucristo. Quizá respetaba más a algunos de ellos; esa es la razón de que la herida en el costado no estuviera presente en todos ellos. Me pregunto si estamos buscando a algún tipo de sacerdote o predicador desacreditado. Alguien con ese tipo de reverencia hacia estos hombres…"

"Sí, eso parece tener sentido," dijo Ellington. "Mantenme informado."

"Lo haré."

"A riesgo de parecer egoísta, tengo que preguntártelo: ¿sabes si vas a regresar al apartamento en algún momento esta noche?"

Deseaba sentirse frustrada por la pregunta, pero ella también sentía lo mismo. Esa chispa de lujuria y de alegría que llega con los puntos álgidos de toda relación. Ahora estaban en uno de esos puntos, un punto que parecía estar desarrollándose de manera muy agradable, aunque también era cierto que ambos tenían trabajos muy exigentes que eran su prioridad con mucha frecuencia.

"No lo sé, ya veremos. Si llegas allí antes que yo, calienta la cama para cuando llegue."

"Lo haré. Ve con cuidado ahí afuera."

Mackenzie sonrió, asintió, y concluyó la llamada. Entonces agarró el libro de Benjamin Holland y volvió a salir derecha por la puerta.

Afuera, la noche estaba cayendo sobre DC, pero Mackenzie tenía la extraña sensación de que su día no había hecho más que comenzar.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Debido al perfil de alto riesgo de esta investigación, Mackenzie solo tuvo que realizar dos solicitudes para obtener el número de teléfono que necesitaba. Y aunque el número de teléfono que buscaba era bastante notorio, se lo facilitaron casi con demasiada frivolidad. Mientras hacía la llamada al obispo suplente Whitter, la facilidad con que había obtenido su número le hizo darse cuenta de lo mucho que confiaban en ella McGrath y todo el bureau.

Whitter respondió al tercer tono y cuando Mackenzie se presentó, pareció ponerse completamente furioso.

"Agente White, creo que la última vez que hablé con usted, le dejé claro que no quiero tener nada que ver con usted."

"Sí señor. Así fue. Y yo—"

"Oh, puede detenerse ahí mismo," dijo Whitter. "Se ha mostrado muy grosera y ha insultado mi fe. Tenga en cuenta que contactaré con su supervisor e interpondré una queja formal."

"Eso es estupendo, de hecho," dijo Mackenzie. "Porque él es el que me ha dado autoridad absoluta en este caso. Por tanto, si le llama para quejarse de mí, dispóngase a responder a unas cuantas preguntas relativas a la obstrucción de información en este caso."

"Eso es un farol."

"Oh, me temo que no. Si quiere, le doy su nombre, número y extensión ahora mismo."

Whitter titubeó durante un instante antes de responderle. Hablaba en una voz muy baja que casi sonaba como el siseo de una serpiente. Ella podía imaginárselo apretando el puño alrededor del teléfono y hablando a regañadientes al otro lado de la línea.

"Está bien. Hay una cafetería en Georgina Avenue. Se llama Cuppa Joe. ¿Lo conoce?"

"Café," dijo Mackenzie, fantaseando. Y entonces, como sentía que estaba metida en el ritmo y simplemente no podía controlarse, añadió: "¡Aleluya!"

***

A las buenas gentes de Washington, DC, les gustaba su café, como se hacía evidente en la ridícula cola que había en la cafetería. Mackenzie divisó al obispo suplente Whitter de inmediato, sentado al fondo del café. Resistiéndose al tentador aroma de un café de tueste oscuro en camino, Mackenzie se dirigió a la parte trasera para reunirse con él.

Parecía disgustado cuando Mackenzie se sentó enfrente de él. Se estaba devanando los sesos, intentando caer en la cuenta de lo que podía haber hecho para irritarle tanto la última vez. Por lo visto, los mandatarios de la iglesia católica no agradecían que les arrojaran a la cara los trapos sucios de sus correligionarios de una manera tan desvergonzada.

No obstante, Mackenzie nunca había sido de las que se muerden la lengua para ahorrarle a alguien un mal trago. Sobre todo, ahora que se estaba acercando a respuestas sólidas.

“¿Entiendo que todavía están perdidos en lo que se refiere a este caso?” preguntó Whitter.

“Bueno, de hecho, hace poco que me he encontrado con una teoría muy prometedora,” dijo ella. “Estamos dando unos pasos hacia lo que creemos va a finalizar un plan. Sin embargo, nunca se pueden tener suficientes pistas. Debido a ello, tenía la esperanza de consultar algo con usted.”

“¿Más acusaciones deplorables?” preguntó Whitter, incrédulo.

“Lo cierto es que no. Estoy empezando a creer que estos asesinatos no están motivados por el odio o la venganza. Creo que el asesino tiene algo así como un respeto trastornado por sus víctimas—que está utilizando el acto simbólico de la crucifixión como una manera de glorificar a sus víctimas. Cree que se merecen la misma muerte y la misma veneración que Jesús.”

La idea pareció caer como una losa sobre Whitter. Su ira se disipó lentamente para transformarse en algo más. Tristeza, quizá, o terror.

“Además, creemos que el asesino está imitando el camino del conocido como Sendero de Jesús, otra indicación de que los asesinatos son una muestra de respeto más que de venganza.”

“Ya veo,” dijo Whitter, ahora con una actitud más suavizada. “¿Y cómo cree que le pueda ser de utilidad en esta ocasión?”

“En fin, la amplia dedicación y adoración de un hombre como ese me lleva a pensar que no estamos hablando de una persona ordinaria con una teología retorcida. Alguien con esta determinación debe de conocer y amar a Cristo de manera muy íntima… aunque al mismo tiempo, también tenga algún tipo de desequilibrio mental.”

“¿Cree que sea alguien de dentro de la iglesia?”

“Creo que es una posibilidad importante.”

“¿No le parece que puede estar tratando de demonizar a los hombres de Dios con su pequeña caza?”

“Con el debido respeto,” dijo Mackenzie, “en este punto de la investigación, cosas como trabajos y preferencias religiosas no suponen un factor. No me importa quién sea, no me importa lo que crea, y lo cierto es que no me importa dónde decida ir a practicar su fe. Así que no… no estoy demonizando a nadie. Simplemente estoy tratando de definir un perfil.”

“Y le pregunto de nuevo: ¿Cómo cree que puedo ayudar?”

“Necesito saber si puede pensar en cualquier sacerdote—o predicador o pastor o lo que sea— en la zona que hayan sido mal vistos porque quizá hayan sido demasiado apasionados. ¿Quizá alguien con un pasado turbio sobre el que nunca fueron demasiado claros?”

Podía decir de inmediato que Whitter tenía un nombre en mente. Podía percibirlo en la manera en que su mirada se había desviado de ella un segundo después de que le hiciera la pregunta.

“Entienda,” dijo, “que esto es difícil para un hombre de mi posición. Es como, para tomar prestado un pasaje de la biblia, señalar la astilla en el ojo ajeno cuando hay un tablón en el mío.”

“Sí, pero retener información que pudiera permitir a este asesino llevar a cabo otro asesinato solo va a hacer ese tablón más grande.”

Whitter soltó un suspiro tembloroso y dio la impresión de que podía acabar echándose a llorar. Mackenzie podía ver el conflicto interno que se estaba procesando en las expresiones que aparecían en su cara.

“Hace como cinco años,” dijo Whitter al final, “hubo un hombre llamado Joseph Hinkley. Vino a DC de algún sitio de Alabama. Era un baptista que estaba ardiendo de pasión por el Señor. Tenía un puesto aquí en una iglesia muy pequeña, y solo duró unos cuantos meses. Era uno de esos predicadores que habla del fuego y azufre infernales, que quiere que la gente se salve por miedo a la condenación en vez de por el amor y las promesas de Cristo. Se tomaba al pie de la letra muchas cosas que hay en el antiguo testamento. Los adúlteros merecen ser lapidados, la mujer no tiene lugar en el púlpito, cosas así.”

“Dice que solo duró unos cuantos meses en esa iglesia,” dijo Mackenzie. “¿Le dejaron marchar?”

“Sí. Se rumorea que ha intentado servir de pastor suplente en unas pocas iglesias más. Francamente, nunca le presté mucha atención. Los católicos no suelen tener en cuenta a los baptistas. Sin embargo, sí que se situó dentro de mi radar cuando empezó a acercarse a iglesias católicas. Intentó convencer a unas cuantas—el Sagrado Corazón fue una de ella, si recuerdo correctamente—de que le dejaran hablar de vez en cuando.”

“¿Asumo que nadie le aceptó jamás?”

“Correcto. Aunque dicen las malas lenguas que surge de vez en cuando en algún festival de esos, de la clase que se realiza bajo una carpa y donde hay muchos gritos y amenazas para sacar el pecado de dentro de la gente. Supongo que algunos dirían que es un antiguo predicador desacreditado. Pero la cosa con él era… que parecía estar fascinado no solo con Cristo, sino con los hombres que hablaban sobre Él. Le parecía que la gente que comunicaba la verdad de Jesús a las masas se merecía casi el mismo ensalzamiento que el mesías.”

“¿Y eso no es común en círculos religiosos?”

“No, es una blasfemia. Y cada vez que alguien se aproxima a comportarse de esa manera, por lo general se arrepiente de ello, pero Joseph Hinkley lo utilizaba como el centro de su mensaje, por lo que tengo entendido.”

“¿Tiene idea de dónde vive, por casualidad?” le preguntó Mackenzie.

“No, pero creo que sigue por DC. Escucho su nombre de vez en cuando, y no por buenas razones.”

“Gracias,” dijo Mackenzie. “Sé que le resultó duro volver a hablar

conmigo.”

“Creo que me he explicado bien,” dijo. “No tengo ninguna pega con usted, pero resiento a un gobierno y a unos medios de comunicación que siempre están presentando mi religión como un caldo de cultivo para la intolerancia y el odio.”

“Eso es lo último que deseo hacer.”

“Y eso creo sobre usted,” dijo Whitter. “La he recordado en mis oraciones, agente White. A pesar de lo que pueda parecer a simple vista, realmente espero que pueda terminar con esto cuanto antes.”

“Lo mismo digo,” dijo Mackenzie. Y, sin saber muy bien cómo responder, añadió: “Y gracias por las oraciones.”

“¿Cree que funcionan?” preguntó Whitter, como si le sorprendiera.

Mackenzie se encogió de hombros. “No lo sé,” dijo, respondiendo con honestidad. “Pero sé que usted cree que lo hacen. Y eso ya de por sí significa mucho para mí.”

Dicho esto, le hizo un gesto de gratitud y se puso en pie. La cola había bajado en el mostrador, así que se unió a ella y leyó el menú. No estaba cansada (y dudaba de que lo estaría en mucho tiempo) pero una inyección extra de cafeína nunca hacía daño.

Tenía la sensación de que iba a ser una noche muy larga.

Continuó la marcha sacando su teléfono y enviando un mensaje de texto a Harrison. Joseph Hinkley, tecleó. Antiguo predicador baptista. Necesito su información cuanto antes.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Harrison resultó ser tan rápido y eficiente como de costumbre. Para cuando Mackenzie regresó a su coche y estaba dando el primer trago a su café de tueste oscuro, ya la estaba llamando. Saboreó su café por un instante antes de responder, esperando que Hinkley acabara siendo otra pieza del puzle—algo tan útil como la información sobre el Sendero de Jesús.

“Ni que los escogieras con pinzas, White,” dijo Harrison.

“Cuéntame.”

“Básicamente, Joseph Hinkley no tiene antecedentes que mencionar hasta los treinta y siete años. Su primer desliz sucedió hace siete años cuando le arrestaron por atacar a un agente de la policía en Baltimore durante una manifestación contra la construcción de una mezquita islámica. Un año después, le arrestaron por golpear a su mujer, a quien pegó dos puñetazos en la cara y uno en las costillas. Después de que le abandonara, acabó conviviendo con una chica de veintidós años. También a ella la pegó. Estoy mirando sus antecedentes y, por lo visto, dice que las pegaba porque no sabían apreciar al Señor y sus senderos, así que tenía que castigarlas.”

“¿Algo peor que eso?”

“No por lo que estoy viendo. Le mencionan en unos cuantos casos de referencias cruzadas donde estaba en el escenario de protestas o eventos polémicos donde había una gran presencia policial pero no… por lo demás, no hay más señales de alarma.”

“¿Tienes una dirección?” le preguntó.

“Así es. Te la enviaré por mensaje cuando colguemos el teléfono.”

Fiel a su palabra, Harrison le envió un mensaje en menos de diez segundos después de terminar la llamada con Mackenzie. Estuvo a punto de conectar la dirección con su GPS, pero se dio cuenta de que no necesitaba hacerlo. Reconocía ese lugar. De hecho, ya había estado muy cerca de él hacía cuatro días.

Por lo visto, Joseph Hinkley vivía en Bedford Avenue—a menos de una milla de distancia de la Iglesia Presbiteriana Cornerstone.

***

El protocolo hacía necesario que, debido a que Hinkley había sido condenado como maltratador doméstico, Mackenzie tenía que ir a visitarle con un compañero. Y como Ellington todavía se encontraba procesando el callejón sin salida de Joseph Simmons, fue Harrison el que le acabó acompañando. Parecía muy satisfecho de ser parte de ello—quizá solo para probar de nuevo brevemente cómo había sido ser su compañero antes de que su madre falleciera. O quizá porque ya estaba harto de sentarse detrás de un escritorio y de ser un sabueso de la investigación glorificado.

Mackenzie se alegraba de contar con él. Era entusiasta y proactivo. Y desde el punto de vista profesional sabía que él podía aprovechar la práctica.

Cuando Harrison y ella llegaron a la residencia de Hinkley, no cabía duda de que había alguien en casa. De hecho, unas cuantas personas. Mackenzie contó cuatro coches en la pequeña entrada de la vivienda. También daba la impresión de que todas las luces del lugar estaban encendidas. Cuando se apeó del coche y caminó hacia el porche de entrada, vio a dos personas caminar directamente junto a la ventana frontal, de espaldas a la calle.

"¿Algún tipo de fiestecita o algo así?" preguntó Harrison.

"Si ese es el caso," dijo Mackenzie, "parece ser una fiesta bastante patética."

La casa no era nada del otro mundo. Era una vivienda chapucera de dos plantas que parecía llevar mucho tiempo en pie. Su antigüedad se podía ver en el porche. La luz del porche revelaba la pintura desconchada de la fachada y una puerta principal que había combatido su buena cantidad de moho.

La luz del porche estaba encendida, indicando que al menos tres de los coches en la entrada pertenecían a invitados. Mackenzie se acercó hasta la puerta y llamó, escuchando las voces de al menos dos personas que murmullaban en el interior. Se dio una leve conmoción en el interior cuando alguien se acercó a la entrada. Les abrió la puerta un hombre de unos cuarenta y muchos años, que ostentaba una amplia sonrisa entre su bigote y su barba tupidos.

"¿Puedo ayudarle?" preguntó el hombre.

"¿Es usted Joseph Hinkley?" preguntó Mackenzie.

"Así es. ¿Y usted es?"

Le mostró su placa y se presentó. "Soy la agente Mackenzie White del FBI." Entonces, con un gesto hacia su costado, dijo, "Y este es mi compañero, el agente Harrison. Esperaba que tuviera el tiempo de responder a algunas preguntas."

Hinkley pareció alarmado y confundido. Miró brevemente por encima de su hombro por un instante antes de salir al porche y prácticamente cerrar la puerta detrás de sí.

“¿De qué se trata?” preguntó.

Mackenzie miró hacia la apertura en la puerta, oteando más allá del enjambre de insectos nocturnos que revoloteaban alrededor de la luz del porche. “¿Tiene compañía esta noche, señor Hinkley?” le preguntó.

“Sí. Es un grupo de estudio de la Biblia que hago desde mi casa dos veces por semana. Esta noche trata del Libro de las Lamentaciones. ¿Lo conoce?”

Mackenzie le sonrió con ironía y sacudió la cabeza. “Quería hacerle unas preguntas, ¿recuerda?”

“Sí,” dijo él. “Y sí, claro… puedo responder cualquier pregunta que tenga. ¿Le importaría pasar adentro?”

“Claro, gracias.”

Invitó a los agentes a que entraran a la sala de estar de la casa. Allí, había otros cinco hombres sentados a una mesa de café sobre la que había tres biblias. Estaban metidos en una conversación hasta el momento que Mackenzie y Harrison entraron a la sala.

“Lo siento, amigos,” dijo Hinkley. “¿Me podéis dar unos minutos? Continuad si queréis, por supuesto. Corey… sigue con el capítulo tres, verso siete.”

Uno de los hombres asintió mientras Hinkley llevaba a los agentes por un pequeño pasillo hacia el interior de la cocina. Al igual que el porche, la cocina también mostraba la antigüedad de la casa. El linóleo estaba mugriento y ligeramente levantado por las esquinas. Había un olor suprimido a moho y basura—los olores de un hombre al que no le importaba demasiado cómo pudiera percibir la gente su hogar.

“¿Puedo ofrecerles un agua mineral?” preguntó Hinkley.

“No gracias,” dijeron Harrison y Mackenzie, casi al unísono.

Hinkley se encogió de hombros. “Es lo menos que puedo hacer por una mujer tan bonita como usted a la que envían en medio de la noche a casas de hombres desconocidos. Es una vergüenza. ¿No tiene el gobierno en consideración este tipo de cosas?”

Guau, pensó Mackenzie. Sin duda está chapado a la antigua usanza.

“Con toda franqueza, solo tengo unas cuantas preguntas que hacerle,” dijo Mackenzie. “Si todo va bien, podrá regresar a su grupo de estudio en unos cinco minutos más o menos.”

“Sin duda alguna, pregunte lo que sea,” dijo Hinkley.

“Su nombre ha aparecido en un caso que estoy investigando. Entre nosotros, es una conexión que no me parece que tenga mucho peso, pero tengo la obligación de investigarlo todo.”

De inmediato, Mackenzie se dio cuenta de que su actitud liviana le hizo sentir más cómodo. Con sus defensas completamente retiradas, era mucho más fácil que acabara revelando algún pequeño detalle que pudiera ayudar a atraparle… si era al que tenían que atrapar, claro está.

“¿Se trata de esos pobres hombre de Dios que han asesinado?” preguntó.

“Sí. Imagino que lo ha visto en las noticias, ¿verdad?”

“Así es, y es absolutamente horrible.”

“¿Conocía a algunos de ellos en persona?” preguntó Harrison.

“No a nivel íntimo, la verdad.”

“Dado su historial, ¿alguna vez se cruzó con alguno de ellos?” preguntó Mackenzie.

“Pues bien, hablaba con el reverendo Tuttle bastante a menudo. Como estoy seguro que ya sabe, Cornerstone está aquí al lado. Algunos días—no con gran frecuencia, pero con la suficiente como para convertirse en una especie de costumbre—me pasaba por allí si le veía dando una vuelta fuera del lugar. A veces cortaba el césped y hacía trabajos de jardinería, ¿sabe?”

“¿Entonces se llevaba bien con él cuando murió?”

“Por lo que yo sé, sí. No estábamos de acuerdo en muchas cosas respecto a la buena obra, pero siempre se mostró tolerante conmigo. Nunca me habló con condescendencia ni intentó hacerme cambiar de parecer. Me caía bastante bien.”

“¿Y sobre qué tipo de cosas intentaría hacerle cambiar de opinión?”

Entonces Hinkley sonrió; era una sonrisa algo tristona, una de esas que realmente parecía querer ser un desprecio o un ceño fruncido. “Por mucho que fuera un buen hombre, el reverendo Tuttle formaba parte de ese enorme porcentaje de seguidores de Jesucristo que toman el antiguo testamento como si se tratara de meras sugerencias. Suavizaba la ira de Dios y la convertía solo en amor.”

“¿Y es eso tan terrible?” preguntó Mackenzie.

“Para el mundo… no. Claro que este es un mundo caído. Y ha caído porque el hombre ha decidido desobedecer a Dios. Cuando uno le quita la ira y la disciplina a Dios, no quedan más que un conjunto falso de directrices. Pero, como ya he dicho… ni yo le criticaba a él ni él me criticaba a mí. Siempre fuimos civilizados con nuestros desacuerdos.”

“¿Conocía a algunos de los otros?”

“No muy bien. He visto hablar al pastor Woodall unas cuantas veces. En una ocasión, me acerqué al final de un servicio para pedir clarificación sobre algo. Era un hombre inteligente. Quizá demasiado inteligente para su propio bien. Dejaba que el intelecto interfiriera con su redención, si quiere saber mi opinión. Y el padre Coyle… hablé con él quizá unas cuantas veces. Le conocí en una protesta hace unos cuantos años y tuvimos una conversación realmente buena.”

“¿Qué tipo de protesta?”

“Una manifestación en contra el aborto,” dijo Hinkley, bastante orgulloso.

No piques el anzuelo, se dijo Mackenzie a sí misma. Entonces se dio cuenta de que no era un anzuelo. Estaba hablándole tan clara y honestamente como le era posible.

“¿Sería capaz de decirnos dónde se encontraba las últimas noches?” preguntó Harrison.

Hinkley asintió con solemnidad, como si se estuviera esperando que la conversación acabara llegando a este punto. Sin decirle ni una palabra a Mackenzie, su expresión le dijo claramente que sabía que le estaba considerando como un potencial sospechoso.

“Así de memoria, le puedo dar detalles bastante específicos para todas las noches hasta hace unos nueve o diez días.”

“Eso estaría muy bien,” dijo Mackenzie.

“Pues bien, estaba en Virginia, en la zona sureste, durante tres días de la semana pasada. Solo regresé a DC hace cuatro días.”

“¿Y qué estaba haciendo allí?” le preguntó Mackenzie.

“Acudí a un festival de renacimiento y hablé en otro más,” dijo él. “Si le ayuda, tengo los recibos del hotel para probarlo.”

No está mintiendo, pensó Mackenzie. Si le pido que vaya a por ellos, lo hará. Lo hará de inmediato y los tendré en mis manos en menos de dos minutos. Y él sonreirá con arrogancia todo el tiempo.

“¿Y qué hay de las cuatro noches pasadas?” le preguntó.

“Estuve aquí todas esas noches. Tuvimos un grupo de estudio de la biblia hace tres noches. Duró hasta las diez más o menos.”

Mackenzie estaba a punto de hacer una pregunta más cuando su teléfono vibró en su bolsillo. Al ver que se trataba de Ellington, pasó el pulgar sobre RESPONDER.

“Señor Hinkley, ¿le importaría mostrarme esos recibos?”

“Por supuesto,” dijo él. “Un momento.”

Cuando Hinkley salió de la cocina, Mackenzie miró a Harrison de inmediato. “¿Tus pensamientos iniciales?”

“Parece un tipo raro, pero no creo que sea nuestro hombre.”

“Lo mismo digo,” dijo Mackenzie. “Un segundo,” añadió, señalando su teléfono. Entonces respondió a la llamada: “Hola. ¿Qué pasa?”

“Pensé en decirte que lo de las patrullas delante de esas iglesias no va a tener una prioridad tan alta como McGrath acordó inicialmente,” dijo Ellington.

“¿Y por qué no? ¿Tiene una idea mejor?”

“Bueno, está dando mucho trabajo a los recursos humanos. Puede que tengamos patrullas fuera de ellas, pero no va a ser la prioridad.”

“¿Y no es él el que quería solucionar esto a toda prisa antes de que se le vengan encima todos en el Capitolio? ¿Y ahora está

preocupado por los recursos humanos?”

“Piensa en ello, Mac. ¿Qué va a resultar más eficiente? ¿Unos cuantos agentes a la caza activa de este tipo o unos cuantos agentes sentados sin hacer nada, esperando que el asesino pueda aparecer por allí? Además… anoche mató a alguien. Los otros asesinatos han sido espaciados. Las posibilidades de que ataque esta noche son mínimas. No podemos sentarnos a esperar sin más.”

Tiene razón, pensó. Aun así, le parecía que era un error. La pista del Sendero de Jesús parecía robusta y le daba la impresión de que tenían que dar en el clavo si la seguían hasta el final.

“Está bien,” dijo. “Gracias por comunicármelo.”

Terminó la llamada cuando vio a Hinkley regresando por el pasillo hacia la cocina. Cuando le entregó los recibos, lo hizo con una sonrisa retorcida en su cara. Aquí tienes la prueba de lo completamente equivocada que estás, parecía decir esa sonrisa.

Mackenzie echó un vistazo a los recibos y vio que eran legítimos. Harrison estaba mirándolos por encima de su hombro, echando una ojeada en detalle. Mackenzie sabía que podía llamar al motel y asegurarse de que no se había registrado para salir de inmediato de regreso a DC y cometer los asesinatos, pero eso no tenía mucho sentido y resultaba un movimiento desesperado.

No es él, pensó. Ya lo sabías hace unos minutos, por la manera en que habló de Tuttle. Por tanto, olvídalo y sigue adelante.

“Gracias por su cooperación,” dijo Mackenzie, pasándole los recibos. “Le dejaré regresar a su grupo de estudio de la Biblia.”

“Gracias. Y agente… es bastante triste, ¿no es cierto?”

“¿Qué lo es?”

“El hecho de que a unos hombres que dicen creer con tal fervor en Dios les pareciera tan amenazadora una persona que no estuviera de acuerdo con ellos como para apuntarle con el dedo. Les hace sentir incómodos. Les hace más fácil darle la espalda a su propio pecado.”

Como la astilla y el tablón que mencionó Whitter, pensó Mackenzie… con bastante ironía.

“Lamento que eso le disguste,” dijo Hinkley.

No, lo cierto es que no lo lamenta, pensó ella.

“Agente Harrison,” dijo Hinkley, “le ruego que se asegure de estar siempre pendiente de la agente White. Lleva un traje muy ajustado, con una falda demasiado corta. Y, al fin y al cabo, vivimos en tiempos malvados.”

“Con el debido respeto,” dijo Harrison. “La agente White no necesita protección.”

Mackenzie no dijo nada, aunque sonrió. También le ofreció un sencillo gesto de asentimiento a Hinkley mientras regresaba por el pasillo con Harrison siguiéndole por detrás. Lo cierto es que ni siquiera se molestó en volver a mirar al pequeño grupo de hombres que estaban reunidos en la sala de estar para sus estudios. Caminó directamente de vuelta a la noche y aceleró el paso mientras caminaba hacia su coche. Estaba bastante contenta de que Harrison estuviera con ella. El simple hecho de que hubiera alguien más con ella le ayudaba a sentirse asentada, y a que el desaliento no pudiera con ella.

A pesar de que fuera inocente, Hinkley le había puesto algo nerviosa. Tenía un aire de certidumbre—una confianza absoluta en que él tenía razón y los hombres que habían sido asesinados estaban equivocados. Y, si ese era el caso, sin duda no hubiera matado a esos hombres con el motivo de glorificarles.

Quizá nos hayamos equivocado con lo de la glorificación, pensó. Y si ese es el caso, ¿en qué más nos hemos equivocado?

Era un pensamiento desasosegante, una idea que le hizo salir casi al derrape de la entrada de Joseph Hinkley.

CAPÍTULO TREINTA

A pesar de que requería conducir de más, Mackenzie salió de la residencia de Hinkley y condujo hasta la Iglesia Baptista Monumento y la Iglesia del Distrito de Dios. Primero llegó a la Iglesia Baptista. Las dos estaban tan cercanas la una de la otra que cuando se bajó del coche y puso el pie en el pavimento, podía ver literalmente el campanario erigiéndose en forma de sombra de la noche más arriba de la calle en el lado opuesto.

También vio que había un coche señuelo aparcado delante de la Iglesia Baptista, la clase de modelo simple del 2005 que solía estar aparcado en el aparcamiento del bureau. Mackenzie levantó la mano para saludar al hombre que había en su interior, en un gesto de reconocimiento. La silueta en el interior del coche le devolvió el gesto, con un movimiento cansino y apático.

El pobre hombre está de lo más aburrido, pensó Mackenzie. Quizá no lo estuviera si le estuvieran prestando a este lugar la atención que se merece.

La noche era oscura—solo era visible un cuarto de la luna—así que utilizó su linterna para investigar el terreno. La Iglesia Baptista Monumento era una iglesia bastante pequeña, más o menos tan pequeña como la diminuta iglesia donde se había reunido con Benjamin Holland. Había un pequeño camposanto en la parte trasera de la propiedad, algo que rara vez veía en la ciudad, y que añadía una cualidad tenebrosa a la escena. Después de recorrer la propiedad, condujo un poco más arriba hasta la Iglesia del Distrito de Dios.

Esta iglesia parecía casi una tienda pequeña. Había un aparcamiento asfaltado perfectamente acabado en la parte delantera. Cuando ascendió hasta los ventanales que miraban al interior, no pudo ver gran cosa con su linterna.

Quizá Ellington y McGrath tengan razón, pensó. Más de una o dos personas apostadas aquí serían un desperdicio. Las otras iglesias tenían cierto encanto y belleza—hasta la mucho más pequeña de Cornerstone. Estos dos lugares… son como monumentos olvidados a un Dios en el que la gente solo cree a medias.

Sin saber con certeza si su encuentro con Hinkley le estaba haciendo sentir simplemente derrotada, Mackenzie sabía que tenía que volver a sentarse detrás de los archivos del caso. Necesitaba

sentirse cómoda, con la mente vacía de cualquier otra cosa. Incluso si estaba equivocada sobre estas dos iglesias, todavía le parecía que había encontrado algo.

¿Pero el qué?

Era una buena pregunta. Y era una pregunta que tenía la intención de responder antes de que saliera el sol. Regresó a su coche, saludando al hombre que estaba de patrulla al pasarle de largo. Esta vez, apenas levantó su mano como respuesta.

***

Ellington ya había llegado a casa cuando ella apareció. Y aunque se estaba preparando para ir a la cama y haciendo bromas sobre cómo podían calentarla los dos juntos, le ignoró. Tenía que ponerse a mirar esos archivos. Por suerte, Ellington sabía todo sobre su ética de trabajo y no se lo tomó personalmente. Tampoco le ofreció su ayuda, a sabiendas de que también le rechazaría esa oferta.

Y no se quejó de nada en absoluto. Él la conocía así de bien, y sabía que tenía que trabajar a solas, en perfecto silencio y sin distracciones.

Por eso le amo, pensó. Por eso, si me salgo con la mía, voy a acabar casándome con él.

Sacó un refresco del frigorífico a las 11:15 de la noche y empezó a repasar de nuevo los archivos del caso. Las fotos de las escenas del crimen. Los informes del forense. Todo lo que pudo encontrar en sus archivos en papel y en todos los emails y documentos digitales que tenía guardados en su ordenador.

Vio lo mismo en todas las fotos. Todos los hombres que habían sido asesinados, a los que habían dejado prácticamente desnudos, y habían crucificado de una manera que recordaba a Jesucristo.

Incluso si estos son actos de glorificación, los está llevando a cabo un asesino, pensó. Y para alguien que no tiene escrúpulos para matar, algo tan aparentemente simple como la gloria sería un claro sinsentido.

Mackenzie examinó las fotografías sobre la mesa, la una junto a la otra. Cada uno de los asesinatos… había algo diferente en cada uno de ellos. Justo lo suficiente como para indicar que tenían una razón de

ser. Estaba el tímido corte en el costado de Woodall; después el tajo más repulsivo y muy obvio en el costado de Coyle. Además, con Coyle, habían encontrado artículos personales a los pies de la cruz.

Es como si estuviera desarrollando alguna cosa. Y se está tomando el tiempo que le da la gana para hacerlo.

Por escalofriante que resultara, dudaba de que otro asesinato más satisfaría al asesino. Por tanto, si iban a trabajar sobre la suposición de que el enfoque del Sendero de Jesús era correcto, quizá hubiera más de una parada por el camino—el equivalente a Capernaum.

¿Y si hay una trayectoria diferente? ¿Hubo a lo mejor otra ruta bien conocida por la que caminó Jesús?

Pasó algún tiempo en Google y no dio con nada de interés. El Sendero de Jesús resurgía una y otra vez.

Para cuando llegó a su segundo refresco, Mackenzie había recurrido a escarbar información sobre los cuatro fallecidos. Vio unos cuantos artículos sobre ellos, y el padre Costas hasta tenía su página en Wikipedia. En ella, se veía una fotografía de él hablando desde el púlpito, con una sonrisa paternalista en el rostro. Tenía su elegante iglesia detrás suyo—los blancos, las columnas ornamentadas con buen gusto, una pieza de bajorrelieve extraña pero serena.

Unos cuantos minutos después, se encontró con un video en YouTube del pastor Woodall. Estaba realizando un circuito de la iglesia. En el circuito le apoyaba un hombre que Mackenzie había conocido la mañana en que habían asesinado a Woodall—Dave Wylerman, el director musical. A medida que el video llevaba al espectador a través del santuario (una sala grande que parecía más bien un teatro que una iglesia), Mackenzie percibió las diferencias entre los interiores de Living Word y el Sagrado Corazón. Mientras que el Sagrado Corazón era luminosa, resaltada con dorados falsos y luz natural que se derramaba por todas partes, parecía que Living World se basara más bien en colores mates y tonos terrestres. Hasta las pinturas que había en las paredes de la enorme sala de entrada a Living World parecían oscuras y apagadas.

Casi se le pasa por alto por ser tan poco llamativo, pero, después de un momento de zozobra, detuvo el video y lo rebobinó unos diez segundos. Observó cómo Woodall y Wylerman atravesaban la sala de entrada y entonces detuvo el video cuando la pintura volvió a aparecer en pantalla.

La estudió durante un momento y redujo el tamaño de la ventana. Entonces abrió de nuevo la página de Wikipedia para el padre Costas y también redujo esa ventana. Amplió la imagen de la pintura y entonces colocó las dos ventanas la una junto a la otra.

La pintura que había al fondo de Living World tenía unas cuantas similitudes con el bajorrelieve que el padre Costas tenía detrás suyo en la fotografía.

Sintiendo curiosidad, envió un mensaje de texto a Harrison. Sabía que era un pájaro nocturno y que seguramente le respondería con su rapidez habitual. ¿Tenemos ALGUNA foto de los interiores de Cornerstone o de St. Peter?

Mientras esperaba, realizó una búsqueda de imágenes en Google de la Iglesia Presbiteriana Cornerstone, Washington, DC. Tuvo que descender un poco hasta que pudo encontrar algo, e incluso entonces, tampoco fue gran cosa. Unas pocas fotografías de una comida en grupo de la escuela bíblica vacacional del año pasado. Una fotografía de un coro que estaba de visita. Unas cuantas imágenes del reverendo Tuttle. Nada más.

Recibió un mensaje de vuelta de Harrison once minutos después de enviarle el suyo. Lento viniendo de Harrison, pero no demasiado si se tenía en cuenta que ya eran la 1:48 de la madrugada.

Tuve que reenviar tu solicitud a antecedentes, le contestó. El caso es urgente, así que se lanzaron a por ello. Te van a enviar un email con algunas fotos del interior de St. Peter tomadas después del asesinato de Coyle.

Mackenzie comprobó su email y, sin ninguna duda, allí había un email de los de Antecedentes esperándola. Se titulaba St. Peter.

Mackenzie abrió el email y pulsó en el vínculo que contenía. Fue redirigida a un servicio de intercambio de archivos del bureau donde había dieciocho fotos del interior de St. Peter. No tuvo que llegar ni a la tercera antes de ver lo que estaba buscando.

En segundo plano, detrás del santuario y casi centrada perfectamente en la foto, había una pieza de imitación de bajorrelieve. Aunque no parecía compartir el mismo estilo que lo que había visto por casualidad en Living World o en el Sagrado Corazón, había muchas similitudes.

Era demasiado como para ignorarlo.

De hecho, en ese instante, parecía increíblemente importante.

Miró su reloj y después su teléfono. Las 2:03 de la madrugada.

No tenía elección. Convencida de que el hombre iba a acabar teniéndole manía muy pronto, Mackenzie llamó por teléfono a Benjamin Holland.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Mackenzie se sintió tan sorprendida como aliviada de que Benjamin no pareciera estar tan agotado como ella esperaba. Eran las 2:50 cuando le siguió de nuevo a la pequeña biblioteca que había en la parte de atrás de su diminuta iglesia. Benjamin parecía estar casi feliz de encontrarse allí, como si estuviera regresando a su lugar favorito en el mundo entero.

"No tengo palabras para decirle cuánto le agradezco que se reúna conmigo a esta hora tan intempestiva," dijo Mackenzie.

Benjamin se encogió de hombros al tiempo que se acomodaba en el sofá. "Soy algo así como un ave de medianoche," le dijo. "Cuando me llamaste, estaba preparándome para concluir con la noche."

“Haré lo que sea posible para que pueda volver a la cama cuanto antes,” le dijo ella.

Mackenzie llevaba la bolsa de su ordenador portátil al hombro. Se la sacó de encima, abrió el ordenador, y encontró las imágenes que había estado examinando en tanto detalle en su apartamento.

“Aunque seguimos tomando en cuenta el enfoque del Sendero de Jesús, hay algo más que he notado en algunas de estas imágenes. Al principio, pensé que no era nada importante, pero no sé… me resulta demasiada coincidencia, la verdad.”

“Bien,” dijo Benjamin. “Veamos qué es lo que tienes.”

Mackenzie pasó los siguientes minutos llevándole por el proceso gracias al que se había topado con las imágenes—de la pieza de arte detrás del padre Costas, de la pintura en Living World, del falso bajorrelieve en St. Peter. Entonces examinaron las imágenes con detenimiento. Benjamin parecía sentirse bastante fascinado mientras estudiaba las fotografías, y se acabó dibujando una sonrisa en los extremos de sus labios.

“¿Reconoce el arte?” le preguntó Mackenzie.

“Así es,” dijo él. “Quiero decir, nunca he estado en St. Peter en mi vida así que no he visto esas piezas de arte, pero sin duda las reconozco por lo que son. Las tres fotografías con las que te has topado… son tres estaciones del Calvario de Jesucristo.”

“¿Y qué es eso, exactamente?” le preguntó, sintiendo lo poco que le gustaba no estar educada en un área específica.

“En latín, se conoce como el Via Crucis. Son representaciones de lo que vivió Jesucristo el día que le crucificaron. Hay catorce en total —catorce imágenes que muestran diversas escenas de aquel día. Empieza en el momento que Pilatos condenó a Jesucristo a morir y termina cuando le colocan en su tumba. Hay una representación más o menos oficiosa que muestra a Jesucristo resucitando.”

“¿Y esto es algo bien conocido?”

“Lo cierto es que no,” dijo. Como si hubiera sido sacudido por otra idea, Benjamin se levantó del sofá y empezó a mirar entre los libros. Pasó su dedo con pericia sobre sus lomos, en busca de uno en particular.

“Si agarras a una persona cualquiera en la calle y le preguntas al respecto, seguramente no tendrá ni idea de lo que estás hablando,” continuó. “Sin embargo, supongo que, si vives en Jerusalén, lo conocerías. Hay un callejón en la ciudad que se conoce como la Via Dolorosa que tiene las estaciones numeradas. La gente puede caminar por ella como una forma de recordatorio y de oración. Por supuesto, como vemos en las fotografías, hay representaciones duplicadas por todo el mundo. Una de las más populares, creo, está en Portugal.”

Dicho esto, seleccionó un libro de la estantería y empezó a hojearlo mientras regresaba al sofá. Para el momento que llegó al sofá, había encontrado lo que estaba buscando y le entregó el libro a Mackenzie.

Miró las páginas que tenía delante y vio distintas representaciones de las escenas del Calvario de Jesucristo. Había una muy hermosa en Portugal en el Altar de Nuestra Señora de Fátima. Había un conjunto completo a todo color ubicado en la iglesia portuguesa en Calcuta. Cuando pasó a la siguiente página, hasta vio imágenes de gentes que reproducían el paseo de Cristo al Gólgota, hasta con enormes cruces atadas a las espaldas de los actores.

“Muy bien,” dijo Mackenzie, con la sensación de que las piezas empezaban a encajar en su sitio. “Entonces, ¿qué puede decirme sobre las representaciones de estas iglesias aquí en DC?”

“Bueno, la que vemos en Living World es bastante obvia, creo yo. Muestra a Jesucristo cayéndose debido al peso de la cruz que carga a su espalda. Durante las estaciones, se cae en tres ocasiones pero, cada vez que se cae, hay más gente a su alrededor, representando la multitud que se reunió para verle morir. Dado que en esta representación hay muy pocos testigos, diría que se trata de la primera caída.”

“De las catorce estaciones, ¿dónde encaja esta en el orden?”

Benjamin tomó el libro de sus manos, pasó unas cuantas páginas, y llegó a una página que mostraba una lista de las estaciones. “Aquí,” dijo. “Esta sería la tercera estación.”

“¿Y la representación en St. Peter?”

Ambos examinaron la pintura en el interior de St. Peter. Mostraba a una mujer, supuestamente María, que se acercaba a Jesucristo mientras él continuaba hacia delante con su cruz.

“Jesús se encuentra a María,” dijo Benjamin. “Esa es la cuarta estación.”

Para Mackenzie, otra pieza enorme del puzle encajó en su lugar. Si la representación del Calvario que hay en el Sagrado Corazón representa la primera estación, ya tengo a este bastardo.

Ya que la tercera estación había sido la de Living World… y el pastor Woodall había sido la tercera víctima. Y la cuarta estación estaba representada en St. Peter, y el Padre Coyle había sido la cuarta víctima.

Otra certidumbre surgió dentro de ella, una que le hizo sentir más segura que nunca de que se trataba de la clave.

Este tipo podría matar a sus víctimas en sus casas sin ningún problema, pero ha elegido hacerlo en las iglesias. Por alguna razón, cree que el acto tiene que suceder en el lugar donde esa estación del calvario en particular está representada. Todas estas muertes… dondequiera que tengan lugar los asesinatos, todo termina en una iglesia…

Juntos, Mackenzie y Benjamin miraron la imagen en el Sagrado Corazón. Amplió la representación de la estación que había detrás del Padre Costas. Vio a Jesucristo, de pie junto a otras personas mientras otro pequeño grupo le miraba desde algún tipo de escalinata larga o alguna clase de escenario. El hombre en el centro tenía aspecto regio y autoritario. La convicción al respecto le llegó a Mackenzie al mismo tiempo que Benjamin dijo las palabras.

“Este es el momento en que Pilatos condena a Jesucristo,” dijo Benjamin. “Es la primera estación del Calvario.”

“Entonces, está yendo en orden,” dijo Mackenzie.

“Eso es lo que parece dar a entender,” dijo Benjamin seriamente.

Mackenzie echó una ojeada a la lista cronológica de las estaciones del calvario. La quinta estación mostraba la escena en que Simón venía a ayudar a Cristo a llevar la cruz.

“Por casualidad, ¿no sabrá qué iglesias en DC tienen piezas de arte que representan la quinta estación?” preguntó.

“Me temo que no,” dijo. “Pero puedo hacer unas cuantas llamadas y tratar de conseguir la respuesta.”

“Eso sería extraordinario,” dijo ella.

“Puede llevar algo de tiempo, dada la hora que es.”

Mackenzie asintió, negándose a sentirse desalentada de nuevo. “Eso está bien,” dijo. “Le agradezco de verdad todo lo que pueda hacer por ayudar. ¿Me puede hacer el favor de llamarme en cuanto obtenga una respuesta?”

“Si obtengo una respuesta, sin duda.”

“Veré lo que puede hacer el bureau para ayudarnos a encontrarla,” dijo Mackenzie. “Gracias de nuevo.”

Con esto, dejó el estudio por segunda vez en menos de doce horas.

Esto es lo que buscaba, pensó. Esta es la conexión. Esto es lo que nos va a ayudar a atrapar a ese malnacido.

Corrió al coche y casi salió al derrape de su posición para ponerse en camino hacia la oficina central del FBI.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Mackenzie no sabía con certeza cuánto tiempo llevaría encontrar una pieza de información al azar como la que Benjamin y ella estaban buscando. Aun así, cuando llegaron las 4:30 y vio que estaba en una sala de conferencias con otros tres agentes y sin ninguna respuesta más, empezó a sentir que el tiempo se le estaba escapando de las manos. Llegó un momento en que estaba esperando que el teléfono sonara en cualquier instante—ya fuera con las buenas noticias de Benjamin, o con la terrible noticia de que el asesino había atacado de nuevo mientras todos ellos estaban ocupados llamando por teléfono a numerosas iglesias para preguntarles por las obras de arte que tenían colgadas de sus corredores y santuarios.

Ellington, Yardley, y Harrison se encontraban con ella en la sala. Yardley estaba comprobando todos los antecedentes de donaciones de museos de arte de los últimos cincuenta años, en busca de alguna señal de que se hubiera donado alguna representación de la quinta estación del Calvario a una iglesia local. Harrison se disculpaba con todos los líderes de las iglesias a los que estaba telefoneando, preguntándoles por las obras de arte que tenían en sus iglesias. Ellington estaba haciendo de mediador e intentando mantener contento a McGrath, haciendo lo que podía por explicarle el descubrimiento de Mackenzie sobre las estaciones del Calvario.

Mientras tanto, Mackenzie continuaba investigando las estaciones y su importancia para las diferentes denominaciones. Quizá pudiera encontrar un motivo escondido en la historia y la teología de todo el asunto. Casi deseaba estar en el estudio de Benjamin Holland, alrededor de sus aparentes recursos ilimitados en cuanto a textos de carácter religioso. En vez de eso, se conformó con lo que tenía: Google y Wikipedia.

Ellington, que había estado al teléfono con McGrath los pasados minutos, dejó su teléfono a un lado y se sentó junto a Mackenzie.

“En fin, no está muy contento,” dijo.

“Claro que no. No le he propuesto ningún truco de magia para apuntar al asesino directamente con el dedo.”

“Sí, claro, eso es cierto,” dijo Ellington. “Es que todavía está irritado por lo de que quieras tener esas dos iglesias vigiladas—algo que, por cierto, está haciendo. Están pasando por allí los coches cada

hora más o menos.”

“Así que supongo que está molesto porque nosotros cuatro estamos metidos en esta sala de conferencias, intentando concretar esta iglesia.”

“Sí, no le hace demasiada gracia. Dice que estará de vuelta aquí como en una hora más o menos. Ahora mismo, está ocupado con otra cosa.”

“¿Dijo con qué?”

Ellington sacudió la cabeza. “No. Sea lo que sea, se lo está guardando muy en secreto.”

“No veo qué—” empezó a decir, pero su teléfono le interrumpió.

Lo respondió de inmediato, cuando reconoció el número.

Era Benjamin Holland.

“Por favor dígame que lo tiene,” dijo.

“Así es. Un amigo mío de Bélgica es un coleccionista ávido de arte religioso y está al día de este tipo de cosas. De hecho, tenía una lista con todas las iglesias americanas que contienen cualquier tipo de representaciones del calvario. Tiene tres nombres de iglesias en DC con representaciones de la quinta estación. Una de esas iglesias ha sido clausurada en los últimos años, así que eso reduce las opciones a dos.”

“Eso es genial,” dijo ella.

“Se pone todavía mejor. De esas dos iglesias, una de ellas donó su representación a un museo de arte religioso en México el año pasado. Así que eso te deja con solo una iglesia. Grace Baptist, en la calle Hudson.”

“¿Está seguro de esto?” le preguntó.

“Sí, lo estoy. Hice que lo confirmara. Te enviaré el número de teléfono que tienen allí. Aunque no tengo el número de ninguno de sus líderes.”

“Está bien. Esto es perfecto. Gracias, Benjamin.”

Colgó el teléfono antes de que él pudiera pronunciar la respuesta

entera para devolverle la cortesía.

“Lo tengo,” anunció al resto de la sala, buscando el número de McGrath.

“¿Tienes qué?” preguntó Harrison. “¿La iglesia?”

“Sí. Benjamin Holland resultó de lo más útil.”

“¿Estás llamando a McGrath?” preguntó Ellington. Después de que Mackenzie asintiera, Ellington hizo una mueca de dolor. “No sé si es lo mejor ahora mismo.”

Pero ya era demasiado tarde. El teléfono había sonado dos veces y McGrath lo respondió con su cortés manera habitual.

“¿Qué pasa, White?”

“Grace Baptist,” dijo ella. “Ahí es donde se encuentra la quinta Estación del Calvario.”

“¿Lo sabes con certeza?”

“Sí. Es una información que me ha llegado directamente de un amigo íntimo de Benjamin Holland. Ellington y yo nos dirigimos ahora hacia allá y—”

“No. No quiero que nuestros recursos humanos se extiendan más allá de sus capacidades. Ya lo están haciendo bastante en este momento. Ve tú hacia allí y si te parece que hay algo, entonces llamas. Si sabes con certeza que hay algo en todo ello, llama y te enviaré a todos los agentes disponibles.”

“Señor, ¿qué es lo que pasa?”

“Estoy hasta las orejas, White. Estoy hasta arriba con otro asunto. El mundo no gira alrededor de tu caso.”

“Sonó como que así era la última vez que hablamos,” dijo ella. Entonces cerró el pico, cayendo en la cuenta de que se estaba pasando de lista con McGrath. Y eso no podía hacer más que complicar las cosas todavía más.

“Voy a hacer como si los últimos cinco segundos no hubieran sucedido jamás, así que considera eso como una advertencia respecto a tu piquito de oro,” le dijo. “Ahora, si crees que esta es una pista robusta, haz el favor de ir a investigarla. Si resulta en cualquier cosa,

llama para pedir la ayuda que necesites.”

Terminó la llamada de manera abrupta, dejando a Mackenzie con un teléfono mudo en las manos. Se lo quedó mirando, confundida.

“Así de mal, ¿eh?” le preguntó Ellington.

Suspiró y se metió el teléfono al bolsillo. “Voy a ir hacia allá y echar un vistazo. Si obtengo resultados, llamaré. Manteneos alerta, todos vosotros, ¿de acuerdo?”

Yardley y Harrison asintieron, Yardley con una mirada aprensiva en la cara. Ellington, mientras tanto, la acompañó hasta la puerta y, cuando se quedaron a solas, tomó sus manos.

“¿Estás bien?” le preguntó.

“Claro. McGrath está siendo… no lo sé. Está ocultando algo.”

“Ya me di cuenta de eso también. Veré que puedo averiguar. Entretanto, ten cuidado. Y llámame aunque solamente olisquees que hay problemas.”

Mackenzie asintió y se inclinó para besarle. Fue dulce y prolongado, justo lo que necesitaba para enviarle una inyección de energía por todo el cuerpo. Ahora que el beso le había provisto con algo de vitalidad adicional, era fácil ignorar el hecho de que no había dormido la noche anterior.

Con todos los sentidos alerta y una pista prometedora por delante suyo, se dirigió de vuelta a su coche mientras la noche comenzaba a disiparse ante la claridad de la mañana que ya se aproximaba.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Deteniéndose en un semáforo, Mackenzie sacó su teléfono y tecleó Grace Baptist en Google. Apareció la página y solo le llevó unos momentos encontrar la página con la información de contacto. Allí, encontró el nombre del pastor principal: Tim Armstrong. No había número de teléfono personal, solamente el número de la iglesia seguido de una extensión.

Envió un mensaje de grupo a Ellington, Yardley, y Harrison. Necesito el número de Tim Armstrong, el pastor principal en Grace Baptist.

Delante de ella, la luz cambió a verde y continuó conduciendo. Se le revolvían las entrañas, su corazón le martilleaba en el pecho—era su instinto diciéndole que se iba a encontrar algo importante. El semáforo anterior, decidió, sería el último por el que se iba a detener.

Entonces, por tercera vez, probó a llamar al número que le había dado Benjamin Holland. En las dos ocasiones previas, solo le había dirigido al centro de bienvenida de la iglesia e hizo lo mismo esta vez. Le invitaron a marcar una extensión o dejar un mensaje. No hizo ninguna de las dos cosas; se imaginó que, si no sucedía nada entre este momento y la llegada de la hora en que abrían los negocios, hablaría con alguien cara a cara y se aseguraría de que la iglesia estuviera sometida a vigilancia constante. Puede que el pastor principal también necesitara un acompañante. Por supuesto, eso haría más difícil encontrar al asesino, pero—

Te estás adelantando mucho, pensó, mientras frenaba para girar hacia el aparcamiento.

El sol acababa de empezar a depositar sus tonos dorados sobre el horizonte mientras Mackenzie aparcaba su coche en el aparcamiento de Grace Baptist. La iglesia le recordaba un poco a Living World. Era grande, aunque no enorme. También estaba diseñada con un matiz moderno, que no era para nada como las iglesias baptistas que Mackenzie conocía de su infancia.

Miró a su derecha y solo vio un coche en el amplio aparcamiento. No había nada en ello que despertara su desconfianza, pero le hizo pensar en una cosa que había olvidado hacer antes de salir de la central.

Subió hacia la iglesia en medio de la oscuridad que se desvanecía con el amanecer. Como Living World, tenía enormes ventanales que le permitían atisbar al interior. Como esperaba, no había nadie adentro. Trató de abrir las puertas de cristalera doble y, como cabía esperar, las encontró cerradas.

En su bolsillo, su teléfono móvil vibró. Lo sacó y vio que Yardley le había contestado a su mensaje con el número del móvil de Tim Armstrong. Pulsó el número y el teléfono hizo la llamada de inmediato. Sonó cinco veces y entonces fue directamente al buzón de voz. No se molestó en dejar un mensaje, sabiendo que, más de la mitad de las veces, no servía de nada. La gente tenía la tendencia de no comprobar su buzón de voz a menos que estuvieran esperando una llamada importante.

Sabía que era demasiado pronto para la mayoría de la gente—apenas eran las 5:30 de la mañana—pero pensó que esto era una emergencia. Además, aunque pareciera un tanto estereotípico, estaba bastante segura de que cualquier líder religioso estaría levantado bastante pronto para rezar y disfrutar de un tiempo de contemplación. Por lo visto, Tim Armstrong no era uno de esos.

Empezando a comprender por qué McGrath podía haber considerado que ella había sido demasiado exigente sobre lo de enviar aquí tantos agentes como fuera posible, Mackenzie empezó a rodear el edificio. Supuso que el edificio tenía más o menos la largura y la anchura de un campo de fútbol—probablemente algo más reducido por unos pocos metros, pero no muchos, así que dar la vuelta no era moco de pavo.

Cuando dobló la esquina hacia la parte de atrás de la iglesia, vio un pequeño cobertizo para mantenimiento y herramientas que se asentaba en el extremo de la propiedad. Detrás de él había una verja de hierro forjado que separaba el terreno de la iglesia de la propiedad vecina—la entrada a un sector acomodado.

Había una franja de césped de buen tamaño en la parte trasera de la iglesia. Un pequeño patio para juegos se recostaba en una esquina del césped, de nuevo separado de la propiedad vecina por la verja de hierro. Al otro lado había un aparcamiento para el personal, completamente vacío.

Todavía con una sensación desagradable, pensó en tratar de nuevo de contactar con Armstrong. Quizá si veía que el mismo número le llamaba una y otra vez, se sentiría inclinado a contestar.

El teléfono empezó a sonar en su oído. Después del primer tono, el sonido era extraño. Casi sonaba como un eco en su oreja, como si estuviera…

Como si el teléfono estuviera aquí, en el espacio de la iglesia.

Se quitó el teléfono del oído y escuchó con detenimiento. Ahí estaba de nuevo—el sonido de un teléfono móvil. Sin el teléfono en su oído, era mucho más fácil escucharlo, mucho más fácil de rastrear.

Venía de detrás suyo, del cobertizo de mantenimiento.

Volvió a colocar el teléfono en su bolsillo y, sin siquiera pestañear, desenfundó su Glock.

Tranquilízate, dijo una pequeña voz dentro de ella. Puede que simplemente esté aquí para comprobar las existencias.

La parte más avispada de ella recordó haber visto un solo coche en el aparcamiento. A las 5:30 de la mañana, le insistía esa parte.

Caminó apresuradamente por la franja trasera de césped en dirección al cobertizo de mantenimiento. Era un modelo bonito, uno que seguramente habían adquirido en una tienda de Home Depot en vez de construirlo a mano. Una puerta grande como la de un establo estaba cerrada desde dentro en la parte delantera. Había una sola ventana en el lado derecho, reflejando la pequeña porción de luz natural que había bendecido esta parte del mundo.

Ralentizó su ritmo a medida que se acercaba al cobertizo. En vez de dirigirse directamente a la puerta, fue hacia el lado derecho de la estructura. Se acercó sigilosamente a la ventana, con el Glock firmemente sujeto en sus manos. Se giró hacia la ventana con rapidez, atisbando al interior con la mayor discreción de que fue capaz.

Primero vio los enormes tablones que había en el suelo—uno yacía en vertical, acaparando casi toda la largura del cobertizo. El otro estaba horizontal, un poco retorcido, pero sin estar cruzado del todo, aunque la idea estaba claramente allí.

Y entonces vio al hombre.

Le habían dejado en ropa interior.

Su brazo derecho se extendía de manera incómoda al agarrarse al tablón horizontal.

No, pensó Mackenzie. No lo está agarrando.

El brillo de la ventana dificultaba ver con claridad, pero le habían clavado la mano al tablón. Podía divisar el círculo oscuro de sangre en la palma de su mano mientras él se peleaba con el dolor y el peso.

Le miró a la cara al tiempo que se le hundía el estómago. Tenía una mordaza alrededor de su cabeza. Tenía el cabello canoso, y los ojos aterrorizados y llenos de dolor que veía a través de la ventana parecían mucho más felices y serenos en la fotografía que Mackenzie había visto en la página web de Grace Baptist.

Era Tim Armstrong.

Mackenzie se retiró de la ventana y se dirigió a la puerta del cobertizo.

Cuando apareció otro hombre al doblar la esquina, se sorprendió demasiado al principio como para actuar con su rapidez habitual.

Solo estaba a medio metro de ella cuando levantó un martillo por encima de su cabeza. Estaba descendiendo, en dirección a su cráneo, cuando intentó esquivar el golpe y apretar el gatillo de su Glock al mismo tiempo.

El sonido de su disparo y el enfermizo golpe del martillo dándole a un lado de la cara llenaron su mundo a la vez.

Las piernas de Mackenzie se sintieron como si los huesos se hubieran convertido en gelatina. Se golpeó las rodillas, intentando levantar su arma para encontrarse con que no había nada más que oscuridad delante de sus ojos.

***

Cuando abrió los ojos, lo primero de que se dio cuenta era de que no podía respirar. El mundo no estaba oscuro, sino teñido de un extraño tono crema. Le dolían los hombros y le escocían los tobillos. Más que nada, no obstante, le dolía la cabeza como si tuviera a todos los demonios dentro de ella.

Tranquilízate, pensó. Haz inventario. ¿Qué ha sucedido?

Entonces reunió las piezas del puzle y al hacerlo, pudo respirar de

nuevo—además de calibrar la situación de manera más adecuada.

Tim Armstrong estaba dentro del cobertizo. Una mano clavada a la cruz que todavía no había sido construida. Un hombre salió de la esquina y me golpeó con un martillo. Pero yo le disparé. ¿Le acerté? ¿Está muerto?

Dada su situación actual, supuso que no.

A medida que le regresaba la visión—aunque todavía en color crema y borrosa, operativa—se hizo una mejor idea de lo que estaba sucediendo.

Se encontraba en el cobertizo. Tenía las manos atadas a la espalda. Sus tobillos estaban atados. Le habían empujado a un rincón, detrás de una cortadora de césped y un contenedor de gasolina.

Movió la cabeza lentamente. Miró a la ventana y vio que todavía estaba oscuro afuera. El sol todavía no había salido.

Así que no llevo mucho tiempo inconsciente. Quizá apenas me dio con el martillo.

Eso, claro está, eran castillos en el aire. Su cabeza era como una bomba que había explotado en su cráneo. Podía sentir cómo se le estaba hinchando incluso sin utilizar sus manos.

Por su derecha, podía escuchar un sonido tintineante. A esto le siguió un murmullo de desesperación y un sonido como de movimiento suave.

“Esté quieto,” dijo una voz. “Terminará pronto. Está muriendo como Jesús. Usted, también, será glorificado.”

Mackenzie no alcanzaba a ver lo que estaba pasando porque la cortadora le bloqueaba la línea de visión. Se revolvió contra lo que fuera que tenía en las muñecas, pero con poco resultado. Se las habían atado muy juntas. Todo lo que consiguió con su forcejeo fue cortarse un lado de la muñeca con el borde de la protección de la cortadora de césped.

No obstante, el dolor y la sangre que se derramó de inmediato de su piel fueron una bendición. Se le ocurrió una idea que parecía tan desesperada como lógica a la vez. De nuevo moviéndose lo más lentamente que pudo, Mackenzie giró su cuerpo hacia la derecha. Tuvo que retorcer sus hombros de modo poco natural, pero se las arregló para alinear la cuerda prieta que tenía alrededor de las

muñecas con la protección de la cortadora. Entonces movió los brazos hacia arriba y hacia abajo, una y otra vez, tan sigilosamente como pudo.

No tenía ni idea de si estaba funcionando—de si la protección estaba rasgando lo que tenía atándole las manos. Podía decir que no se trataba de acero o de metal… era más bien una cuerda o alguna clase de trapo para trabajos pesados, o—

Entonces el garaje se llenó con el pesado sonido de un martillo golpeando una punta. Un grito de agonía gutural, acallado pero inconfundible, le siguió. Mackenzie se encogió al oír el sonido, pero también lo utilizó en su beneficio, usando esos dos o tres segundos para intensificar sus movimientos de serrado.

Empezó a sentir cómo se relajaba la presión alrededor de sus muñecas. Miró a sus tobillos y vio que se los habían atado con algún tipo de bramante grueso. Si era el mismo material con el que le habían maniatado, se imaginó que sería capaz de serrarlo con bastante facilidad.

El dolor en murmullos de Tim Armstrong se convirtió en un resuello jadeante. El movimiento desesperado que hacía al revolverse en el suelo se había detenido por completo.

Voy a escuchar cómo se muere si no me doy prisa, pensó.

De nuevo, escuchó el tintineo de las puntas y entonces un golpe cuando se dejó caer el martillo al suelo.

“Sé que duele,” le dijo el hombre a Armstrong. “Pero terminará enseguida. Apóyese en esos brazos infinitos hasta entonces. Le está esperando, pastor. Él le está esperando y usted se regocijará en su presencia.”

Lo está haciendo como una forma de glorificación, pensó mientras seguía serrando. Piensa que les está haciendo un favor—que les está llevando a la presencia de Jesucristo.

Con otros dos movimientos lentos y decididos de sus hombros, sintió cómo se liberaban sus muñecas. En vez de salir corriendo de inmediato, se tomó un momento para flexionar las manos y estirar las muñecas. Entonces se apresuró a desatar el bramante que tenía puesto alrededor de los tobillos. Salió con facilidad y, cuando por fin estuvo libre, se puso en cuclillas.

Sin arma, pensó. Con una cabeza que parece que me hayan partido por la mitad y una vista que todavía no está al cien por cien. No me da las mejores posibilidades.

Miró por encima de la cubierta de la cortadora y se tomó un solo momento para evaluar la situación.

Por lo visto, el martillazo que acababa de escuchar hacía unos segundos no había sido el que había clavado la segunda mano de Armstrong a la viga. Sin embargo, el brillo de la sangre recién derramada en su mano derecha sugería que habían reforzado la punta sobre ella con ese último golpe.

El asesino estaba en cuclillas sobre la cruz en construcción, agarrando otra punta enorme en su mano y moviéndola hacia la mano derecha de Armstrong. Mackenzie vio que había mucha sangre en el brazo derecho del asesino. Se preguntó si su disparo podía haberle dado ahí, en la parte superior del brazo cerca del hombro.

Solamente podía ver el lado izquierdo del rostro del asesino. Tenía un aspecto bastante demacrado, con una barba cubriéndole el rostro que parecía rebelde y de pelo casi canoso. Llevaba puesto un gorro que se le pegaba al cráneo en la cabeza, de la clase que se parece a las gorras de malla de los atletas. Tenía los ojos achinados como dos líneas duras, lo que hacía casi imposible ver sus ojos marrones. Realizaba su trabajo con dedicación y determinación.

Por lo que se refería a Armstrong, todavía seguía con vida, pero en un estado de conmoción. Sus ojos estaban medio cerrados y como delirantes, sus extremidades tensas pero no rígidas frente al tacto del asesino.

Su arma descansaba a los pies del asesino. El martillo estaba en su mano.

Detrás de él, colgando de una pequeña estantería metálica atornillada a la pared, vio una pala, una azada, una horca, y una escoba de taller. Tenía todas las armas encima o detrás suyo, y ella no tenía ninguna a su alcance.

Pero tengo el elemento sorpresa, pensó.

Y entonces, en ese instante, hasta eso le fue arrebatado.

El asesino levantó la vista de su tarea, quizá solamente para

echarle un vistazo y comprobar si seguía en estado comatoso. Cuando vio que estaba levantada, se detuvo por un momento. Entonces dejó caer el martillo y las puntas y fue a por el Glock.

Mackenzie hizo lo que pudo para aprovecharse de lo que le rodeaba. Agarró lo primero que vio—el contenedor de gasolina. Lo alcanzó, agradecida al darse cuenta de que al menos estaba medio lleno, y lo volcó sobre el suelo. Parecía un ataque estúpido, aunque salió suficiente gasolina de la boquilla como para que tuviera algún efecto. Le salpicó en la cara, en los ojos. Él gritó y e tambaleó hacia atrás, tratando de limpiarse la gasolina de su cara de inmediato.

Mackenzie se aprovechó de esto levantándose con algo de esfuerzo por encima de la cortadora de césped y lanzándole una patada fuerte al tórax del asesino. Él se tambaleó hacia atrás con fuerza y se golpeó con la pared frontal del cobertizo. Gritando, se abalanzó sobre ella y Mackenzie le esquivó fácilmente con un firme codazo en el mismo lugar en que le había dado la patada.

El asesino se dobló en dos, jadeando. Mackenzie dio un paso adelante para continuar su ataque y ponerle las esposas, pero entonces fue cuando su pie izquierdo resbaló en la gasolina que se había esparcido por el suelo. Apenas se deslizó un poco, pero fue lo suficiente como para darle al asesino una ventana de oportunidad.

Él vino corriendo hacia ella y le dio con fuerza en las rodillas. Los dos se cayeron hacia atrás, zozobrando de un modo extraño. Las piernas de Mackenzie se enredaron con las piernas de Tim Armstrong y Mackenzie se acabó cayendo. El pastor estaba gritando todo el tiempo, chillando a través de su mordaza.

El asesino se golpeó contra el suelo, y su mano cayó en el Glock. Mientras Mackenzie se sentaba derecha, con la vista nublada y la cabeza chillando de dolor infernal, su mano encontró el martillo del asesino. Y en ese instante, sus papeles se intercambiaron.

No obstante, ella contaba con una ventaja. Sabía cómo manejar un martillo con soltura. Él, por otro lado, tenía que mirar de cerca al arma para asegurarse de que estaba lista para disparar.

Mackenzie utilizó ese momento para enviar su mano derecha a su barbilla en un movimiento de arco, utilizando el martillo como una forma medieval de puño americano. Escuchó cómo algo saltaba en su mandíbula cuando fue lanzado hacia la pared otra vez. El arma cayó al suelo, pero él se olvidó de ella en el momento que su impacto envió

la pala y la horca al suelo.

Agarró la horca e intentó pincharla con ella. Pero Mackenzie fue demasiado rápida, y ya estaba sobre él. Atrapó su cabeza y se la inmovilizó y cuando él grito, Mackenzie pudo sentirlo en sus huesos. Trató de reajustar la horca para que sus dientes estuvieran frente a ellos. Intentó empujarla hacia delante, directamente hacia los dientes, pero Mackenzie era demasiado fuerte. No hacía más que empujarla una y otra vez y por eso le sorprendió que se detuviera y que, de repente, empujara en la dirección opuesta.

La golpeó con fuerza contra la pared y una vez más, la cabeza de Mackenzie parecía haber sido partida en dos como un melón. El dolor era inconmensurable y por un momento terrorífico, pensó que iba a perder el conocimiento de nuevo.

Él se le abalanzó con la horca y eso fue todo lo que Mackenzie necesitó para mantenerse consciente. Escaneó el lugar con la mirada por un instante y cuando vio que el Glock descansaba a sus pies, se tiró al suelo como si sus piernas se hubieran derretido de repente.

Fue muy rápida, pero no lo suficiente. Cuando cayó al suelo, el diente más prominente de la horca le enganchó su brazo derecho. Apenas le rozó, pero fu suficiente como para atravesarle la piel y hacerle sangrar de inmediato. Otra pulgada más o menos, y le hubiera clavado al suelo, con la punta sujetándola con firmeza.

Mackenzie gritó cuando recuperó su Glock con la mano. Sin apuntar a nada en concreto, lo levantó en el aire y tiró del gatillo.

Un chorro fresco de sangre le salpicó todo el cuerpo.

La horca cayó al suelo unos dos segundos antes de que le siguiera el cuerpo del asesino.

El disparo le había dado directamente debajo de la barbilla. Las consecuencias eran demasiado sangrientas; Mackenzie se obligó a mirar hacia otro lado.

Tomó unas cuantas respiraciones profundas y se sentó derecha, consciente de que tenía la sangre del asesino por encima de ella pero incapaz de encontrar la fuerza para que le importara en ese momento.

"Pastor Armstrong… la ayuda viene ya… la ayuda está en camino…"

Sacó su teléfono mientras intentaba ponerse de pie. Solo contó con el conocimiento suficiente como para marcar el número de Ellington antes de que la oscuridad descendiera de nuevo sobre ella y también ella se uniera al asesino y al pastor Armstrong en el suelo del cobertizo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Pasaron tres semanas antes de que Mackenzie regresara al trabajo. Con seis puntos en el lado derecho de su cabeza, justo encima de la sien, y veintiún puntos en su brazo, le habían asignado trabajo de escritorio. Y a ella le parecía bien; en los días que transcurrieron tras los sucesos del cobertizo y, posteriormente, su dolorosa recuperación, tuvo muchas cosas que digerir.

En su primer día de vuelta al trabajo, se pasó la mayoría del tiempo leyendo con parsimonia los documentos y los informes del caso. Tenía que leer muy despacio y concentrarse más de lo habitual. Todavía le dolía la cabeza de vez en cuando. Todavía podía sentir las consecuencias de la concusión con la que le habían diagnosticado los médicos y algo tan sencillo como leer varias páginas de unos documentos le pasaba factura.

Lentamente y con gran concentración, pudo reunir el orden cronológico de los hechos que había recibido gracias a Ellington, que le había asistido y cuidado durante su recuperación lo mejor que había podido durante las tres últimas semanas desde su apartamento.

El nombre del asesino era Thomas Hamel. Había nacido y crecido en una comunidad rural de Virginia donde acudía a una iglesia baptista con su madre y, tras el divorcio de sus padres, a una iglesia católica con su madre. En cada una de las iglesias, había presenciado cosas grotescas sobre las que se había explayado en detalle en los diarios que encontraron en su apartamento de Georgetown. A los diez años, había visto cómo se desataba una pelea a puñetazos en su iglesia al descubrirse que el diácono se había estado acostando con la mujer del pastor. La iglesia se había dividido y muchas amistades se habían desvanecido delante de los ojos de ese niño de diez años.

Entonces, cuando tenía trece años y empezó a acudir a la iglesia católica de su madre, empezaron a circular rumores sobre abusos sexuales. Y aunque nunca hubo ninguna prueba, dos líderes de la iglesia habían renunciado a sus hábitos como consecuencia de las alegaciones. Interpretando esto como una admisión de culpabilidad, habían pillado a Hamel y unos cuantos de sus amigos rociando con grafiti la fachada de la iglesia.

Y no había pasado mucho más después de eso. Hamel había ido a la universidad, se había comprometido con una iglesia, se había

casado, divorciado, y, de alguna manera, había acabado queriendo comenzar su propia iglesia. El proyecto nunca acabó por despegar y después, cuando solicitó su entrada a dos universidades distintas de estudios bíblicos, le rechazaron.

Además del vandalismo de adolescente, Hamel no tenía ningún historial que mencionar. No obstante, los diarios que hallaron en su apartamento hablaban de odio hacia los "falsos seguidores de Cristo y los apologéticos" al tiempo que hablaba de su amor y deseo de glorificar a Jesucristo de todas las maneras posibles. También hablaba de su admiración por ciertos líderes religiosos en la zona; entre los nombres, figuraban los del padre Costas, Coyle, el pastor Woodall y el reverendo Tuttle.

Y ahí era donde las cosas se volvían escalofriantes.

Hamel había hecho una lista de catorce líderes religiosos y catorce iglesias en sus elucubraciones. Tenía todas las intenciones de asesinar a catorce líderes religiosos para proceder a entregarse a la policía—su propia forma de "crucifixión."

Por lo que se refería a Tim Amstrong, el hombre que casi se había convertido en la quinta víctima de Hamel, pronto se sometería a la segunda de tres operaciones en su mano derecha. Seguramente nunca volvería a tener la funcionalidad completa en su mano, pero parecía que los médicos iban a ser capaces de salvársela.

Hamel no tenía familia; no tenía hijos y su exmujer dio la impresión de no preocuparse lo más mínimo sobre su muerte cuando le llamaron del bureau para notificarla al respecto.

La vida entera del tipo, aquí delante en unas cuantas cuartillas de papel, pensó Mackenzie. Y se acabó… así sin más. Con una bala… que yo disparé.

No se arrepentía. Sabía de sobra que en la pelea que había mantenido con él, la hubiera matado si no se las hubiera arreglado para tomar una posición de ventaja. No obstante, ahora revisaba los informes sobre su infancia—cómo un niño había sido tan afectado y desviado debido a la influencia que había tenido en él la iglesia.

"Eh, tú," dijo una voz desde la puerta.

Elevó la vista y vio a Ellington allí de pie.

"Hola," dijo ella.

"Emm… ¿qué es lo que pasa?"

"Nada."

"¿Entonces por qué estás llorando?"

No tenía ni idea de que hubiera estado llorando, pero en el instante que Ellington lo señaló, pudo sentir las lágrimas que le caían por las mejillas. Se las secó, avergonzada, y se encogió de hombros.

"No lo sé," dijo.

Ellington entró a la sala y vio los documentos que había sobre la mesa. "No te hagas eso a ti misma," dijo. "Está muerto. Y gracias a que le detuviste, hay diez hombres que siguen con vida. Hubiera acabado matándolos a todos. ¿No crees?"

"Sí, lo creo."

"Mira… acabo de hablar con McGrath," dijo Ellington. Su voz sonaba pesada y sombría. "Quiere vernos a los dos en su despacho en cuanto sea posible. ¿Tienes unos cuantos minutos?"

"Claro," dijo ella, mirando a los documentos que tenía sobre el escritorio. Lo cierto es que se alegraba de poder alejarse de ellos durante un rato. "¿Sabes de qué se trata?"

"Más o menos. Venga… vamos."

Esto no puede ser nada bueno, pensó Mackenzie. Claro, sé que este golpe en la cabeza asustó a todo el mundo durante un par de días, pero espero que no se trate de una sugerencia para que me tome las cosas con más calma… ¿o sí?

Mientras ascendían juntos en el ascensor, Ellington la abrazó para reconfortarla. Ella se apoyó contra él, tratando de entender por qué se había puesto a llorar en la oficina sin darse cuenta de ello. Había algo en todo ello que le asustaba.

Llegaron al despacho de McGrath y le encontraron simplemente sentado a su escritorio. Solo había una carpeta delante de él. Cuando entraron, les miró con su aire habitual de disciplina y eficiencia.

"Gracias agentes," dijo. "Sentaos."

Los dos se sentaron en las sillas que había delante del escritorio de McGrath. Se estaba convirtiendo en una sensación de lo más

familiar para Mackenzie. Una pequeña parte de ella todavía se sentía de la misma manera que la primera vez que había pisado en este despacho—como una niña de la escuela primaria a la que acababan de enviar a la oficina del director.

"White, deja que comience diciendo esto… tenías toda la razón sobre este último caso. Yo estaba distraído con otra cosa y en fin… mis prioridades estuvieron equivocadas. Hiciste un trabajo increíble y me disculpo sinceramente por enviarte a esa iglesia por tu cuenta. Sigues impresionándome y todo lo que puedo hacer es ofrecerte mis disculpas."

"Gracias, señor. Eso significa mucho."

"Bueno, te estoy diciendo esto porque, en lo que se refiere a que estaba distraído e irritable, había algo más cociéndose por debajo de todo ello—otro caso que me trajeron a la atención mientras estabas rastreando a nuestro asesino."

"¿Qué tipo de caso?"

McGrath parecía indeciso—una emoción que le ponía unos diez años encima. Soltó un suspiro que era de puro nerviosismo.

"White, lo que estoy a punto de decirte, ya lo sabe el agente Ellington. Y lo sabe porque yo se lo he dicho. Y le ordené claramente que no te lo contara. O a nadie más tampoco. No obstante, ahora que pareces haberte recuperado y ante los nuevos datos de inteligencia que han llegado hasta mi escritorio, creo que es hora de informarte."

"¿Qué sucede?" preguntó.

Mackenzie miró a Ellington con desconfianza. Odiaba el hecho de que se sentía traicionada porque había estado guardando algo en secreto. Siempre trataba de poner sus inclinaciones profesionales antes que el lado emocional de las cosas, pero, aun así, la punzada estaba allí.

"Hasta cuando regresaste de Nebraska, las cosas continuaron yéndose a picado," dijo McGrath. "Estaba preocupado con ello, sabiendo que tendría que decírtelo. Mira… la oficina de campo del FBI consiguió una pista hace seis días. Había una huella digital en la mandíbula de Gabriel Hambry. Hicieron un seguimiento de la huella y descubrieron que pertenecía a un hombre que se había suicidado recientemente. Ese hombre se llamaba Dennis Parks."

“¿Y se supone que ese nombre me tiene que sonar de algo?” preguntó Mackenzie.

“Probablemente no, aunque acabo de recibir un informe esta mañana diciendo que Parks era un hombre de cincuenta y nueve años que, en una ocasión, trabajó con tu padre.”

A Mackenzie le dio la impresión de que el suelo se había hundido bajo sus pies. No, no recordaba el nombre de Dennis Parks, pero que esto tuviera una conexión tan grande con su padre… era mucho más de lo que se podía esperar.

“Hay una cosa más,” dijo McGrath. “Esos vagabundos que han estado asesinando… no solo eran unos vagos. Hay algo más en todo ello. Incluso ahora que estamos obteniendo más información, todavía no tiene ningún sentido.”

“No entiendo,” dijo Mackenzie.

Le dolía la cabeza y se estaba dando cuenta de que se estaba emocionando. McGrath le miró con discreta resignación.

“Te voy a enviar a Nebraska,” dijo. “Quiero que te dediques de lleno a este caso y quiero respuestas. Parece que esto se está convirtiendo en algo mucho más grande de lo que habíamos esperado.”

“No entiendo,” dijo ella. “¿Qué pasa con los vagabundos? ¿Y quién es exactamente Dennis Parks?”

McGrath comenzó a hablar, respondiendo a sus preguntas. Y cuanto más profundizaba en el asunto, más fácil se le hacía a Mackenzie enfocarse más allá de su dolor de cabeza. Absorbió cada pedazo de información y, por primera vez desde que visitara Nebraska hacía unas semanas, le dio la sensación de que el caso de su padre tocaba a su final.

Y en esta ocasión, con la ayuda de Dios, se iba a asegurar de que llegara a su conclusión.

y malhumorada.”

Ellington la besó despacio. “Hablando de calor… apuesto a que el agua está fantástica. ¿Quieres ir a darte un bañito?”

“No,” le dijo ella, tomando otro sorbito de su bebida y cayendo en la cuenta de que casi estaba vacía. “Lo que quiero es que me lleves de vuelta a la habitación. Y entonces después de eso, quiero volver aquí fuera, tomar como una docena más de tragos, y contarte todo sobre mi familia.”

“¿De verdad?” dijo Ellington.

“Sí. Creo que después de todo por lo que has pasado a mi lado, es lo menos que puedo hacer.”

“¿Lo de regresar a la habitación o lo de hablarme de tu familia?”

Ella le sonrió con malicia juguetona y tomó su mano, haciendo que se levantara del taburete del bar. “Ambos,” le respondió.

Salieron del bar, dejando la sombrilla y aventurándose bajo el sol. Alguien que pasara por allí y les hubiera visto corriendo hacia la habitación, manoseándose el uno al otro, podía haber pensado que se trataba de una joven pareja recién casada en su luna de miel. Hacía que Mackenzie se sintiera liviana y un poco inmadura, y eso le parecía muy bien.

Había pasado demasiado tiempo intentando dejar el pasado atrás. Y ahora que por fin se las había arreglado para dar un paso hacia el futuro, liberándose de las cadenas y de las pesadillas de su pasado, por fin era capaz de mirar al futuro sin reservas.